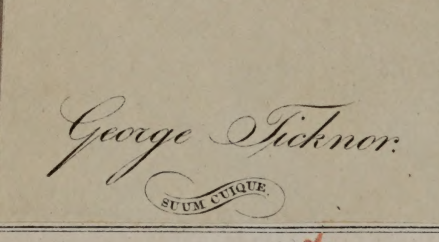



George Ticknor.
SUUM CUIQUE.

# POESÍAS

DE

*D. JUAN MELENDEZ VALDÉS,*

FISCAL QUE FUE DE LA SALA DE ALCALDES DE CASA Y CORTE, É INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE S. FERNANDO.



TOMO III.

---

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1820.

*Si te digna manet divina gloria ruris.*
Virg.

# LAS BODAS

# DE CAMACHO EL RICO,

## COMEDIA PASTORAL.

Habiendo determinado la Villa de Madrid celebrar la paz ajustada en 1783 y el feliz nacimiento de los Serenísimos Infantes gemelos CARLOS Y FELIPE con festejos públicos extraordinarios, obtuvieron el premio *las Bodas de Camacho*, para representarse en ellos en el teatro de la Cruz.

## *INTERLOCUTORES.*

CAMACHO EL RICO, AMANTE DE

QUITERIA LA HERMOSA, SU NOVIA, Y AMANTE DE BASILIO.

PETRONILA, SU HERMANA, Y AMANTE DE CAMACHO.

BERNARDO, PADRE DE AMBAS.

BASILIO EL POBRE, AMANTE DE QUITERIA.

CAMILO, AMIGO DE BASILIO.

DON QUIJOTE, CABALLERO ANDANTE.

SANCHO PANZA, SU ESCUDERO.

UN PASTOR.

COROS Y ACOMPAÑAMIENTO DE ZAGALES Y ZAGALAS.

# PRÓLOGO.

## EL AMOR.

¿Quién puede resistir al triste lloro
Y angustia lastimera
De un amante infeliz y abandonado?
O qué bárbara fiera
Negarse puede á su clamor? el cielo,
El cielo mismo de su amargo duelo
Se mueve: y cual envia
Su benigno rocío al mustio prado
Que le alegra y fecunda, asi á su alma
Torna por mí la suspirada calma,
Y alivia su cuidado.
Por mí, que soy el dios de la alegría,
Las risas y el placer, Amor en suma,
Cual lo dicen mis alas, mi semblante,
Estas mis flechas y mi aljaba de oro.
Entonces el amante,
Ledo y feliz, el sazonado fruto
De su fe recogiendo,
Goza en paz las ternuras de su amada,
De mis flechas dulcísimas llagada.
¡Dichoso entonces él, que por tributo

Sus deliciosas lágrimas bebiendo,
Ya le ciñe la sien de tiernas flores,
Ya escucha sus favores,
Ya canta su hermosura,
Ya encarece su ardor y su ventura!
¿Y habrá quien acusarme
Pueda de ingratitud, y ose llamarme
Vengativo y cruel? Vengan y vean
Los hombres lo que soy, si es que desean
Al amor conocer: darles me agrada
Hoy entre estos pastores inocentes
Un nuevo testimonio de mi pura
Sencilla inclinacion: hoy la ternura
Será galardonada
Del mísero Basilio: y sus dolientes
Ansias se trocarán en alegría.
¡Cuál gime el infeliz! ¡cuál se querella
De su Quiteria bella!
Que estos los nombres son de los zagales,
En años, en ternura, en todo iguales,
La enojosa pobreza
Los lleva al duro trance de la muerte.
¿Mas qué no puede amor? ¿qué la fineza
De los dos no merece? la lazada
Que en uno junte su felice suerte,
Por mí les será echada:

Y hoy Quiteria la hermosa
Será con su Basilio venturosa;
Y él con su amada vivirá seguro.
Yo llamaré al Ingenio: y sus sutiles
Graciosas invenciones
A mi arbitrio usaré: de la Locura
Tambien he de valerme;
Y aun la misma Amistad, su candor puro
Olvidando, usará de la librea
Del engaño falaz por complacerme.
¡O inmenso poder mio que á su grado
Todo lo ordena y muda! ¡ó bien hadado
Basilio fiel! ¡ó hermosa,
Y mucho mas dichosa
Quiteria! vendrá un dia,
Cuando soneis en plácida armonía
Allá do besa humilde Manzanares
Los altos sacros lares
Del mayor de los Reyes,
Que dió á la tierra atónita sus leyes.
Entonces deliciosa
La santa paz descenderá del cielo;
Y con su puro trasparente velo
El orbe cubrirá: mientras gozosa
En duplicada prole su ventura
Logra Iberia segura.

Prole del alto Empíreo acá enviada,
Y á los ardientes votos acordada
Del Abuelo Real y venerable.
¡Vivid, creced, Pimpollos florecientes!
¡Creced, preciosos Niños, de las gentes
Españolas consuelo,
Y honor y gloria del humilde suelo!
¡O PRINCIPE benigno! ó LUISA amable!
O grande! ó justo CARLOS! ¡cómo os veo
De laurel coronados;
Y de Iberos felices rodeados,
En medio de la Paz y la Victoria
Subir al alto templo de la Gloria!

# ACTO PRIMERO.

## ESCENA I.

BASILIO.

Ay! ¡cómo en estos valles,
Morada antes de amor, hoy del olvido,
Basilio fue dichoso!
O tiempo! tiempo! ¿dónde presuroso
Tan de presto has huido?
La crédula esperanza que mi pecho
Abrigo tantos años, ¿qué se ha hecho?
¿Es esta, infiel Quiteria, la ventura
De tu zagal amado?
Amado sí, cuando inocente y pura
Como la fresca rosa,
Y mucho mas hermosa,
Nos dió el amor sus leyes celestiales.
En fin todo lo alcanza la riqueza;
Y en adorar el oro son iguales
Ciudades y alquerías.
El mérito es tener; y la belleza
Cede del poderoso á las porfias,

Cual débil caña al viento.
¡Quién temiera traicion y fingimiento,
Ah Quiteria, en tu fe! ni que yo ahora
Maldijese impaciente
La lengua engañadora
Que decirme solia:
„Nada temas, Basilio; eternamente
„Quiteria será tuya: á tí se fia
„Mi virginal decoro:
„Como tuyo le guarda y le venera...."
¡Qué guardarlo sirvió, si cuando menos
Debiera ser temido,
A Camacho tu padre te ha vendido!
¡O pechos crudos de piedad agenos!
O Bernardo! No padre,
Tirano sí, tal joya
No te la dió para Camacho el cielo:
Yo la merezco solo: la he ganado
Sirviendo y adorando tantos dias:
Fruto es de mi cuidado
Y de las ansias mias.
Oh! dámela, cruel: no de mi seno
Robes con mano fiera
La inocente cordera
Para encerrarla en el redil ageno.
Y tú, aleve pastora,

¿Por qué el consejo de tu padre sigues?
¿No basta ser señora
Del cuitado Basilio? te faltaba,
Sí, del feliz Camacho la riqueza:
Pero ¡cuánta ventura te aguardaba
En mi humilde pobreza!
¡Cuál yo trabajaria
Alegre para tí de noche y dia!
Con abundosos bienes justo el cielo
Premiara mi solícito desvelo.
¡Y qué los bienes son con los placeres
De un amor mutuo y fino!
Pero tú sigues el comun destino;
Y desmentir tu condicion no quieres.
Sigue, sigue homicida,
Que yo el camino seguiré que el hado
Señala crudo á mi infelice vida,
Acabando con ella y mi cuidado
Por triste complemento
De tus infieles bodas.... Pasos siento.
Huyamos hácia aqui, que ya insufrible
Lo es todo á mi dolor.

## ESCENA II.

BASILIO, CAMILO..

CAMILO.

¡Será posible
Hallazgo tan feliz, ó mi deseo
Me burla en lo que veo!
Basilio! ¿tú en el valle? tú en mis brazos?
¡Mi querido Basilio!

BASILIO.

Ay Camilo!

CAMILO.

¿Qué estrella tan dichosa
A mis ojos te vuelve? yo temia
Algun fin desastrado
Desde el aciago día
En que el fatal concierto fue ajustado
De Camacho y Quiteria;
Y tú zeloso, triste, dolorido,
Cual novillo furioso que vencido
Fue en la lucha, del valle te ausentaste,
Llenándonos de amargo desconsuelo
Con las sospechas de tu cruda muerte.

BASILIO.

¡Pluguiera al justo cielo

Que ella hubiese acabado
Con presto golpe mi infelice suerte!

CAMILO.

¡Y en el dia á las bodas señalado
Tornas á renovar tus desventuras
Entre sus regocijos y alegrías!
¿O has olvidado á tu enemiga bella?

BASILIO.

No lo consiente mi contraria estrella,
Pastor amigo: las desdichas mias
Crecen como la llama
Por intrincada selva en el estío.

CAMILO.

¿Pues qué causa te vuelve?

BASILIO.

El mas impío
Furor, la mas rabiosa
Determinada voluntad que pudo
Caber en pecho de pastor. Sí, bella
Cuanto falsa Quiteria, está segura
Que presto, presto acabará tan crudo
Dolor, pues tú lo quieres.

CAMILO.

¡O anuncio infausto! ó nueva desventura!
O mísero zagal! vuelve á tu seso;
Y tu clara razon no ultrajes loco

Con tan culpable exceso.

BASILIO.

¡Aun te parece mi tormento poco!
No, zagal, mi destino
Es morir por Quiteria: yo vivia
Para adorarla fino:
Hoy á Camacho ha de entregar su mano;
Y la esperanza mia
Acaba de agostarse. ¡Quién tan vano
Fruto coger temiera
De tan florida mies! ¡quién tus palabras,
Quiteria fementida, no creyera!

CAMILO.

Ah zagal! que deliras con el cuento
De tu pasada gloria,
Doblándote las ansias su memoria.

BASILIO.

No puedo refrenar el pensamiento.
Tú conoces mi amor: tú, amigo, sabes
Que de la edad mas tierna
Sola su ley mi voluntad gobierna.
Pared en medio la enemiga mia
De mi casa vivia:
Casi á un tiempo nacimos,
Y juntos nos criamos,
Y ya en la cuna misma nos amamos.

Apenas empezaba
A hablar aun balbuciente,
Ya con gracia inocente
Su esposo me llamaba,
Y á mis brazos corria;
Y los suyos me daba, y se reia:
Yo la amaba tambien; y con mil juegos
Pueriles la alegraba,
Ya travieso saltando
Tras ella en la floresta,
Ya su voz remedando
Con agradable fiesta,
Ya en pos de un nevado corderillo
Corriendo en rededor de los rediles,
O acechando el pintado jilguerillo
En las varas sutiles
Llenas de blanda liga.
Voluntad tan acorde y tan amiga
Jamas fue vista en una edad tan breve.
El par mas fiel de tórtolas amantes,
En el mas hondo valle retiradas,
Y solo á acariciarse abandonadas,
Eran para los dos ejemplo leve.
Una la voluntad, uno el deseo,
Una la inclinacion, uno el cuidado,
Amar fue nuestro empleo

Sin saber que era amor; y en tanto grado
Que ya por la alquería
De todos se notaba y se reïa
Nuestra llama inocente.
Despues en la puericia floreciente
Mi anciano padre á gobernar me puso
El hato de mis cabras; y su padre
Igualmente dispuso
Que ella á pastar por los alegres prados
Sacase sus ganados.
¡Ay qué felices dias!
¡Qué sencillas y puras alegrías!
Si ella se enderezaba hácia un otero,
Yo estaba allá primero;
Y si al valle bajaba,
En el valle esperándola me hallaba.
No hubo flor, no hubo rosa de mi mano
Cogida que en su seno no parase:
No hubo dulce tonada
Que yo no le cantase,
Ni nido que en su falda no pusiese:
Mis cabritos saltando la seguian;
Y la sal sus corderas me lamian
En la palma amorosas.
De esta suerte las horas deliciosas
En grata union pasábamos felices,

Cuando un deseo de saber nos vino
Qué era amor, de manera
Cual si un encanto fuera,
Y á un zagal ya maestro preguntando:
,,Un niño hermoso, respondio burlando,
,,Halagüeño, festivo, bullicioso,
,,Con alitas doradas,
,,Que causa mil placeres y dolores.
,,Gusta de los pastores,
,,Y de edad floreciente:
,,El pecho agita y mil suspiros cria:
,,Hace hablar á los rudos dulcemente,
,,Hace velar, y el corazon abrasa;
,,Y olvida del ganado,
,,Pensando solo en el sugeto amado,
,,Y solo con su vista da alegría...."
Quiteria se encendia;
Y yo turbado estaba aquesto oyendo,
Consigo mismo cada cual diciendo:
Yo me agito y suspiro,
Yo canto dulcemente, y yo me abraso,
Velo, me quejo, y lloro;
Ay! á Quiteria: ay! á Basilio adoro.

CAMILO.

¡Discurso bien extraño! ¡Y mas extraña
Simplicidad la vuestra!

BASILIO.

Desde entonces
Sabiendo que era amor, á amar nos dimos
Con inquietud tan rara,
Que en vano á ponderártelo bastara,
Contando un dia entero mis venturas.
¡Qué promesas hicimos!
¡Qué afectos! qué ternuras!
¡Qué dulce libertad! y qué delicias!
Imagina, Camilo, las caricias,
Las miradas, los juegos, los favores
Que hallarian dos pechos abrasados
En el amor mas puro.

CAMILO.

Fingírselos no puede el mismo amante
Fuera de aquel afortunado instante.

BASILIO.

Siete veces Abril tornó florido,
Y Diciembre aterido,
Viviendo yo seguro
Sin rezelar mudanza,
Cuando Camacho ¡o bárbara memoria!
Vino á arrojar por tierra mi esperanza;
Y yo resuelto me partı del valle
A dar fin á mi vida
Desesperado y fiero.

No de intencion mudé: mas ora quiero
Que ante sus ojos sea;
Y que la ingrata, la perjura vea
En el momento de sus tristes bodas
Con qué extremo la amaba
Este desventurado,
Y hasta qué punto mi despecho llega.

CAMILO.

¡Ay Basilio infelice! que te ciega
Tu zelosa pasion.

BASILIO.

Quizá mudado
Su pecho entonces llorará mi suerte,
Vivo gozar queriendo
Al que ahora por pobre da la muerte.

CAMILO.

¡Vano consuelo para mal tan grave!

BASILIO.

Este me resta solo.

CAMILO.

Aun otro queda.

BASILIO.

¿Cuál? dímelo, Camilo...

CAMILO.

El que tú hablaras
A Quiteria, esforzando

Su corazon cobarde,
Que aun constante te adora,
Y por tus zelos agraviada llora.

BASILIO.

¡Yo á Quiteria....! primero
El fuego será frio, el sol escuro,
Y el Mayo irá sin flores,
Que yo la hable, ni vea.
No, zagal, yo no quiero
Ponerme de la infiel á los desvíos,
Ni á tu intencion contravenir en nada,
Turbando en vano con los ruegos mios
La luz serena de sus claros ojos,
Ni las purpúreas delicadas rosas
De sus mejillas.

CAMILO.

¡Tu feliz ventura
Tú mismo estorbas!

BASILIO.

Tu rogar es vano.

CAMILO.

Pues por no hablarla perderás su mano.

BASILIO.

¿Cómo, amigo? qué dices?

CAMILO.

Que aun puede haber retorno tu fineza.

De Quiteria el silencio, la tristeza,
Su despego á Camacho, su desvío,
Sus suspiros, sus ojos,
Mas de una vez me han dicho que te adora.

BASILIO.

¡Cuán dichoso seria!

CAMILO.

Bailando en la enramada el otro dia,
Sin ser notado, y viéndola elevada
Como en tí contemplando,
Yo le dije burlando:
„Olvídale, zagala, pues le niegas
„El premio á tantas ansias merecido."
Turbóse en escuchándome encendido
Su rostro de vergüenza, y sus mejillas
Salpicó alguna lágrima, que en vano
Quiso ocultar su mano.
Háblala pues.

BASILIO.

¡O firme,
Malograda esperanza! vuelve, vuelve
De nuevo á florecer: mas ¡sin ventura!
¡Cómo yo la he de hablar en este dia
Y en tanta confusion! No, no me ha dado
Amor tal osadía.

CAMILO.

Pues yo por tí lo haré; mira en qué grado
Tu dicha anhelo; y dispondré de modo
Que en secreto os veais.

BASILIO.

¡Ah dulce amigo!
Pues eres de mis lágrimas testigo,
Sensible le pondera
Mi amor, mi fe sincera.
Haz esto, y premio pide; mi ganado,
Cuanto vale Basilio, todo, todo
Está, Camilo fiel, á tu mandado.
Y adios; que podrán verme.

CAMILO.

Aqui me espera
Dentro de un hora.

BASILIO.

Tornaré ligero,
Cual hambriento cordero
De la madre al balido.

## ESCENA III.

CAMILO, DON QUIJOTE, SANCHO.

CAMILO.

¡Cuán facil es, cuán fácil al olvido,
Zagalas, vuestro pecho! la corriente
Del arroyo, del céfiro el ambiente
Tienen en su inconstancia mas firmeza;
Pues torna un solo dia
En odio crudo la mayor terneza,
Si el orgullo, el antojo, la porfia,
O el interes el ánimo os provoca.
¡Felice yo! que la esperanza loca
Lanzar del pecho conseguí..... ¿Mas cómo
Haré en bullicio tanto, que se vea
Con Quiteria Basilio? de su lado
No se aparta Camacho..... de zagales
Todo el valle está lleno..... la alegría.....
La confusion..... las danzas..... ¡Ah....! su hermana.....
Petronila es buen medio;
Ella es vana y sagaz; y con envidia
Ve á Quiteria dichosa,
Y ama á Camacho, y estará zelosa.

Buscarla me conviene.

DON QUIJOTE.

¿Bien arrendado á Rocinante dejas?
Que ademas la cüita de Basilio
Solícito me tiene.

SANCHO.

Yo me atengo
Al ricote Camacho: muy bien hizo
La zagala en cogelle;
No sino estar sin blanca, y por las nubes
Querer luego casarse: cada oveja
Vaya con su pareja..... ¡cielo santo!
¡Qué garrido zagal! tal sea mi vida.
Qué sayo! qué limpieza!

DON QUIJOTE.

Calla, calla,
Sancho hablador, que tú como villano
Sirves al interes. Pastor hermano,
Hoy que en esta floresta la alegría
Y el regocijo viven,
¿Licencia habrá un Andante Caballero
De ver con su Escudero
Unas fiestas tan célebres y nuevas,
Cual la fama pregona?

CAMILO.

Un huesped tal de nuevo las abona.

Mas ¡qué trage! ¡qué arreo.....

DON QUIJOTE.

Non vos faga
Pavor, zagal amigo, su estrañeza.
Un caballero soy de los que dicen
Van á sus aventuras:
É que magüer de tiempos tan perdidos
Al ocio renunciando y las blanduras,
Huérfanos acorriendo y desvalidos,
Y enderezando tuertos y falsías,
Si el cielo no le amengua su esperanza,
Ha de resucitar la antigua usanza.

SANCHO.

Es mi señor el mas valiente Andante
Que tiene el mundo todo: á Rocinante
Oprime el fuerte lomo; y deja fechos
Cien mil desaguisados.
Señora universal de sus cuidados
Es la sin par princesa Dulcinea....

CAMILO.

Yo no os entiendo, amigo.
Mas vos, señor, en tan felice dia
De aqui no partireis: nuestra alegría
Venid, venid á honrar; y del esposo
Á recibir obsequios y favores.

DON QUIJOTE.

Ya sabidor me hicieron dos pastores,
Que es cortés cuanto rico,
Siéndolo en todo extremo;
Y otro que tal la desposada hermosa
Como él rico y cortés; y la manera
Insólita en que quiere
Sus bodas celebrar y su ventura.

CAMILO.

Vence la verdad pura
Cuanto contar pudieron: en riquezas
No hay mayoral alguno que le iguale.
Estas sierras pobladas
Tiene con sus vacadas,
Y valles y laderas
De cabras y corderas:
Siendo á par dadivoso que hacendado.
De la hermosa Quiteria enamorado
Al fin su honesta mano ha conseguido;
Y celebrar los desposorios quiere
Con mil regocijadas invenciones.
Las grandes y abundosas prevenciones
No me es dado contar: vereis tendido
El albo y rico pan asi en rimeros,
Cual suele el trigo estar en el ejido.
Asi vereis arder olmos enteros

Cociendo las viandas,
Cual si fuesen lumbradas de verano:
Asi caza colgada por los robles
Cual si su fruta fuera.
Ha enramado este valle de manera
Que á hurto el sol ha de entrar, si á vernos
viene.
Danzas y bailes de zagalas tiene,
Y de zagales juegos y carrera.
Finalmente este dia
Es todo del placer y la alegría.
De Quiteria merced á la hermosura,
Pues cual la rosa es reina de las flores,
Ella lo es de la gracia y gentileza.
Sus ojos amorosos
Son mas quel sol lumbrosos,
Y sus luengos cabellos
No hay valor para vellos.
De la boca destila miel y azahares;
Y su cuello preciado
Alabastro es labrado:
Venciendo á su beldad su gallardía,
Y á esta su honestidad y cortesía.

SANCHO.

Pardiez que es la zagala
Despues de mi señora Dulcinea

Lo mejor que ver pienso. El oro, el oro
Sabe allanarlo todo; y á la larga
A la liebre mas suelta el galgo carga.

CAMILO.

Decis bien: de Quiteria
Otros muchos la mano codiciaron;
Y en mil tiernas canciones
Sus ansias y sus zelos ponderaron.
Estos olmos vereis de letras llenos,
Que en la dura corteza
Publican su desden y su belleza.
Sobre todos Basilio
Ya en la niñez mas tierna la servia;
Y ella su honesto amor favorecia:
Mas el oro triunfo de este cuidado.
Es Basilio un zagal tan acabado
En gracias cuanto pobre:
Suelto y ágil al salto y la carrera,
De dulce voz, de razonar suave
Y gentil hermosura;
Y ámala de manera,
Que cuantos sus finezas conocemos,
Algun fin desastrado de él tememos.

DON QUIJOTE.

¡Zagal cuitado!

SANCHO.

El que fortuna olvida
Ha de sobra la vida.

CAMILO.

Asi es verdad, y solo por ser pobre
Mientras Camacho rie,
Basilio triste y despechado llora.

DON QUIJOTE.

¡O riqueza! en mal hora
La madre tierra de su seno duro
Te lanzó entre los hombres.
Tú lo conturbas todo y el seguro
Amor tornas olvido:
Por tí el mérito yaz escurecido,
Virtud es otrosi desacatada,
É hubo en el suelo la maldad entrada.
Ya non vale ni afan esclarecido,
Ni sangre por la patria derramada,
Ni feridas gloriosas
De caballero fuerte.....

CAMILO.

Permitidme
Avisar de la dicha que hoy le viene
Al felice Camacho.

## ESCENA IV.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¡Sancho! Sancho!
¡O qué olor tan divino!
¡Qué calderas aquellas! no las vide
Tamañas en mi vida: ¿pues las ollas?
Son seis grandes tinajas.
Bien la aventura empieza:
A esto me atengo, y no á la gentileza
Y gracias de Basilio.

DON QUIJOTE.

Sancho, hijo,
Non denuestes al pobre, que los bienes
Por eso son llamados de fortuna,
Porque los da sin discrecion alguna
Esta inconstante diosa;
Y es sandez ademas tanta alegría.
Mal haya, á decir vuelvo, el negro dia
En que topó codicia con el oro.
Por él se amengua el virginal decoro
De la tierna doncella, y puerta tiene
Franca el recuestador.....

SANCHO.

Habilidades

Son sin él necedades;
Nunca en casa del rico el duelo viene:
El dar, peñas quebranta: los dineros,
Vuelven en caballeros.

DON QUIJOTE.

El cielo te confunda y tus refranes.

SANCHO.

¡Válame Dios! qué danzas! qué zagalas!
En solo vellas se me van los ojos.
¡O qué alegres! qué sueltas! no parece
Sino que sus cabellos extendidos
Semejan de oro puro unos manojos.
¡Qué sartas de corales! no hay pagallas.
¡Pues montas los vestidos!
¡O bien haya Camacho y su riqueza!
Eso que tienes vales.

CORO I.

Tras el divino fuego
De su adorada esposa
Camacho vuela ciego,
Cual tierna mariposa.

CORO II.

Quiteria desdeñosa
Su ardor huir procura,

Cual vírgen vergonzosa,
Cual niña mal segura.

LOS DOS COROS.

Pues baste de extrañezas,
Y en tálamo de flores

CORO I.

Goce ya sus finezas,

CORO II.

Temple ya sus ardores.

LOS DOS COROS.

En tálamo de flores
Goce ya sus finezas,
Temple ya sus ardores.

DON QUIJOTE.

Fuyamos de aqui al punto; no; no quiero
Que el ocio muelle ó femenil halago
Me embarguen en mis altos pensamientos.
Hay huérfanos, viudas y pupilos
Que amparar, hay doncellas
Que acorrer, hay gigantes
Soberbios y arrogantes
Con quien lidiar, ¿y yo me detendria?
Dulce señora mia,
Non, vuestro caballero
Non fará sandez tal: fuyamos, Sancho.

SANCHO.

¿Cómo es eso de huir? ¿para esto solo
Fue sin yantar dormir en la floresta,
Y hacerme despertar cuando hacen salva
En sus nidos los pájaros al alba,
Hablando de la fiesta
Y de Basilio mísero? ¡Ay abuelo!
Sembrasteis alazor, nació anapelo.

DON QUIJOTE.

Vamos digo.

SANCHO.

¿Quién sabe si aqui puede
Saltar tal aventura,
Que cuantas hasta ahora hemos tenido
Nada con ella sean?

## ESCENA V.

DON QUIJOTE, SANCHO, BERNARDO, CAMACHO.

CAMACHO.

Bien venido
Seais á honrarme en mi felice boda;
Que ya el zagal con quien habeis hablado
De todo me ha informado:
Y asi rendido os ruego

Deis el último punto á mi alegría
Con vuestra compañía.
Este es dia de gracia y regocijos:
Venid á ver los que á Quiteria hermosa
Ordenar aunque rústico amor sabe;
Y hacedla en esto solo mas dichosa.

DON QUIJOTE.

Yo, gentil mayoral, solo lo fuera
Si ofertas tales disfrutar pudiera,
Como sé agradecellas comedido.

BERNARDO.

¿Cómo, señor?

DON QUIJOTE.

En fiestas non es dado
Por ley á caballero detenerse,
De las altas empresas olvidado
A que el cielo le llama.
Él te haga con Quiteria venturoso
Luengos siglos, mancebo generoso;
Y licencia me da....

SANCHO.

Señor, teneos.
¿Cómo quereis partir, y á ruegos tales
Ser desagradecido,
Habiendo siempre sido
La misma cortesía?

¡Miren qué monta un dia
Para un tan valeroso caballero!
Vos pedidselo, hermano.

BERNARDO.

Aunque no quiero,
Señor, importunaros, si estas canas
Y esta edad algo pueden,
No hagais que nuestras súplicas sean vanas.
Y el anciano Bernardo, de Quiteria
Padre feliz, añada esta ventura
A cuantas hoy Camacho le asegura.

CAMACHO.

Pueda nuestra porfia....

SANCHO.

¡Qué dureza!
Dad luego, y dais dos veces: que lo mismo
Es negar que tardàr.

DON QUIJOTE.

Agraviaria
Esas canas, Bernardo venerable,
Y tu discreta afable cortesía,
Gentil Camacho, en resistir mas tiempo.
Vuestro me constituyo, á vuestro grado
Ordenad, os vereis obedecidos.

BERNARDO, CAMACHO.

Hacedlo vos, pues nos teneis rendidos.

SANCHO.

Bueno; cayó: no ayuno
Cuentes al importuno.
Dios mejora las horas, Sancho, afuera
La escuderil miseria; y al buen dia
Abre y métele en casa. ¡O qué bien huele...!
Conforta el airecillo. Buen Bernardo,
¿Habrá, decid, manera.... solamente....
De probar.... no el olor....

DON QUIJOTE.

O vil! infame!
¡Mal nacido Escudero! asi me amenguas!
Viven los altos cielos,
Donde mas latamente se contiene....

CAMACHO.

Templaos, señor.

BERNARDO.

Venid hácia este lado,
Que yo os haré placer.

CAMACHO.

A mi Quiteria
La dicha á decir vamos que en vos tiene.

## ESCENA VI.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¡Válame Dios, qué dia á Sancho viene!
Tiernas pollas.... cabritos.... y conejos....
Pichones.... lechoncillos.... allá lejos
Asándose un novillo.... ¡ay dulces zaques!
¡Aqui tambien os hallo! ya mis ojos,
Finos enamorados
No pueden de vosotros apartarse.
Ea, Sancho, animarse;
Y pues hay vino, afuera los cuidados.

DON QUIJOTE.

Fermosa y encantada Dulcinea,
Soberana señora
De este vuestro afincado caballero,
Membraos de mí, pues yo por vos me muero.

## CORO PRIMERO

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor:

De tus zagales
Oye el clamor.
Ven, dulce amor,
Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALES.

Tú nos previenes
Todos los bienes:
Tú el orbe alientas;
Y le sustentas
Como señor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Sin tí la rosa
Fresca, olorosa
No naceria:
Todo lo cria
Tu suave ardor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALES.

Con dócil cuello
El jóven bello
Busca á su amada,
Por tí apiadada
De su dolor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Tú á la doncella
Tímida y bella
Rindes al blando
Yugo, triunfando
De su temor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Tú á sus desvelos
Das mil hijuelos
Bellos, graciosos:
Frutos preciosos
De un mutuo ardor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Ven; y en el suelo
La paz del cielo,
Nunca alterada,
Reine ayudada
De tu favor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

CORO DE ZAGALES.

De tus zagales
Oye el clamor.

CORO DE ZAGALAS.

Ven, dulce amor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce amor.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

QUITERIA.

¿Do, Quiteria cuitada,
Sin ventura Quiteria, do engañada
Tu corazon te lleva?
Debes huir, ¿y con inciertos pasos
De tu grado te vienes á la muerte?
Le debes olvidar, ¿y los lugares
Frecuentas do algun dia
Su honesta llama con la tuya ardia?
Ay! esta misma vega
Testigo fue de nuestro amor, testigo
De mil hablas süaves,
De mil tiernas promesas y mil juegos,
Que eran un tiempo gloria,

Y ahora son dolor en la memoria.
Aqui dulce cantaba:
Alli alegre reia:
Aqui con su guirnalda me ceñia;
Y alli loco de amor me la quitaba.
El valle ¡ó triste! florecido dura
Cuanto acabó agostada mi ventura.
Feliz la pastorcilla,
Pobre sí, pero libre, á quien concede
El cielo en su llaneza
Amar en libertad y ser amada,
Sin que decoro ó paternal respeto
Le dé el amante, ó le violente el gusto
Con mandamiento injusto;
Y triste la cuitada,
A quien niegan sus hados esta suerte,
Despiedados negándole la muerte.
Ella rie; yo peno
Cual esclava vendida:
Ella se goza al lado
De su zagal amado,
Y yo lloro afligida
Del mio para siempre dividida.
¿Qué vale el alto estado?
¿Qué vale la riqueza,
Y el don de honestidad y de hermosura,

Cuando falta, Quiteria, la ventura?
Desnudo amor se goza en la pobreza.....
Mas Camilo á mi hermana
Aqui muy en secreto hablando viene.
¡Ay Basilio!.... á esperarlos no me atrevo.

## ESCENA II.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Él ha llegado en fin; y tal le tiene
Su amor desventurado,
Que algun fin desastrado
Rezelo, Petronila: ¡ó trance fuerte!
O mísero zagal!

PETRONILA.

Su acerba suerte
Puede hallar compasion en una roca.

CAMILO.

Él en efecto se dará la muerte
Desesperado.

PETRONILA.

Ah triste! ¡cuánto, cuánto
Me duele su miseria!

CAMILO.

La suya á mí no tanto

Como la de Quiteria,
Cuya llorosa, quebrantada vida
Será despues un infernal tormento.
De imágenes contino combatida,
El ciego, abandonado pensamiento
Le traerá siempre á su Basilio amado.
Hallarále á su lado
Bañado en sangre por su amor vertida:
Con triste voz le pedirá venganza:
Le acusará su pérfida mudanza;
O amoroso y rendido
Le dirá mil finezas, que en su oido
Falaces sonarán; iráse al lecho;
Y al sueño en vano llamará: la aurora
Tornará; y con su lumbre
Crecerá su dolor y su amargura.
¡O cara Petronila! ¿qué ser puede
De un lazo que han formado
Solo interes y paternal decoro?

PETRONILA.

Bien se me alcanza; mas ceder de grado
Quiteria debe á su feliz destino,
Las dichas contemplando y la riqueza
Del alto no esperado casamiento.
Es la riqueza puerta de contento;
Y la cruda pobreza

Puerta de desventura
Cuando amor cesa, y queda su amargura.
Amor, cual niño alegre,
Risas y juegos y donaires ama,
Cuanto pobreza lloros,
Que al punto apagan su celeste llama.

CAMILO.

No, gentil Petronila,
Ni mísera fortuna ni pobreza
De un pecho fiel apagan la fineza.
La inclinacion, el gusto,
La union de voluntades
Decretada del cielo,
Las sencillas verdades,
De agradar el solícito desvelo,
Esto solo es amor, y á los esposos
Ciñe la sien de venturosas flores,
Que jamas se marchitan ni desdicen
Sus primeros verdores:
Lo demas es dureza y tiranía.

PETRONILA.

Asi es verdad, pues que tal vez dos pechos,
Uno para otro hechos,
Lloran amargamente divididos
Por la cruel fortuna.

CAMILO.

Esto me mueve,
Como ya te decia,
Y el amor tierno que feliz nos une
Desde la edad primera,
A que mil medios y caminos pruebe,
Por si logro impedir la muerte fiera
Del mísero Basilio, suspendiendo
La triste infausta boda.

PETRONILA.

¿Cómo, Camilo, suspenderla? cómo?
¿Estás en tí? deliras? ¿ó te burlas
Con pasatiempo vano?

CAMILO.

Hacerlo, Petronila, está en tu mano.

PETRONILA.

¡Yo turbar de mi hermana la ventura!
¡Yo en tramas! yo en ardides! tú te atreves...!

CAMILO.

Amada Petronila, hacerlo debes
Por la suerte de entrambos.

PETRONILA.

Camilo, no es posible:
No; ni aun hablarse en tan revuelto dia.

CAMILO.

Pues esto al menos sea:

Véanse los cuitados, giman, lloren,
Y quéjense y suspiren;
Y démosle aunque leve este contento.
Acaso, Petronila.... en un momento
Prodigios hace amor: di, ¿no es Camacho
Rico, gentil, amable? ¿por ventura
No hallará cada hora
Otra y otra pastora,
Si Quiteria le deja?
Roba á Basilio aquesta sola oveja
Con tanto afan criada; y á la muerte
Helo al instante dado.

PETRONILA.

Tú, Camilo, me vuelves á tu grado
Con tus dulces palabras: de Quiteria
Tentaré el corazon; y si hallo modo....

CAMILO.

Tu agudo ingenio lo disponga todo;
Que yo al ciego Basilio ver deseo,
Temiendo su furor.

## ESCENA III.

PETRONILA.

¡Qué devaneo
Es este, malhadada! olvida, olvida,

Petronila, tu amor; y pues nacida
Fuiste á zelos y llantos,
Llora, cuitada, y cumplirás tu suerte.
¡Ah Camacho! Camacho! ¡tú siguiendo
Vas á la que te huye; y la infelice
Desdeñas que te sigue! ¡á Petronila
Desprecias; y á Quiteria haces felice!
Algun dia, cruel, arrepentido
Tú llorarás, como hoy furiosa lloro.
Pero ¿por qué llorar? ¿no está en mi mano
Ayudar á Camilo; y mil ardides
Fraguar contra un aleve?
Ah! que acaso Quiteria en tan dichosa
Suerte estará mudada.
El agua gota á gota en fin horada
La peña, cuanto mas su tierno pecho
Ruego tan porfiado.
No importa, Petronila, con cuidado
Su inocencia provoca.... ¡qué afligida
Por alli asoma! mi asechanza empiece.

## ESCENA IV.

PETRONILA, QUITERIA.

QUITERIA.

¡O cómo á un triste, triste le parece

La mayor alegría!
Este valle.... mi hermana.... vida mia,
Para mí mas süave
Que el alba á desvelado pastorcillo,
Y á solícita abeja
Oloroso tomillo;
¿Tú aqui sola?

PETRONILA.

Ensayando
Estaba mi tonada.

QUITERIA.

Yo buscando
A Isabela venia: y ya dudosa
En volverme pensaba.

PETRONILA.

Mas, Quiteria, ¡tú triste! tú llorosa!

QUITERIA.

Yo hermana....

PETRONILA.

De tu dicha
Tan cerca, ¡y no te alegras! ¡y no sientes
Aquel contento puro, aquel süave
Vivo placer que los demas sentimos!

QUITERIA.

Verse pasar de esta felice vida,
Petronila querida,

A ser de libre esclava,
Pender de ageno gusto,
Y entrar en mil desvelos,
No es mucho para risas: si los cielos
Me diesen á elegir, yo libre y sola
En esta grata soledad hiciera
Mi inocente morada.
Ay! ni amante, ni amada,
Fueran mis compañeras
Mis nevadas corderas:
El arroyo, la vega, el verde soto,
Mi sencillo recreo,
Y mis galas las flores,
Y mis amantes tiernos ruiseñores.
¡El cielo en otra forma lo ha ordenado!

PETRONILA.

Hablas, Quiteria, en el lenguage usado.

QUITERIA.

Tú sabes bien que desdeñé mil ruegos
De importunos amantes; y que solo
Pudo el precepto paternal vencerme
De Camacho en favor. No, dulce hermana,
No hay dicha, no hay ventura
Cual la inocencia de una humilde vida,
De sujecion segura,
Y á quien el mundo olvida.

Los bienes no son bienes: son prisiones
Que nuestra dicha impiden; y un engaño
Do crédulos caemos,
Cual en la red el avecilla incauta.

PETRONILA.

Mas antes es forzoso
Que para asegurar nuestra ventura
Al pacífico yugo el cuello demos.
Ninguna en libertad está segura.
Necesitamos de un arrimo: pasan
Los años; y belleza,
Gracias y gentileza
Pasan tambien. La rosa
Somos, que con el dia
Abre el purpúreo seno vergonzosa
Para perder con él su lozanía.
Nadie de amor se libra: jamas dejan
Sus tiros de acertar: es la ventura
Hallar, cual has logrado
En tu feliz estado,
La conveniencia con el gusto unida.

QUITERIA.

Sí, hermana, sí: mas pocas,
Pocas veces verás que juntos vayan,
Cuando solo interes las almas une,
Que inclinacion debiera:

Mejor es pues en libertad entera
Vivir, que al yugo someter el cuello,
Querer despues, y no poder rompello.

PETRONILA.

¿Y tú estás libre?

QUITERIA.

Si en mi mano fuera,
Por siempre lo estaria.

PETRONILA.

¿Y el mísero Basilio, vida mia?
¿Y aquel amor süave en la inocente
Tierna niñez criado?
¿Aquel sacar entrambos el ganado
A un hora, á un valle mismo? ¿aquel contarse
Hasta los pensamientos; y al hallarse
Quedarse embebecidos;
Y suspirar al verse divididos?
¿Te enterneces, Quiteria?

QUITERIA.

La memoria
De tan plácidos dias,
Y tanto amor y puras alegrías
Conmueve, hermana, mi sensible pecho,
Que no de dura roca,
Sino de cera delicada es hecho.

PETRONILA.

¿Mas Basilio?

QUITERIA.

¡Ay querida!
Basilio.... ya el cuitado
Habrá con muerte dura
Sus ansias y sus zelos acabado.
Yo, yo la causa he sido: yo el agudo
Hierro llevé á su pecho; ¡ó sin ventura!
Ve si debo llorar.

PETRONILA.

No te angusties,
No; pues vive.

QUITERIA.

¿Qué dices?

PETRONILA.

Que en el valle
Le he visto, aunque á lo lejos, triste y solo,
Lloroso, macilento y afligido,
Cual buscando los sitios do solia.....

QUITERIA.

¡Ah dulce hermana mia!
El gozo me rebosa, mi abatido
Corazon desfallece con tan grata,
Tan felice noticia: ¿vive el triste?

PETRONILA.

Sí: vive.

QUITERIA.

¿Dónde ciega
Me arrastró mi pasion?.... en vano, en vano
Vive ya para mí. Cede á tu dura
Suerte, infeliz Quiteria: ya no eres,
No, la que ser solias.
La ley de honestidad, la fe jurada
Te mandan que su amor bárbara olvides.
¡Ay esperanza mia malograda!

PETRONILA.

Templa el dolor y el mísero lamento,
Que no es, no, leve anuncio de ventura
Haber él vuelto al valle.

QUITERIA.

Para solo su daño y mi tormento.
Mejor allá estuviera
Do jamas yo sus justas ansias viera.

PETRONILA.

¿Y por qué no has de verle?

QUITERIA.

La ley dura
De recato lo veda.

PETRONILA.

¡O simplecilla!

Cuál te ciega el dolor! dime ¿qué daño
En esto puede haber? ¿á quién extraño
Será que hableis, lloreis, con los gemidos
Las quejas y los zelos confundidos?
¿No es sabida de todos su ternura?
¿Tu honestidad á tí no te asegura?
Él asi lo desea; y congojoso
En breve alivio de su amarga suerte,
Me pidió ¡triste amante! que en su nombre
Y por su aciago amor te lo rogara.
¿Negárselo podrás?

QUITERIA.

Será la muerte
Para entrambos, hermana.

PETRONILA.

¡Tan severa
Contra tanta humildad! ¡cuándo se vido
Nacer de la cordera
El lobo, ni de cándida paloma
El basilisco fiero!
Hazle este gusto; y sea, sí, el postrero.

QUITERIA.

Ay! ¿me lo mandas? mas Camacho asoma....
Adios, que estoy turbada; y peligroso
Fuera que asi me viese.

PETRONILA.

¿En qué quedamos?

QUITERIA.

En tu mano queda
Mi corazon cuitado,
Dispon dél lo mejor segun tu agrado.

## ESCENA V.

PETRONILA, CAMACHO.

CAMACHO.

¿Qué es esto, Petronila? ¿cómo huye
Quiteria de mis ojos, cuando ciegos
En su semblante angélico anhelaban
Consuelo hallar y plácida alegría?
¿Por qué tanto desden, rigor tan crudo?

PETRONILA.

Ni huyó Quiteria, ni sentirte pudo.
El deseo solícito á las veces
Los amantes engaña,
Feliz Camacho.

CAMACHO.

Su tristeza extraña,
Su esquivez, su silencio
Me afligen de manera,

Que antes verme quisiera
Cercado de mil penas y dolores,
Que hallarla con desden en mis ardores.

PETRONILA.

Siempre es la edad primera desdeñosa;
Y la tierna doncella vergonzosa
Ama, y rezela, y su deseo esconde;
Y si amante la mira,
Se cubre de rubor, y se retira.

CAMACHO.

¿Mas con su esposo tímida?

PETRONILA.

¡Qué tierno!
¡Qué tímido, qué fino y rezeloso!
¡Feliz hermana!

CAMACHO.

Dulce Petronila,
Mis rezelos perdona; pero dime
¿Mi Quiteria me quiere? está contenta?

PETRONILA.

¿Puede no estarlo con tan tierno esposo
Y en el destino á que la llama el cielo?
¿Un mancebo gentil, rico y amable,
De edad florida, de apacible pecho
Y fácil trato, á quien feliz no hiciera?
Mucho, mucho te debe

Mi hermana en torno, si pagar espera
Tal amor, tal fineza, tal ventura.

CAMACHO.

Solo anhela el deseo
Que ella la goce en mi amoroso empleo.

PETRONILA.

El cielo liberal le dio hermosura:
Mas su edad ternezuela ser regida
Debe con asistencia cuidadosa,
Hasta que el trato y la costumbre la haga
Diestra en las prendas que tener conviene
La afortunada esposa
De mayoral tan rico,
Y en todo á tu esperanza satisfaga.
¡O cuánto tiene que aprender Quiteria!
¡Y qué mal cubre mi aficion el pecho!

CAMACHO.

Tú me la enseñarás; de tu amor fio
Todo el contento mio.
Y ahora oficiosa corre,
Corre, y dile que ciego
Ardo de sus ojuelos en el fuego.
Haz tú por Dios que ingrata no me sea,
Mientras yo puedo hablar á aquel criado
Del nuevo huesped.

PETRONILA.

¡Triste Petronila!
¡De qué gentil mensage vas cargada!

## ESCENA VI.

CAMACHO, CAMILO, SANCHO.

CAMACHO.

Amigo, ¿cómo fue?

SANCHO.

Bien regalado:
De la espuma me dieron.

CAMACHO.

¿De la espuma?

SANCHO.

Salieron
Por espuma tres pollas, que añagazas
Al apetito hacian,
Y á la boca ellas mismas se venian.
Luego dos gazapillos,
Y cuatro pichoncillos;
Y tras esto el licor, dulce embeleso
De Sancho, con que el seso
Pierdo regocijado.
¡Es de lo mas añejo y extremado!
¡O qué bien que sabia!

CAMILO.

Mas decidme,
¿Qué es este vuestro amo? ¿á qué estas armas,
Cual si por tierra de enemigos fuera?
¿Qué busca? cómo viene
Por estos despoblados?

SANCHO.

¡Dudas tales
Podeis tener! ¿no veis en las señales
Que es mi señor andante Caballero?
¡Y de los mas famosos!

CAMACHO.

¿Y qué es andante?

SANCHO.

Es una cosa, hermano,
Que no sabré decilla,
Porque ora se halla en la mayor mancilla,
Ora de un alto imperio Soberano:
Entuertos endereza:
Soberbios desbarata:
De acá para allá corre
Malandrines venciendo;
Y el sabio encantador que le socorre,
Su pro y claras fazañas va escribiendo.
Vuela su fama, y viene al cabo á hallarse
De un gran Rey en la corte, y á prendarse

De la Señora Infanta,
Que es muy apuesta y bella;
Y por quitate allá casa con ella,
Y hace Conde á lo menos su Escudero.

CAMACHO.

¿Qué decis?

SANCHO.

Caballero
Como este mi señor no le hallaredes
Luengos siglos atras, mas esforzado
En el acometer, ni en repararse
Mas diestro y avezado,
Mas cortés, liberal, ni mas sabido:
Asi que de tenerle á vuestras bodas
Alegraros debeis.

CAMACHO.

Son dichas todas
De mi suerte feliz. Mas ya me llama
De la fiesta el cuidado.
Quedad adios.

## ESCENA VII.

CAMILO, SANCHO.

CAMILO.

¿Con que de tanta fama

Es este Caballero?

SANCHO.

No hay deciros
Sus fechos y proezas.
Acometer le he visto denodado
Gigantes como torres, y meterse
De dos grandes ejércitos en medio,
Y al Rey Pentapolin dar la victoria:
Fracasar un andante vizcaino:
Librar desaforados Galeotes;
Ganar el rico yelmo de Mambrino;
Y luego si encantado no se viera,
Del gran Micomicon Rey estuviera.

CAMILO.

¡Cómo Rey!

SANCHO.

Esperad, que no en un dia
La cabra al choto cria.
Al valeroso andante
Venció de los Espejos:
Y luego cuerpo á cuerpo dos leones
Feroces y tamaños
Como una gran montaña,
Cuyo nombre tomó para memoria
De tan grande aventura,
Que antes el Caballero se llamaba

De la triste figura,
Sin otros mil encuentros y refriegas.
¿Y todo para qué? para una dura,
Sobajada señora,
La sin par Dulcinea, que ferido
Le tiene de su amor.

CAMILO.

¿Luego sujeto
Vive al amor?

SANCHO.

Mirad, si asi no fuera,
No fuera caballero tan perfeto.

CAMILO.

¿Y quién es su señora?

SANCHO.

¿Quién? la esfera
De la belleza misma,
Apuesta, comedida y bien fablada;
Princesa del Toboso cuando menos.

CAMILO.

Cómo!

SANCHO.

Y por ley á los vencidos pone
Que ante ella vayan á decir de hinojos
„Encumbrada señora, aquel andante,
„Lumbre de caballeros, norte y guia

„De valientes, famoso Don Quijote,
„Nos manda ante la vuestra fermosura
„A que de nos ordene á su talante."
Y asi, ó me engaña la esperanza mia,
O sus fechos extraños
Cuando menos un reino han de ganalle;
Y luego encaja bien á Sancho dalle
La ínsula, que ha de estar yo no sé donde;
Y verme asi Gobernador ó Conde.
Arrímate á los buenos: con quien paces,
Sancho, no con quien naces.
Mas helo viene: al lobo se mentaba,
Y él todo lo escuchaba.

CAMILO.

¡Qué extraño desvarío!
Sin seso estan... no importa... en todo caso
Hacerlo quiero mio.

## ESCENA VII.

DON QUIJOTE, CAMILO, SANCHO.

CAMILO.

Felizmente, señor, os hallo al paso
Para besar rendido vuestras plantas,
Si dicha tal en mi humildad merezco.

DON QUIJOTE.

Alzad, gentil zagal; yo os lo agradezco.

CAMILO.

Esto á tanto valor hacer me toca.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad.

CAMILO.

Entre fortunas tantas,
No es del rico Camacho dicha poca
Teneros á su lado;
Pero mayor le vino á aquel cuitado
Que verse libre espera de la muerte
Por ese brazo justiciero y fuerte.
¡Ay infeliz!

DON QUIJOTE.

Mi profesion, mi estado
Ayudar es á los que pueden poco,
Y agravios desfacer: que esta es forzosa
Ley de caballería,
Sin que cosa en contrario darse pueda.
¿Algun menesteroso en este dia
Necesita de mi? corramos luego.....

CAMILO.

Tal vez..... pero yo os ruego
Que modereis, en tanto
Que él mismo os pueda hablar, el justo enojo.

DON QUIJOTE.

Toda tardanza para mí es quebranto.
¡Ay alta Emperatriz! ¡podrá ofrecerte
Algun nuevo despojo
Este tu sandio y reprochado amante!

SANCHO.

¿Va que hay entre las bodas aventura?
¿Y son en un instante
Como el sueño del can mis dulces ollas?.....

DON QUIJOTE.

Habedos otra vez con mas mesura,
Sancho; y no del alegre
Fagais, ni del juglar en demasía.
El pro del escudero
Es pro de su señor: su villanía
Amengua al caballero.

SANCHO.

¿Por lo pasado lo direis? No pude
Mas conmigo, señor: el airecillo
Tras de sí me llevaba.

DON QUIJOTE.

Ven acá, ¿te faltaba
Tiempo para comer? ¿ó mi persona
Primero ser no debe?
Nunca tan mal sirviera
Escudero á señor, cual tú me sirves.

Cuidado pues; y sígueme, que quiero
A solas departir..... El cielo os guarde.

CAMILO.

Guardeos, señor, á vos.

## ESCENA VIII.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Por fin ya libre
Puedo esperar á Petronila. ¡Cómo
Será que no la vea!
Mucho temo que todo en vano sea
Cuanto los dos tracemos. ¡Ah cuitado!
Poco en tu bien solicitar me es dado.
Petronila no asoma..... ¿qué camino,
Basilio, seguiré para librarte,
Si todo es mal cuanto de tí imagino?
Esperaré otro rato..... no, mas cierto
El buscarla ha de ser.... ¡O Petronila!

PETRONILA.

Felice yo, que en encontrarte acierte
Aqui á solas do pueda....

CAMILO.

Acaba, acaba:
¿Vienes con muerte, ó vida?

PETRONILA.

Vida traigo,
Pues ya dispuesta queda
A verse con Basilio, aunque no hallaba
Manera á ejecutarlo conveniente.
Todo era rezelar: líbreme el cielo
Tener que persuadir á una inocente
Tan simple como hermosa,
Que al punto mismo que en amor se arde,
Melindrosa y cobarde
Cien mil estorbos halla en cada cosa.
Por último quedamos
En que dentro de un hora aqui vengamos
Los cuatro, porque puedan
Ellos hablarse, y acechar nosotros.

CAMILO.

¡O dulce Petronila! ó voz süave!
¡Muy mas grata á mi oido,
Que de arroyuelo plácido el rüido!

PETRONILA.

Tú pues, Camilo, de Basilio cura,
Que Quiteria aunque tímida es segura:
Y vamos, que tal vez de nuestra falta
Habrá ya la malicia rezelado.

CAMILO.

Ve pues por ese, y yo por este lado.

## CORO II.

## DE ZAGALAS.

UNA ZAGALA.

Zagalas hermosas,
Que en dulce armonía
Tan alegre dia
Debeis celebrar:
Venid presurosas,
Venid á cantar.
Zagalas, venid;
Y á la bienhadada,
Bella desposada
El himno decid.
Zagalas, venid.

CORO I.

Los bienes, la ventura
Que á todos los pastores
Esta union asegura,
¡Quién podrá encarecer!
De guirnaldas y flores
Nuestras sienes ciñamos:
Bailemos; y aplaudamos
Tanta dicha y placer.

CORO II.

La vega de verdura
Se cubre, y los collados:
Sin guarda los ganados
Pacen en libertad.
Todo es paz, todo holgura
Por el dichoso suelo.
Baja del alto cielo,
Alma fecundidad!

UNA ZAGALA.

Zagalas, seguid:
El himno decid.

CORO I.

¡Qué vástagos frondosos,
Cual de fecunda oliva
En torno de ella hermosos
Se verán florecer!
La palma mas altiva
Humíllese á adorarlos:
Y llénese en gozarlos
El suelo de placer.

CORO II.

Colmad, piadoso cielo,
Ventura tan cumplida;
Y en sucesion florida
Sus vidas prolongad.

De angustias, de rezelo
Libradlos; y sellada
Quede la paz jurada;
Quede en la eternidad.

UNA ZAGALA.

Zagalas, seguid;
El himno decid.

CORO I.

Fecundidad dichosa,
Tú sola á los mortales
Concedes bienes tales:
Ven implorada, ven.

CORO II.

Contigo deliciosa
Baje la paz; y en una
Abundancia y fortuna
Con el amor esten.

UNA ZAGALA.

¡O dichosa vega,
Si á disfrutar llega
De tan alto bien!

CORO I.

La feliz serrana,

CORO II.

Su zagal querido,

CORO I.

En edad lozana
Viva siglos mil.

CORO II.

Con su amada unido
Viva siglos mil.

UNA ZAGALA.

Vivan siglos mil.

CORO I.

La feliz serrana
En edad lozana,

CORO II.

Su zagal querido
Con su amada unido,

UNA ZAGALA.

Vivan siglos mil.

CORO I.

Vivan los esposos.

CORO II.

Alegres, dichosos.

TODO EL CORO.

Vivan siglos mil.
Vivan siglos mil.

# ACTO TERCERO.

## ESCENA I.

BASILIO, CAMILO.

*En esta escena y las siguientes se ve á Sancho durmiendo á alguna distancia.*

CORO PRIMERO.

Ven, amor poderoso,
Y une en firme lazada
La bella desposada
Con el feliz esposo.

CORO II.

Corónalos de flores;
Y el beso delicado
Dales, en que has cifrado
Tus mas tiernos favores.

CORO I.

Ven; y dale al amante,
Dale su dulce esposa.

CORO II.

Dale á Quiteria hermosa
Su mayoral constante.

CORO I.

Dale su dulce esposa.

CORO II.

Ven; y dale al amante,

AMBOS COROS.

Dale á Quiteria hermosa.

BASILIO.

Dale á Basilio mísero la muerte
Con este triste canto,
Luto á su pecho, y á sus ojos llanto.
Camilo, yo no puedo,
No puedo sufrir mas: déjame, amigo,
El placer doloroso
De turbar su alegría
¡Ay! con la muerte mia.
Ni me envidies cruel este consuelo,
Que solo á mi dolor concede el cielo.
¡O Quiteria traidora!
¡Quiteria engañadora!
Mas venenosa que áspero torbisco
Para este desgraciado.

CAMILO.

Excesos tales
Modera, si no intentas
Tu ventura perder.

BASILIO.

¿Puede la fuente
Suspender su corriente?
¿Su lumbre el sol, su ligereza el viento?
Oh! ¡con cuánto contento
En este mismo sitio yo le hablaba
En dias mas serenos y felices!
Aqui, aqui me alentaba cariñosa:
Aqui, Camilo mio, me juraba
Su fementido amor: aqui á los cielos
En mis justos rezelos
Con promesa alevosa
Por testigos la pérfida traia:
Aqui dijo mil veces que era mia.

CAMILO.

Y lo será, si en vez de lamentarte
Procuras ayudarla,
Y de temor y esclavitud sacarla.

BASILIO.

¿Cómo? di.....

CAMILO.

Si la vieras
Entre enemigos fieros,
Que con sangrientos dardos amagasen
Su delicado pecho, di ¿temieras
Acometer por las agudas puntas

A darle libertad?

BASILIO.

¡Qué me preguntas!
Por ellas tan furioso me metiera,
Cual la tigre ligera
Lanzarse suele al cazador que osado
Sus ternezuelos hijos le ha robado.

CAMILO.

Pues Camacho y Bernardo
Los enemigos son que lidiar debes,
Si valeroso á rescatar te atreves
A Quiteria infelice
De esclavitud entre sus manos fieras.

BASILIO.

Corre, corre: ¿qué esperas,
Venturoso Basilio?....

CAMILO.

No la furia
Nos debe dar, sino la industria sola,
Zagal, el vencimiento.
Quiteria es cual rapaza y cual doncella
Tímida y vergonzosa; la porfia
De Camacho y el duro mandamiento
Del severo Bernardo al fin vencella
Importunos lograron,
Mas en su pecho el fuego no apagaron.

No, Basilio feliz, ella te quiere
Mucho mas ora que jamas te quiso,
Y por darte la mano ciega muere.

BASILIO.

Ah! ¡conozco el ardid! tú mis dolores
Intentas halagar con tan süaves
Lisonjeras palabras.

CAMILO.

¿Pues no sabes
Que la muger por condicion precisa
Ama lo que le vedan:
Sigue tenaz su antojo,
Huye del que las sigue con enojo,
Y á aquel que huyendo va, sigue importuna?

BASILIO.

Fuéme siempre contraria la fortuna.

CAMILO.

Si tan tierna y tan firme no te amase,
Solo por la porfia
De Camacho Quiteria te amaria.

BASILIO.

No, Camilo cortés, mi suerte escasa
No es digna de su fe; ni mi pobreza
Me da esperar que de su grado deje
Al felice Camacho y su riqueza
Por la llaneza mia.

Conozco bien lo duro de mis hados:
Por demas te fatigas; mis cuidados
Solo habrán fin cuando Basilio muera.
Contino suena en mi doliente oido
Una voz infelice,
Que en lúgubre gemido
Muere, muere me dice.
Sombra fue mi esperanza y mi ventura:
Pasó mi amor, pasó el Abril lozano;
Y el Diciembre inhumano
Vino de áspero hielo y de amargura.
Amar sin esperar es mi destino,
Y sellar este amor con muerte dura.

CAMILO.

¡Qué ciego desatino!
No mereces la dicha que te espera
Por ese vergonzoso abatimiento:
Que el amante cobarde jamas hubo
Ni premio ni favor. En un momento
Quiteria va á llegar; ella te quiere;
Insta, ruega, importuna,
Llora, suspira, y cuanto mas temiere,
Sé tú mas esforzado;
Tú triunfarás; y tú serás dichoso.

BASILIO.

Ah! deme Amor un corazon osado!

## ESCENA II.

BASILIO, CAMILO, PETRONILA, QUITERIA.

QUITERIA.

No, no puedo, no puedo, Petronila,
Su vista soportar: déjame, hermana,
Llorar triste y á solas mi amargura.

PETRONILA.

Ven; y nada rezeles....

QUITERIA.

Su ternura
Será mi confusion.

PETRONILA.

Será alegría
Para tí, para el triste
Que en verte solo su consuelo espera.

QUITERIA.

No puedo, no: mi pecho lo resiste.

CAMILO.

Llega, hermosa Quiteria; y no severa
Huyas de quien te adora.

BASILIO.

Ay Quiteria!....

QUITERIA.

Ay Basilio!

CAMILO.

Dejémoslos á solas, Petronila,
Quejarse en libertad; y de ese lado
Tú vela, que este queda á mi cuidado.

## ESCENA III.

BASILIO, QUITERIA.

BASILIO.

Quiteria infiel, un dia
Delicia y alegría
Del infeliz Basilio, ora tormento,
Un tiempo vida, hoy muerte.

QUITERIA.

¡O malaventurada!

BASILIO.

¿Está contento
Tu corazon cruel? ¿tienes mas penas,
Mas agudas espinas, mas rigores
Para este siervo mísero y paciente,
Que de la edad mas tierna á ti obediente
Amarte ciego es solo su pecado?

QUITERIA.

Ah zagal! cuán errado
Juzgas de tu Quiteria!

BASILIO.

¡Cabe, cuitado yo, mayor miseria!
Cabe mas amargura!
O zagala mudable,
Tanto á los ojos bella y agradable
Cuanto cruel y dura!
¿Qué te hizo tu Basilio? ¿qué en su triste
Pecho en tu ofensa ¡ay enemiga! viste?
Es este el galardon, el premio es este
Que dispuesto le habias?
Es esta, infiel, la fe que le debias?
¿Y esto pudo esperar de tu fineza?
O no vista crudeza!
Yo mismo á la serpiente ponzoñosa
Que ahora me envenena abrí mi pecho:
A una paloma mansa y simplecilla
Di nido; y se ha tornado
Aguila sanguinosa,
Que el tierno corazon me ha devorado.

QUITERIA.

No con agravios tales
Culpes á una infeliz: tú mismo, aleve,
Tú eres la causa de tan crudos males:
Tú de las penas, si, del pecho mio,
Tú de este ciego dolorido llanto,
Que en vano, en vano detener porfio.

Cuitada! quién creyera
Que Basilio ultrajarme asi pudiera!

BASILIO.

¡Y quién imaginára
Que Quiteria á Basilio abandonára!

QUITERIA.

Yo no te abandoné: tú ciego y loco,
Ciego de furia y loco de rezelos,
Cobarde huiste, ó despechado, cuando
Menos huir debieras,
A mí triste dejando
Sola y desamparada en ansias fieras.
¿Yo mísera qué haria?
¿A quién me volveria?
¿Con quién pude llorar ó aconsejarme?
¿Con quién huir los ruegos y amenazas
Que contino sufria?
¿Con qué ejemplo alentarme?
Gemir fue mi destino cual viüda
Tortola solitaria á quien el hado
Robó su dueño amado;
Pero gemir sin fruto. ¡Aleve! aleve!
¡Qué poco á tu fineza mi amor debe!.....
¡Tú me dejaste, y mi constancia acusas!...
¡O Basilio! Basilio! tu partida
A tí eternos dolores,

Y á esta infelice costará la vida.

BASILIO.

¡Ay me! de tí por pobre desdeñado,
Trocados en olvido los favores,
El dichoso Camacho preferido,
Yo de zelos y angustias consumido;
En tan acerba, ignominiosa suerte
Otro medio no hallé sino la muerte.

QUITERIA.

Debieras esperar, y dar ayuda
A esta triste, que nada
A tu lado feliz jamas temiera,
Ni en tamañas desdichas hoy se viera.

BASILIO.

No, ingrata, yo partia
Despechado á morir; mas no queria
Darte el bárbaro triunfo
De acabar en mis ansias á tus ojos.
Un lazo, el hierro, un precipicio horrendo,
Las bocas sanguinosas
De los lobos voraces
Eran fácil camino
Para mi dulce fin; y ya en mi furia
Intentado le hubiera.....

QUITERIA.

¡Ay infeliz!

BASILIO.

Si con mejor destino
No me inspirara el cielo que ahora torne
A turbar la alegría
De este horroroso, desastrado dia,
Con mi mísera muerte: ante tus ojos
Me verás acabar en el momento
De tus infieles, execrables bodas.
Mi sombra pavorosa y lamentable
Turbará tu contento:
Te inquietará; traeráte al pensamiento
Tu dura ingratitud. Jamas esperes
Gozar de los placeres
Sin este amargo, que de noche y dia
Te ha de aquejar, ¡ay enemiga mia!

QUITERIA.

Ah! qué dices, cuitado!
Tú, mi dulce Basilio!
Tú acabar despechado!
Tú perder esa vida mas preciosa
A la infeliz Quiteria
Que su inocente hijuelo
A cordera amorosa!
En aquel punto el cielo
Cerrará para siempre estos mis ojos.
Yo, yo soy la culpada;

Muera yo triste, y cesen tus enojos.

BASILIO.

No, mi bien, no: Basilio morir debe,
Pues te pierde; y perdida,
Pesada le es y por demas la vida.

QUITERIA.

Tú morir!.... vive, vive,
Vive, Basilio idolatrado; y sea
Tuya esta sin ventura, pues lo quieres.

BASILIO.

¿Qué dices? ¿qué palabra
Pronunciaste? ¿es posible
Que de mí te apiades?...

QUITERIA.

O terrible
Extremidad! ó amor! amor! no puedo,
No puedo mas. Basilio, alienta, alienta:
Ay! duélete de mí; y alienta, amado.
Mi libertad, mi corazon es tuyo:
Dispon, ordena de ellos á tu grado.
Tu voluntad, tu corazon es mio:
De su verdad y su fineza fio.
Tuya soy, toda tuya; me sujeto
Como tu fiel esposa
Por siempre á tu albedrío: busca el modo
Como esto pueda ser sin que yo falte,

Basilio mio, al paternal respeto,
Ni á la ley del recato.
¡Bárbara ley!

BASILIO.

¡Oh! pueda,
Pueda el feliz Basilio
Gozar sin fallecer tanta ventura,
Mostrarte su ternura,
Adorarte, servirte! ¿sueño? sueño?
¿O es verdad, mi esperanza, vida mia,
Tal bien, tanta alegría?

SANCHO.

Qué es esto! requebrándose Quiteria
Con un zagal á solas!.....
¿Cuánto va que es Basilio?
Bueno, bueno: no asamos,
Quiteria, y ya empringamos......
Mas callar, que á hablar tornan.

QUITERIA.

Ay amado! imagina
Algun término honesto
Con que pueda alentarse mi esperanza.
¡En qué extremo tan triste se halla puesto
Nuestro amor sin ventura!
Mi padre es inflexible:
El tiempo va á acabar; Camacho apura,

Ay de mí! no es posible,
No, que medio haber pueda.....
¿Pues dividirnos?...... en pensarlo muero.

BASILIO.

No, dulce esposa, no, mi bien: primero
Basilio triste perderá la vida
Que de tí los aleves le separen.
Camacho no me asombra; amigos finos
Tengo y determinados.

QUITERIA.

Ay! no; fuerzas no quiero.

BASILIO.

Amor tiene, zagala, otros caminos.

QUITERIA.

¡O como él nos engaña lisonjero!

## ESCENA IV.

BASILIO, QUITERIA, CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Basilio.....

PETRONILA.

Hermana mia.....

CAMILO.

Si mas os deteneis es arriesgado

Que alguno os pueda ver.

PETRONILA.

Por tí venia

No sin algun cuidado
Preguntando Isabela, y aun me dijo
Que padre te buscaba; yo á la fuente
La encaminé sagaz. Vamos, Quiteria,
Que por esta vereda facilmente
Llegar podremos antes.

QUITERIA.

¡Ay Basilio!....

BASILIO.

¡Ay Quiteria!.... yo temo.....

PETRONILA.

Vamos, vamos

Por aqui.....

QUITERIA.

¡O desgraciada!

BASILIO.

¡O Basilio infeliz! Quiteria amada,
Ten lástima de mí....

QUITERIA.

Téngala el cielo

De esta triste, pues ve mi desconsuelo.

## ESCENA V.

BASILIO, CAMILO.

BASILIO.

¡Qué amarga division! Camilo amado,
Mi suerte se ha trocado.
Envidia, envidia, amigo, mi alegría,
Mi gloria, mi esperanza, mi contento.
Quiteria me ama fiel: Quiteria es mia.
Dióme victoria amor: ¡feliz tormento!

CAMILO.

¿Qué me dices? ¿ser puede?....

BASILIO.

Sí, Camilo.
Quiteria era inocente, me adoraba,
Y en mi ausencia lloraba;
Y á la dura violencia no pudiendo
Oponerse, á Camacho..... de mi labio
Huya este nombre aleve.
Al fin resuelta á resistir se atreve,
Y á premiar con su mano mi firmeza.
Yo vi cual mustia rosa su belleza
De padecer marchita; y vi sus ojos
Arder de amor, en lágrimas bañarse,

Y en mis felices brazos desmayarse;
Y luego rebosar en alegria
Al pronunciar mi nombre, y que era mia.

CAMILO.

¡O dichoso Basilio!

BASILIO.

Pero ¡triste!
¡Triste! cómo á lograrla llegar puedo!
Ah' mi ventura es poca! Ya la mano
Irá á dar á Camacho..... su riqueza,
Sus amigos, Bernardo.... ¡cuán tirano
El hado me fue siempre! cede, cede,
Basilio miserable, á tu destino,
Y olvida con morir tal desatino.

CAMILO.

¿Cuál es el que te arrastra?
¿Zagal, estás en tí? ¿de tu ventura
Tan seguro, tan cerca, y tan cobarde?
¿Asi de tu Quiteria la ternura
Quieres pagar? ¡ó ciego!.....

BASILIO.

Camilo, yo lo estoy, no te lo niego;
Pero veo imposible
Que en tal apuro, en punto tan terrible
Término pueda haber para mi dicha.
Á hacerse van las infelices bodas:

Si Quiteria resiste, ¿cómo puedo
Ayudarla? si cede á su desdicha,
Ah! mi muerte.....

CAMILO.

A tu lado
Para todo estaré determinado.
Mas alienta, que aun hallo de remedio
Alguna breve luz.

BASILIO.

¿Qué feliz medio
Puedes hallar, Camilo? dilo, acaba:
De tu agudeza mis venturas fio:
Piensa sagaz, discurre..... Qué ¿te ries?
¿Tan corto te parece el dolor mio?

CAMILO.

El medio es tal que á risa me provoca.

BASILIO.

Dilo; y aquieta mi esperanza loca.

CAMILO.

Una vez, si te acuerdas,
A ver las grandes fiestas que se hacian
En la corte, Basilio, fui curioso,
Y entre mil invenciones los astutos
Ciudadanos fingieron un encanto
Que dejara dudoso
De ser cierto á cualquiera, y temeroso

Por sus invocaciones y conjuros:
Tan bien lo remedaban.
Un mágico..... mas gente.... aqui seguros
No podremos hablar; ven al vecino
Bosque, y oirás el caso peregrino,
Que nos puede valer.

BASILIO.

Pues vamos, vamos;
Y amor nos dé la dicha que buscamos.

## ESCENA VI.

SANCHO.

¡Qué bien se lo han charlado!
¡Qué engaños! qué marañas! sí, bien dicen,
Que debajo los pies le sale al hombre
Cosa donde tropiece. ¡La taimada!
¡Qué pucheros! ¡y qué melificada!
Cierto, muger hermosa
Loca ó presuntuosa.
¡Ah Camacho, Camacho! ¡mucho temo
Que la boda en bien pare!
Que amor todo lo vence:
Y diz que es un rapaz ese Cupido
Artero y atrevido,
Que en nada se repara; y el deseo

Hace hermoso lo feo.
Mas, Sancho, en todo caso
A Camacho con ello: ¿soy yo acaso
Algun escuderillo como quiera?
¡Y montas, que cantárselo de coro
No sabré bien! Dormíos,
Y ingenio no tengais: reparos fuera,
Que ese te quiere bien que llorar te hace.
A Camacho al instante.....

## ESCENA VII.

DON QUIJOTE, SANCHO.

DON QUIJOTE.

Sancho, Sancho,
Ven acá, ¿cuándo, dime,
Aquel dia será que á saber llegues
Cómo debe servir un escudero?
¿Quién solo dejará su caballero,
Como tú en la floresta me has dejado?
¿No hay mas, Don descuidado,
Que olvidarse de mí, comer y holgarse?
¿Cuándo al fiel Gandalin se vió apartarse
De su señor? Tú estás á mis mercedes,
Y el trabajo non curas.

SANCHO.

¿Soy de bronce?
¿Entre tantos afanes quién hubiera
Que la laceria escuderil sufriera,
Sin reposar en estos entrevalos?

DON QUIJOTE.

Intervalos dirás.

SANCHO.

No acabaremos.
Digo que su nobleza y su señora,
Su encantador y profesion andante
Hacen llevar tamañas desventuras
Contento y de su grado al caballero.
¿Pero el pobre escudero
Tiene mas que estrecheces y amargura?
¿Puede no ser ferido? ¿ó melecinas
Tiene para curarse por ensalmo?
¿Sin comer ni dormir pasarse puede?
¿Vence lides, gigantes y vestiglos
De solo á solo? ¿Reinos ó provincias
De acá para allá gana? ¿Las Infantas
Se le rinden? ¿Le cuidan las doncellas?
En los altos palacios, ya folgando,
Ya sus fechos contando,
Su señor con los Reyes se entretiene;
Y él solícito y fiel entre desdichas

De la esperanza sola se mantiene.
Señor, señor, diz al doliente el sano,
Habed salud, hermano.

DON QUIJOTE.

Bien, Sancho el bueno, ponderallo sabes;
Y á fe de Don Quijote, que de oirte
He gran placer. Mas ven acá: ¿las penas
Y menguas en que vive el caballero,
Halas, Sancho, por dicha un escudero?
Lidia, acomete empresas desiguales?
Suda, se acuita, ó vese perseguido
De malos hechiceros, sin dar vado
A sus imaginados pensamientos?
¿Encantado se ve? ¿se ve ferido
Cual él, ó en cosas tales
Que al andante ejercicio van anejas?
Sancho, mírame á mí, y á tí te mira,
Si es que tal vez te quejas.
Yo sudo, y tú reposas:
Tú duermes, y yo velo:
Mi espada vence, y los despojos ganas.
¿De qué encuentro ó peligro me rezelo,
Por espantable ó desigual que sea?
El escudero sirva y acompañe
Fiel, callado, solícito y paciente,
Mientra que su señor lidia y guerrea;

Y del descanso y bienandanza goce
Que en su casa sin él jamas habria.
Bien como tú, pues mientras yo non curo,
Sin atender la pública alegria,
En al que en acorrer menoscabados,
Regocijado, suelto y bien seguro
Comes, bebes y ries
Sin otros pensamientos ni cuidados.

SANCHO.

No hay camino tan llano que no tenga
Su barranco y afan: y á veces caza
Quien menos amenaza:
Y en los nidos de antaño
No hay pájaros ogaño:
Ni hay en nadie fiar: caza y amores
Un gusto y mil dolores....

DON QUIJOTE.

¿Podrás, Sancho, acabar? Hay aventura?

SANCHO.

Mala ventura sí.

DON QUIJOTE.

¿Pues qué tenemos?

SANCHO.

Yo lo diré; que no le duelen prendas
Al que es buen pagador, y en esta vida
No hay bien seguro, y mucho tiempo pide

El calar las personas: y á las veces
Uno se busca, y otro se tropieza;
Y do menos se piensa.....

DON QUIJOTE.

Acaba, acaba;
En dos palabras, Sancho.

SANCHO.

Pues, señor, á Quiteria
Ahora Basilio requebrando estaba.
Yo los vi de mis ojos, que al rüido,
Aunque estaba dormido,
Despabilé, y quedaron
En casarse los dos. Punto por punto
Voy con todo á Camacho, que cabeza
Mayor quita menor.....

DON QUIJOTE.

¡O Sancho! Sancho!
Eso no puede ser: yo no lo creo.
Tú eres un vil, un sandio, malicioso,
Descompuesto, ignorante,
Mal mirado, infacundo y atrevido.
¡Asi de las doncellas hablar osas
Y su recato en la presencia mia!
Esto quédese aqui.....

SANCHO.

Si los he oido.

DON QUIJOTE.

Sueño tuyo seria,
Y sueño como tuyo, y de tu genio
Embustero y villano. En todo caso
Yo te vedo que pienses ó imagines
En tamaña sandez contra el decoro
De la honesta Quiteria, ó que te atrevas
Á revelalla. Sancho
Llaman al buen callar; sélo tú ahora,
Que el caso es árduo entre personas tales.
Y pues yo estoy aqui, no, no rezeles
Ningun desaguisado.

SANCHO.

Hágalo Dios; y vamos, que ya empiezan
Las carreras.

DON QUIJOTE.

Cuidado.

## CORO III.

## DE ZAGALES.

UN ZAGAL.

Celebremos la ventura,
Cantemos el fausto dia,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

TODO EL CORO.

Amor, Amor nos le envia:
Gocemos de sus favores;
Y entre todos los pastores
Su memoria sea inmortal.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

CORO I.

¡O qué de bienes
Contigo tienes,
Amable paz!
Baja del cielo,
Gócete el suelo,
Amable paz.

CORO II.

¡O qué de males
Ven los mortales,
Si huye la paz!
Todo es temores,
Iras, rencores,
Si huye la paz.

CORO I.

Por tí en el prado
Vaga el ganado,

Amable paz:
Y los pastóres
Cantan de amores,
Amable paz.

CORO II.

Mísero el seno,
Que de ansias lleno
Deja la paz,
Porque lloroso
Huye el reposo,
De do la paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

CORO I.

¡Feliz lazada!
¡Afortunada,
Gloriosa paz!

CORO II.

Ven, que la vega
Te implora y ruega,
Gloriosa paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,
Que á todo el valle asegura

Su mas rico mayoral.

TODO EL CORO.

¡Feliz lazada!
¡Afortunada,
Gloriosa paz!
Ven, que la vega
Te implora y ruega,
Gloriosa paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

¡Afortunada,
Gloriosa paz!

TODO EL CORO.

Ven, que la vega
Te implora y ruega,
Gloriosa paz.

## ACTO CUARTO.

### ESCENA I.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

No, cara Petronila, no desmayes,
Que yo esperanza tengo

De que logren un término dichoso
Los dos en sus amores.

PETRONILA.

En vano deshacerme estos temores,
Zagal, en vano intentas.

CAMILO.

¿Tan dudoso
Su estado te parece?

PETRONILA.

Dudoso no, mas sí desesperado.

CAMILO.

No, amada, no; que el medio
Que te dije.....

PETRONILA.

Excusado
Será cualquiera; y por demas discurres
En atajar un mal do no hay remedio.
El mísero Basilio de Quiteria
La mano perderá.

CAMILO.

Pues si la pierde,
Dale por acabado en su miseria.
Tú sabes cual la adora;
Mas despues que se vieron tal se aflige,
Tal desvaria, se lastima y llora,
Tenaz en su furor, que en vano, en vano

Ha de ser persuadirle sin la mano
De su amada Quiteria, ya del ruego,
Ya del rigor te valgas.

PETRONILA.

Pero dime:
¿Al instante no van á ser las bodas?
¿No estan ya juntas las personas todas
Para la grân comida
Que celebrarlas debe?
¿Muchos no son, dispuestos y animosos,
Los parientes y amigos de Camacho?
¿Y él mismo por unirse á su querida
No pugna de amor ciego?
Petronila infeliz! qué en vano alientas!
¡Y en tantas ansias engañarte intentas!

CAMILO.

Todo, amada, es verdad; no te lo niego.

PETRONILA.

Quiteria es recatada y temerosa:
Basilio desdichado cuanto pobre:
Imposible el empeño, y poderosa
La parte que lidiamos.
O Camilo! qué en vano nos cansamos!

CAMILO.

No; no ha de ser en vano, que este medio
Llevarnos puede á un término felice.

Él es ocasionado, mas la empresa
No lo es menos; y siempre
Son en los graves daños
Los remedios difíciles y extraños.
Alienta, Petronila, alienta, amada,
Que tú feliz, Quiteria afortunada,
Sereis á un tiempo mismo.

PETRONILA.

Ay! ¿yo, Camilo?....

CAMILO.

Tú, Petronila: mas el tiempo vuela.
Ve, ve, y de nuevo cuidadosa ensaya
Tu tímida Quiteria; y con un velo
Tráela cubierta aqui dentro de un rato:
Que esto es preciso hacer, cual ya te dije,
Para el ardid que desvelado trato.

PETRONILA.

O cómo temo!.....

CAMILO.

Por demas se aflige
Ciego en su amor tu corazon cobarde.
Mas Basilio..... ve pues, que se hace tarde.

## ESCENA II.

BASILIO, CAMILO.

BASILIO.

Aqui manda Camilo que lo espere:
Yo le obedezco fiel.... mas él es ido.
Tarde, tarde he venido.
La ocasion se perdió... yo no le veo. .
¡O cuán en balde anhela mi deseo,
Cuando contino el crudo amor me clama,
Que mi solo remedio es ya la muerte!
Yo moriré: mi lamentable suerte
Será ejemplo y memoria á los pastores...
Ay Camilo! qué nuevas?

CAMILO.

Avisado
Está ya Don Quijote, cual te dije;
Y su auxilio en tu nombre demandado
Con lastimera voz: él aqui debe
Llegar en un momento.
Esfuérzate, Basilio, y á sus plantas
Rendido, con humilde sentimiento,
Con tono triste y ademan quejoso
Llora, suspira, gime, y ansias tantas
Dile que le enternezcas.

BASILIO.

¡Qué dudoso,
Dulce Camilo, tu precepto sigo!
Yo no quiero, no quiero de estas artes,
Ni de enganos valerme....

CAMILO.

Pues Quiteria
De Camacho será.

BASILIO.

Ay sin ventura!
¡Cruel extremidad!

CAMILO.

El tiempo apura;
En nada, en nada dudes, ni te apartes
De mis avisos, si en mi ingenio fias,
Y el dulce premio anhelas.

BASILIO.

¡Qué aun porfias,
Zagal, en tan extraño desvario!
Ah! deja al dolor mio
De una vez acabar: todo remedio
Inútil ha de ser..... ¡Que con un loco
Quieras darme salud, Camilo amado!
¡Te lo parezco en mis desdichas poco!

CAMILO.

¿Pues qué? ¿Si asi no fuera,

Ayudarnos pudiera?
Él es determinado, y con respeto
Todos aqui le miran:
Ninguno su flaqueza ha conocido:
Es cortés, es discreto y comedido;
Y ó mi ingenio me engaña,
O tú has de haber por su locura extraña
Remedio en tu locura.

BASILIO.

¿Tu amistad, fiel Camilo, lo asegura?
Yo te obedeceré: ni un solo punto
Saldré de tu querer. ¡O malhadado!
¡Que estoy viendo la muerte,
Y aun la esperanza por salud anhela,
Y en desvaríos tales se consuela!

CAMILO.

Vele allí venir ya: tu desventura,
Si encarecerse puede,
Encarécela, y llega con respeto.

BASILIO.

Yo llegaré; mas tiene tan sujeto
Mi labio amor, que apenas me concede,
¡O triste! suspirar en mi miseria.
¡Ah, si á perderte llego, el hierro agudo
Solo, bella Quiteria,
Podrá aliviarme en un dolor tan crudo!

## ESCENA III.

BASILIO, CAMILO, DON QUIJOTE, SANCHO.

CAMILO.

Llegad, llegad, ilustre Don Quijote,
Luz del valor y la virtud, sustento
De los tristes y míseros, amparo
De los que poco pueden:
Vos sois aquel á cuyo esfuerzo raro
La palma de valiente todos ceden:
Aquel á quien los cielos
Padre de desvalidos constituyen,
Para acallar sus lastimados duelos:
Flor de los caballeros olorosa,
Del pundonor en el verjel cogida,
Llegad, y con piadosa
Blanda mano acorred este cuitado,
Cuya infelice y amorosa vida
Sin vos acabará.

DON QUIJOTE.

Cortés Camilo,
Los loores que has dado
A mi persona, propios
Solo á mi profesion, yo te agradezco;

Y con firme propósito me ofrezco
De todo mi talante á remedialle.

CAMILO.

Asi él lo espera, y su socorro libra
En vuestra gran bondad y brazo fuerte.

DON QUIJOTE.

Yo le haré salvo de la misma muerte.
Cuéntenos su dolor, y á cargo mio
Déjese lo demas.

BASILIO.

Es tan aguda,
Tan terrible mi pena,
Que de todo remedio el alma duda.
Señor, un infeliz á vuestras plantas
Os demanda besándolas rendido,
Lo que á tantos habedes concedido.
Amparadme, amparadme.....

DON QUIJOTE.

Alzad del suelo,
Y decid reposado vuestro duelo,
Acuitado zagal.

SANCHO.

¡Por vida mia,
Que es como un brinco de oro; y qué impaciente
Estoy ya de escuchalle!

DON QUIJOTE.

Sancho, calla.

BASILIO.

Manera el labio de empezar no halla
En tanta desventura.
Amor, ingratitud, pobreza dura
Mis enemigos son; y ya rendido
Fallece el corazon sin esperanza.
De mi dulce Quiteria la mudanza
Causa tan grave mal: yo la servia
Desde que vió la luz el primer dia
De su vida dichosa.
¡O nunca fuera, nunca tan hermosa!
Yo soy Basilio el pobre, ¿y á su lado
Desde niño criado,
Mirándola pudiera no querella?
Ay! no, yo la adoré, y ella á mi ruego
Correspondió cortés; y el Amor luego
Nos echó cariñoso su lazada,
La fe sellando por los dos jurada.
Siete Abriles asi firmes vivimos,
Gozando embebecidos mil ternuras:
Mas Camacho por rico ya me quita
Mi amada palomita.
Ay infeliz Basilio! Yo zeloso,
Y en mi dolor atónito y furioso,

Corrí á los montes; y en la cruda muerte
Remedio buscar quise
A mi deshecha deplorable suerte.
De un alto precipicio iba á lanzarme:
Y una voz imperiosa de repente
Me dice: tente, tente.
Torno la vista; y á mi lado veo
Un venerable y reposado anciano,
Luengo el cabello y cano,
La barba prolongada á la cintura,
Y de una negra túnica vestido.
Con un baston nudoso
Que en la diestra traia,
El suelo hirió, y estremecióse el suelo.
Yo lleno de pavor y de rezelo,
Ni á mirarle asombrado me atrevia;
Mas él con blanda voz y faz serena
Vuelve, dijo, Basilio, á la alquería,
Que yo vengo á librarte de la muerte.
Allí hallarás para acorrerte á un fiero,
A un soberbio leon, con cuyo amparo
Quiteria será tuya; mas la suerte
Luego declinará; y ademas caro
El bien te costará, si no repara
Algun sabio tu amarga desventura,
Que al punto morirás: asi los cielos

Premiando con su mano tu ternura,
Castigarán con muerte tus rezelos.

DON QUIJOTE.

¡Extraño caso!

SANCHO.

En escuchallo solo
Temblando estoy: ¡ó qué vision tan fea
Para mirada á solas!....

BASILIO.

Yo obediente me vuelvo á la alquería,
Y hállola envuelta toda en alegría
Por esta boda infausta. ¡Ay infelice!
Yo moriré, yo moriré: no huyo
La muerte, no: mis lastimeros hados
Con esto cesarán; mas antes quiero,
Que pues por ella y de adorarla muero,
Me dé su mano mi Quiteria amada.
Con este leve bien no ya angustiada
El alma partirá, ni congojoso
El último suspiro podrá serme.
Acabe, acabe de Quiteria esposo,
Pues que debe acabar este cuitado.
Yo á Camacho no estorbo la ventura:
Goce en buena hora, goce su hermosura,
Pues asi plugo riguroso al cielo;
Y lleve yo en mi fin este consuelo.

Camilo y mis amigos
Su voluntad solícitos ganaron;
Y ella compadecida á tal fineza
Sufre por ùn instante de ser mia.
Mas yo rezelo, que en mi suerte impía,
Camacho me lo estorbe: su riqueza,
Sus amigos, sus deudos
Contra mí se armarán: á vos os toca
Ampararme, señor: vos sois el fuerte,
Bravo leon que el adivino dijo:
Vos sois mi apoyo y mi sustento; humilde
A vos me acojo, no dejeis que gima
Un triste á vuestras plantas sin consuelo;
Ni que el poder á la humildad oprima.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad del suelo,
Desdeñado zagal; y en mi animoso
Espíritu librad vuestra justicia.

BASILIO.

Hágaos por siempre el cielo venturoso.

DON QUIJOTE.

Yo soy mucho á Camacho agradescido
Por el buen hospedage y agasajo;
Aunque esto al caballero hacerse deba,
Que en pro comun al áspero trabajo
De las armas se ofrece; empero nunca,

Nunca consentiré que la malicia
A la inocencia denostar se atreva,
Ni al puro amor. ¿Qué va á perder Camacho
En haceros feliz un solo instante?
Presupuesto que debe todo andante
A los menoscabados dar ayuda;
Y ahuyentar de do asista
La violenta opresion. Ya con la mano
Contad, Basilio el pobre, de Quiteria;
¡Y ojalá el adivino
En la vuestra miseria
A acorreros viniese! Pero nada
Faré por vos á ley de caballero,
Si Quiteria primero
Con libre voluntad á ello no asiente
En la presencia mia.

CAMILO.

Mi verdad os la fia.

DON QUIJOTE.

Esto non basta, non.

CAMILO.

Pues á traerla
Yo me ofrezco ante vos.

DON QUIJOTE.

Id al instante,
Y non cureis en al.

## ESCENA IV.

SANCHO.

Señor, dejallos
Ha de ser lo mejor: ¿y quién nos mete
En unir voluntades, ni á Basilio
En quererse tan mal? Allá las haya
Con su gusto en buen hora;
Y case ó no con esa su pastora.

DON QUIJOTE.

¿Qué entiendes, Sancho el necio, de aventuras?

SANCHO.

Temo no por nosotros hoy se cuente
Que do cazar pensamos,
Cazados nos quedamos.

## ESCENA V.

DON QUIJOTE, SANCHO, BASILIO, CAMILO, PETRONILA, QUITERIA.

CAMILO.

Angustiada Quiteria, aliente, aliente
Tu lastimado corazon: y llega
Ante el gran Don Quijote

Que vado sabrá hallar á tu cuita.
Aqui le tienes, su piedad implora,
Gime, suspira, llora
Compasiva á sus pies. Y vos, famoso
Ilustre caballero, en valentía
Sin par y en generosa bizarría,
No negueis el valor de vuestro brazo
A dos tiernos y míseros amantes,
Que se adoran constantes.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad del suelo,
Fermosa lastimada, y non hayades
Empacho en mi presencia,
Que yo sé bien de amor por experiencia.
Mas decidme: ¿queredes vos, pastora,
La vuestra mano dar en esta hora
Al infeliz Basilio? ¿él es violenta?
¿Convenis de buen grado
En el don demandado?
¿O solo por ceder á su porfia?

PETRONILA.

Su extremada vergüenza y cortesía
La lengua le embarazan;
Mas yo por ella humildemente os ruego,
Que la ampareis, senor: ella se aviene
En dar esta postrera

Prueba de su cariño al sin ventura.
Por Quiteria su hermana lo asegura.
No hagais, no, que el poder se lo embarace;
Y el mezquino Basilio muera al menos
Con este bien, pues este bien le place.

CAMILO.

Ay infeliz zagal!

BASILIO.

Si dicha tanta
Logro, no lo seré.....

DON QUIJOTE.

Muy bien parece
La honestidad, zagala, en las fermosas,
Cual joya inestimable que ennoblece
Su nativo valor; empero nunca
Ser debe en demasía,
Menguando la discreta cortesía.
Ni es usanza ademas que una doncella
Por muy gentil, apuesta y recatada,
Haya de estar cual vos lo estais velada
Ante el su caballero, al tiempo mismo
Que trata en su cüita defendella.
Alce pues, alce el velo
La angustiada Quiteria, y de su hermosa
Vista no nos defraude vergonzosa;
Que por mi queda el acallar su duelo.

¿Y diga si consiente en que yo tome
Sobre mí su defensa? ¿Y si á Basilio
Se entrega de su grado?

QUITERIA.

¡Ay señor! excusado
El decíroslo es; el dolor mio,
Mi confusion, mis lágrimas, mis ansias
Lo publican bastante.

SANCHO.

¡Santo Dios! ¡qué semblante!
¡Qué belleza! ¡qué brio!
Pardiez que en solo vella no soy mio.
Un reino vale lo que encima lleva.
¡Qué arracadas! ¡qué sartas! ¡qué corales!
Pues tomadme las manos, adornadas
De anillos de oro y perlas orientales:
O los luengos cabellos,
Que á mi fe tiene el sol envidia de ellos.
No sino ved su talle y gentileza,
Y no la compareis con una palma
Que cargada de dátiles se mece;
Que á mí tal con los dijes me parece.
Juro, juro en mi alma....

DON QUIJOTE.

¿Sancho, habrás de callar?

QUITERIA.

Señor, doleos
Del infeliz Basilio, de esta triste
Que está llorando á vuestros pies rendida.
Mi desdicha mirad, mi edad florida,
Mi inocencia, mi amor, el don tan leve
Que oprimidos y humildes os pedimos.
Él por mí morir debe,
¿Y yo mi mano le negara dura,
Muy mas que dura roca?
¡Ay de mí!.... no; yo quiero
Cuanto el puede querer, de su albedrío
Un leve punto no se aparta el mio.
¡Ay Básilio infeliz!.... ¡ay desdichada!

BASILIO.

¡Ay Quiteria adorada!

DON QUIJOTE.

Llevadlos, buen Camilo, que me acuitan
El corazon sus lastimadas penas;
Y dejad lo demas á cuenta mia.

BASILIO.

Viva tanto valor y cortesía.

CAMILO.

El cielo, caballero generoso,
Te haga en tus lides siempre venturoso.

PETRONILA.

Dete el amor cuanto tu fe desea.
Vamos, hermana, vamos....

DON QUIJOTE.

¡O ingrata, incomparable Dulcinea,
Si asi en los pechos rústicos él hiere,
Qué el sandio sentirá que por vos muere!

## ESCENA VI.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¿Podrá ya Sancho hablar?

DON QUIJOTE.

Di lo que quieras,
Pero breve y al caso.

SANCHO.

¿Pues, señor, quién nos mete en sus amores?
¿O en hacer usos nuevos?
¿Ni por qué la zagala asi se aflige?
Quien bien ha y mal escoge,
Por muy mal que le venga no se enoje.
Ella tiene á Camacho;
Déjese de Basilio. Habilidades
Que vendibles no son no valen nada:
Y el bien no es conocido

Hasta que es ya perdido:
Dios bendijo la paz: coja en buena hora
Basilio otra pastora,
Que mil encontrará que bien le quieran.

DON QUIJOTE.

¿Y sufriré, si en mi valor esperan,
Que el poder los oprima,
Y acüitada á mis pies Quiteria gima?
¡Oh! tú de amor non sabes: yo ferido
De sus flechas estoy; y ayudar debo
Á los amantes fieles. ¡Ay señora!
¡Ay alta y encantada fermosura!....

SANCHO.

Mire, señor, no cara la aventura
Nos cueste, que Camacho es poderoso:
De juro han sus parciales de ayudalle:
Nosotros somos solos: nadie puede
Saber lo por venir....

DON QUIJOTE.

¿Y qué? ¿no basta
Para todos mi aliento?

SANCHO.

¿Y asi quereis pagalle
El buen acogimiento?

DON QUIJOTE.

Yo ingrato no le soy porque le prive

Por un mínimo instante de Quiteria,
Mientras muere Basilio mal ferido.

SANCHO.

¿Pues los habeis creido?
Para mí no: que la mitad del año
Con arte y con engaño;
Y luego la otra parte
Con engaño y con arte....

DON QUIJOTE.

¡Que imagines tamaño desvarío!
¿Asi ante mí denuestas,
Traidor, á una doncella? ¿puede darse
Mas sencilla intencion en los cuitados?
Miren lo que demandan....

## ESCENA VII.

DON QUIJOTE, SANCHO, UN PASTOR.

PASTOR.

A brindarse
Va, señor, por los novios: y allegados
Todos los convidados
Solo á vos os aguardan....

DON QUIJOTE.

Al momento

Zagal, te sigo. Sancho, á Rocinante
No me le olvides.

SANCHO.

Le veré al instante.

## ESCENA VIII.

DON QUIJOTE.

Gracias vos rindo, soberanos cielos,
Que de mis claros fechos la noticia
Habedes por el mundo asi extendido,
Haciendo mi valor aun conoscido
De los rudos selváticos pastores.
Gracias os rindo cada vez mayores.
Y en tamaña merced de nuevo juro
Ser como bueno valedor y amparo
De míseros opresos. Y vos, alta
Emperatriz, dechado de hermosura,
Acorred ¡ó señora! en la aventura
Que acomete por vos á este cautivo,
Pues mi pecho alentais, y por vos vivo:
No afinqueis mi esperar con crudo fecho:
Que si vos me acorreis, mi brazo fuerte
Sabrá extender vuestra sin par belleza
A pesar del olvido y de la muerte,
De do el sol muere á do nacer empieza.

## CORO IV.

### DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Amor poderoso,
Los votos recibe
De un pueblo gozoso
Que solo en tí vive.
Pueblo afortunado,
Pues de tí le viene
Su feliz estado,
Todo el bien que tiene.
En tan fausto dia
Recibe los votos
Que alegre te envia
Entre himnos devotos.

UNA ZAGALA.

Ay! sus favores
Temed, pastores;
Porque el amor
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

No, amor, tú no eres
Traidor, ni engañoso,

Sino el delicioso
Dios de los placeres;
Ni crian dolores
Las süaves llamas
Con que el pecho inflamas
De tus servidores.
Ni cuando los prendes
En tus redes de oro,
Con amargo lloro
Sus ojos ofendes.

UNA ZAGALA.

Ay! sus favores
Temed, pastores:
Porque el amor
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

No es traidor, es blando,
Fácil, compasivo,
Contino burlando,
Travieso y festivo.
Él da al valle flores:
Las selvas enrama,
Y en dulces ardores
Las aves inflama.
No hay dicha en el suelo
Si en ella no entiende.

Hasta el alto cielo
Su imperio se extiende.

UNA ZAGALA.

Ay! sus favores
Temed, pastores;
Porque el amor
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

¿Quién dirá los bienes
Y alegres cuidados,
¡O amor! que guardados
A tus siervos tienes?
¿Quién del fino esposo
Dirá la ventura?
¿La amable ternura
De su dueño hermoso?
Quien traidor te llama,
Tus dichas no sabe;
Solo aquel te alabe
Que goza tu llama.

UNA ZAGALA.

Ay! sus favores
Temed, pastores;
Porque el amor
Es un traidor, es un traidor.

# ACTO QUINTO.

## ESCENA I.

CAMACHO, QUITERIA, BERNARDO, PETRONILA, DON QUIJOTE, SANCHO, Y NUMERO DE CONVIDADOS.

*Todos en un teatro enramado para ver las danzas.*

*Danza primera de zagales, cantando el coro en los intermedios.*

CORO I.

Llega, goza del premio
De tu llama amorosa,
Tierno esposo, en el gremio
De tu Quiteria hermosa.

CORO II.

Y tú, zagala, el fruto
Coge de tu belleza,
Acetando el tributo
De su amor y riqueza.

ZAGALES VITOREANDO.

Viva el feliz esposo
Con Quiteria la bella.

OTROS.

Él á la par de rico, venturoso,
Y cuanto hermosa, afortunada ella.

## ESCENA II.

*Danza segunda de doncellas, guiadas por un anciano y una matrona; y trayendo una guirnalda en un canastillo de flores.*

CORO I.

Zagalas y pastores,
Venid, venid á vellos.

CORO II.

Pues cantais sus amores,
Tomad licion en ellos.

LOS DOS COROS.

Venid, venid á vellos:
Tomad licion en ellos.

*Los zagales de la primera danza bailan mezclados con las doncellas.*

CORO I.

Cual azucena bella

Pagar los besos sabe
Del céfiro süave.

CORO II.

La cándida doncella
Dé al esposo querido
El premio merecido.

CORO I.

Cual clavel oloroso
Mas lozano se torna
Si un bello seno adorna.

CORO II.

Tal el feliz esposo
En su cuello nevado
Brillará reclinado.

LOS DOS COROS.

Dénle, dénle los cielos
Sus dones á porfia;
Y un enjambre de hijuelos
Que colmen su alegría.

*Roban los zagales la guirnalda, y con ella coronan á Quiteria.*

ZAGALES VITOREANDO.

Viva, viva Quiteria y su hermosura.

OTROS.

Viva su honestidad y su ventura.

## ESCENA III.

BASILIO, LOS DICHOS.

CAMACHO.

¿A qué, Quiteria, suspender mas tiempo
Mi anhelada ventura? Premia, premia
Con tu mano mi ardor: prémialo, amada.

QUITERIA.

¡Petronila...! ¡ay cuitada!
Él no viene... ¡qué trance!

CAMACHO.

Dame la mano bella: alcance, alcance
Mi fineza este bien, querida esposa.

BERNARDO.

No mas se lo dilates, mi Quiteria....

BASILIO.

*Coronado de cipres y con un baston en la mano, empezando ya las gentes á bajar del tablado.*

Gente inconsiderada y presurosa,
Parad, parad, y oid á este infelice
En el último punto de su vida.....
*Hincando denodado el baston en el suelo.*
Y tú, Quiteria infiel, tú, fementida,

Tú, inhumana, á quien dieron
Leche las fieras crudas,
Tú, á quien los cielos por mi mal hicieron
Bella cuanto liviana: atiende, aleve,
En mi hora postrimera y dolorosa,
Y séme al menos en el fin piadosa.
Tú sabes lo que debe
Tu despiadado corazon al mio.
Tú sabes que ligado el albedrío
Ya en la niñez mas tierna, no te es dado
El vínculo sagrado
Romper, ni dar la mano al venturoso
Cuanto rico Camacho... ¡Ingrata! ingrata!
Yo solo soy tu esposo,
Y tú solo eres mia.
¡O cielos, pues mirais su alevosía,
Por qué no confundis á la perjura!
¡O mal haya, mal haya tu hermosura!
¡Mal haya amor y mi esperanza ciega,
Y el tiempo en adorarte malgastado!.....
Yo me abraso... me abraso .. ya enojosa
La vida le es al infeliz Basilio;
La vida en otro tiempo tan gustosa,
Cuando tú, infiel, llorando le decias
Que su esposa serias.
¡O no vista traicion! cruda pobreza!

Por ella moriré: por su riqueza
Camacho te me roba. Goce, goce
Feliz de tu hermosura,
Mientras Basilio acaba en muerte dura....
Pero ¡infiel! inhumana! no, no esperes
De contento gozar desde este dia.
Mi crudo fin, mi caso lamentable
Tus verdugos serán: mi sombra fria
Te seguirá, te acosará espantable
Culpando tu maldad... O desgraciado!
O mísero Basilio!.... muere.... muere....
Asi, Quiteria, este infeliz te quiere.

*Arrójase sobre el baston, y queda como traspasado y bañado en sangre.*

DON QUIJOTE, BERNARDO.

Extraña desventura!

QUITERIA.

Ay infelice!
¡Yo le maté, y aun vivo!... ¡ay Petronila!

PETRONILA.

Ay hermana!... ay Camacho!

CAMACHO.

¡Qué es esto, amor!....

SANCHO.

Los ojos se me arrasan.
¡Pobre zagal! á fe que no mentia.

*Llegan á socorrer á Basilio Don Quijote, Sancho, Petronila y algunos de sus amigos.*

BASILIO.

Ay!.... ay Quiteria mia!....
Yo muero.... sí.... ¡tu esposo....
Quién fuera en este punto!... ¡qué aliviado...
Muriera! ¡qué go...zoso!
¡Mano... feliz! ¡quién con la suya... ahora...
Estrecharte... pudiese! ¡infiel... pastora!...
No... pue...do respirar... ¡ay!... ¡si llevara...
Este... bien tu Basilio...! ¡qué fa...tiga!...
!O... si hora fuese... tuyo! ¡ay enemiga!...

DON QUIJOTE.

Déjate de tamaño desvarío,
Y cura en tu salud, pidiendo al cielo
De tu yerro perdon.

LOS ZAGALES AMIGOS DE BASILIO.

Quiteria, dale
Este alivio á lo menos, pues le matas:
Dale, dale la mano.

CAMACHO.

Yo no puedo
En ello convenir, ni en este trance
Él lo debe querer.

DON QUIJOTE.

¿Por qué tan duro,

Buen Camacho, sereis con la recuesta
De un tan liviano don? ¿ó mas honrado
Con Quiteria os habreis por recibilla
Del anciano Bernardo, que viuda
Del valeroso á quien habeis llevado
Al trance de la muerte? No, no sea
Tal por vos fecho, ó quede en su deseo
Menoscabado el triste: pues no embarga
Zagal vuestra ventura; y lo que pide
Es justo y hacedero.
Decir sí, y arrojar el postrimero
Aliento ha de ser uno. De estas bodas
El lecho es el sepulcro....

LOS ZAGALES AMIGOS.

Ceded, ceded á nuestro ruego.

CAMACHO.

En vano,
En vano os fatigais.

DON QUIJOTE.

¿Pues qué? ¿liviano
Será mi demandar? ¿ó asi conmigo,
Camacho, vos habedes?....

BASILIO.

Ay me triste!... traidora!...
¡Qué angustias!... ¡qué ansias siento!...
Ya se acaba... el... aliento...

Dame... tu mano... ¡infiel!... ¡dolor... agudo!...

DON QUIJOTE.

¡Qué os hayades tan crudo!
No, Camacho gentil, dad á Quiteria
Permiso para hacello:
Y vos, bella acuitada,
No hayais á mengua, no, pagar el firme
Amor del infeliz: llegad á velle
Si podeis pavorido conocelle
En tan menguado doloroso trance.
Alcance pues, en su despecho alcance
Tan triste premio su sin par fineza.
Ea, llegad, llegad: tanta braveza
Non vos dice bien, non...

LOS ZAGALES AMIGOS.

Quiteria hermosa,
Ceded, y con el triste sed piadosa.

CAMACHO.

Hazlo, si de ello gustas.

BERNARDO.

No le niegues,
Hija, tan leve bien: hazlo, querida.
Yo te lo mando, yo; y al punto sea,
Que se le va la vida.

QUITERIA.

Ay mísera!... Basilio...

Triste Basilio...

BASILIO.

Ay me...!... ¡Quiteria...!...
Cruel!... acaba... acaba...
De quitarme esta vida... Tú me fuiste...
Siempre mortal... ¿qué viste...
Ay!... en mí... para tantas desventuras?...

SANCHO.

Déjese de ternuras:
Que mas parece que en la lengua tiene
Que en los dientes el alma: mal se aviene
Hablar tanto de amores,
Con estar acabando.

QUITERIA.

Tus dolores
Templa, Basilio mio, con mi mano.
Aqui está tu Quiteria sinventura.
Tuya soy, toda tuya, ya inhumano
El cielo te me robe, ya dolido
De mis ansias y lágrimas te salve.
Tu esposa soy: mi fe te lo asegura.
Basilio...

BASILIO.

Ay! ay!... ¡Quiteria!...
¡Feliz, feliz... mil... veces mi... miseria!...
Tuyo soy... tú mi esposa... ¡qué... ale...gría!...

No puedo... res...pirar... tu esposo... tuyo...
Tuyo... soy... alma mia...

QUITERIA.

Vive, vive,
Vive, Basilio amado; y venturosa
Haz con tu vida á tu angustiada esposa.

## ESCENA IV.

CAMILO DE MAGICO, Y LOS DICHOS.

UNOS.

¡Qué asombro!

OTROS.

¡Qué vision!

DON QUIJOTE.

¡El mago es este!

MAGICO.

El cielo favorable te recibe,
Quiteria, ese deseo; y me ha ordenado
Que á darle venga presta medicina.
Yo soy el sabio Alberto, á quien se inclina
Cielo, tierra y abismo tenebroso.
El que puede tornar ensangrentado
El claro sol, y escurecer la luna
Parándola en su curso presuroso.

A mi raro saber dolencia alguna
Se resiste. Basilio.... ¿me conoces?
Basilio....

BASILIO.

¡Ay! ¡ay!.... ¿qué voces
Son estas?.... Sabio amigo....

MAGICO.

A darte vengo
La vida en premio de tu amor: levanta.

BASILIO.

*Curado de repente y sin la vestidura lúgubre, de galano pastor.*

¡Ah! deja que tu planta
Bese humilde....

QUITERIA.

¿Basilio, vives, vives?
¡O felice Quiteria! Yo soy tuya:
De nuevo lo prometo.

ALGUNOS.

¡Caso extraño!

DON QUIJOTE.

¡Inaudito portento!

CAMACHO.

¡Fiero engaño!
¡Traidor! falso traidor, infamia tanta
Tu sangre lavará.... muera el aleve.

UNOS.

Muera, muera Basilio.

OTROS.

Viva, viva.

CAMACHO Y LOS SUYOS.

Muera, muera el traidor.

DON QUIJOTE.

Ténganse todos,
Envainen todos; y óiganme, si quieren
Quedar con vida.

SANCHO.

A las tinajas, Sancho,
Que es sagrado; y al duelo diz que huillo.

*Corre á guarecerse entre ellas.*

DON QUIJOTE.

Y pues salud el cielo favorable
Le dió, nadie sea osado
A tocalle ante mí, ni á sus decretos
El hombre ciego contrastar se atreva.
Goce, goce Basilio
De su hermosa Quiteria luengos años;
Y el buen Camacho su cuadrilla quiete
Sandia y desalumbrada,
O verála en un punto aniquilada.
Y si soberbio y temerario alguno
Osa no obedecer, por esta lanza

Pase, pase primero.
¡A este vuestro cautivo caballero
Acorred, ó señora!....

MAGICO.

Escuchad todos
Lo que el cielo me inspira
Por vuestra paz sin duda; y quien un punto
Lo osare repugnar, en aquel mismo
Se verá confundido. Con su amada
Basilio vivirá en afortunada
Prolongada vejez: quien lo estorbare,
Sus iras sentirá. Mas tú, ó Camacho!
No habrás menores dichas, si ya sabes
Seguir por do te llama la ventura.
¡Ah! ¡con cuánta ternura
Te adora alguna que me atiende! ó ciego!
¡Que no adviertes sus ansias y su fuego!
¡Qué gozos! qué delicias á su lado
Cierto te guarda y favorable el hado!

*Retirase tan prestamente, que parezca desaparecerse.*

PETRONILA.

¡Ay triste! ay sinventura!
¡Mi amor se descubrió!

CAMACHO.

¡Qué es lo que he oido!

¡Tú, Petronila!.... ¡confusion extraña!
Adorada Quiteria, me ofendia;
Y su hermana ultrajada. asi me adora.
¿Qué debo hacer?.... mucho en el trueque gano,
Si logro hacerla mia
Perdonado mi error. Bernardo, padre,
Interceded por mí, dadme su mano.

BERNARDO.

¡O dichosa vejez!

PETRONILA.

¡Ingrato!... ay triste!

CAMACHO.

No ingrato, esposo tuyo; tu ternura
Tenga este leve premio.

PETRONILA.

¡Esposo mio!....

CAMACHO.

Mi ceguedad disculpa deslumbrada;
Y vive, Petronila, afortunada,
Para que yo te sirva.

PETRONILA.

Mi ventura
Será hacerte feliz, zagal amado.

BASILIO.

Perdonad á un amante despechado,
Cuanto fino y leal, pues todo ha sido

Industria del amor: él ha sabido
Fingir mi herida, y disponer la sangre
De arte en este cañon, que pareciese
Ser verdadera; y ordenó el encanto
Y trazó que Camilo el mago hiciese;
Y á vuestros pies....

QUITERIA.

Quiteria desdichada....

CAMACHO.

Todo se olvide; y á mis brazos llega.

PETRONILA.

¡Ay Quiteria!

QUITERIA.

¡Ay amada!
¡Tú le adorabas!... ¡qué felices somos!

BERNARDO.

¡O cielos! ¡cuánto bien en solo un dia!

CAMACHO.

Siga pues de la fiesta la alegría;
Cantando todos la sin par terneza
De la zagala mia,
Y de su hermana bella la fineza.

DON QUIJOTE.

Y hágaos, fieles esposos,
Y hágaos amor mil siglos venturosos:
Que á despecho de cuantos

Malignos hechiceros la memoria
Quieran menoscabar con sus encantos
De fecho tanto, durará su gloria.

## CORO V.

## DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Y gozad, gozad ciegos
Entre honestas caricias
De sus plácidos fuegos;
De sus tiernas delicias.

CORO DE ZAGALES.

Gozad; y las lazadas
Que os unen siempre sean
De rosas, ni se vean
Del crudo tiempo ajadas.

CORO DE ZAGALAS.

Cual álamo frondoso
Florece en prado ameno,
Asi amor deleitoso
Florezca en vuestro seno.

CORO DE ZAGALES.

Cual las purpúreas rosas
Reinan entre las flores,

Zagalejas hermosas,
Reinad en los pastores.

CORO DE ZAGALAS.

Cual vuelve á los mortales
El rubio sol el dia,
Sed, felices zagales,
Del valle la alegría.

TODO EL CORO.

Y gozad, gozad ciegos
Entre honestas caricias
De mil plácidos fuegos
De mil tiernas delicias.

# ODAS.

## ODA I.

### LA VISION DE AMOR.

Por un prado florido
Iba yo en compañía
De la zagala mia
Ocioso y distraido:
Do suelta el alma de pasiones graves
Con mi fácil rabel seguir curaba
Del viento el silbo, el trino de las aves,
O el *bé* que á mis corderas escuchaba;
Y en gozo rebosaba
Mi infantil pecho; que á un zagal divierte
Cuanto en los campos de gracioso advierte.
Cuando en faz placentera,
Cuanto en bullir donosa,
Vi á una doncella hermosa,
Que nunca visto hubiera.
La Musa, dijo, soy de los amores:
Nada, simple zagal, nada rezeles;
Y pues ves en suavísimos ardores
Los hombres y aves, brutos y verjeles,
No cantes ya cual sueles
Esa rusticidad de la natura,

Que bien mayor mi numen te asegura.
  Dócil oye mis voces:
Sigue el comun egemplo,
Ven de Vénus al templo,
Ven con plantas veloces;
Que allí es paz todo y célicas delicias.
Sobre el ara feliz tu blando seno,
Cual rosa virginal que á las caricias
Se abre alegre del céfiro sereno,
De otros encantos lleno
La vivaz llama del placer aspire;
Y de amor solo tu rabel suspire.
  Di en el de tu zagala
La esplendente belleza,
Su noble gentileza,
Su enhiesto cuello y gala.
La luz divina de sus ojos bellos,
Su dulce hablar y angelical agrado
Estro den á tu voz, y suenen ellos
Y su nombre por todos celebrado.
De rosas coronado
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.
  En estos frescos valles
El ánimo se encanta:
Corra feliz tu planta

Sus deliciosas calles,
Que aqui alzó Vénus su dichoso imperio.
Ve alli nudas triscar sus ninfas bellas;
Y allá en brazos de amor y del misterio
Dulces gemir las tímidas doncellas.
Sigue alegre sus huellas;
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.
    Mira alli prevenidas
Entre parras espesas
Cien opíparas mesas
De amorcitos servidas,
Do risueño el placer insta á sentarse.
Al Teyo mira que el festin ornando
Ya empieza con los brindis á turbarse;
Y entre lindas rapazas retozando
Te está dulce cantando:
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.
    Corre, jóven dichoso,
Que el anciano te llama,
Y con su copa inflama
Tu pecho aun desdeñoso.
Allá otros niños bellos al Parnaso
Suben, do á Cinthio Vénus los entrega,
Cual Tibulo, Villegas, Garcilaso;

Y alegre el niño Amor entre ellos juega.
Ea, al coro te agrega:
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.
  Oye bullir sonantes
Las melifluas abejas,
Oye arrullar sus quejas
Cien tórtolas amantes;
Y allí bajo una yedra enmarañada
Gemir dos venturosos amadores,
La sien de mirto y rosa entrelazada,
Y á Vénus derramar sobre ellos flores.
Aqui, que es todo ardores,
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.
  Dijo Erato amorosa,
Y en una vega amena
De aves parleras llena
Dejónos misteriosa:
Y yo y mi zagaleja nos entramos
En una gruta retirada, umbría,
Y quien mas pudo arder allí probamos,
Y ella mi amor y el suyo yo vencia.
Desde tan fausto dia
Sigo siervo feliz, sigo á Cupido
Brazo con brazo á mi zagala asido.

## ODA II.

### LOS DIAS DE FILIS AL ENTRAR LA PRIMAVERA.

Del céfiro en las alas conducida
Por la radiante esfera
Baja de rosas mil la sien ceñida
La alegre primavera:
  Y el mustio prado, que el helado invierno
Cubrió de luto triste,
Al vital soplo de su labio tierno
De yerba y flor se viste.
  Las aves en los árboles cantando
Su venida celebran;
Brotan las fuentes y su hervor doblando
Entre guijas se quiebran.
  Y por do quier un celestial aliento
De vida se derrama;
Que en dulce amor, en plácido contento
Al universo inflama.
  Mas sale Fili en el glorioso dia
Que años cumple graciosa,
Sale, y mas rosas tras su planta cria
Que primavera hermosa.

La venturosa tierra, que animarse
Por su beldad divina
Y de insólita pompa siente ornarse,
Humilde se le inclina.
Y del aroma y las delicias lleno
Que aspiró de las flores,
Hinchendo el viento de placer su seno
La embalsama en olores.
Las plantas á su vista reverdecen,
Los arroyuelos saltan
Entre los tallos, que ondeando mecen
Y en su aljófar esmaltan.
Las dulces y parleras avecillas
Le dan en voz canora,
Con sus picos haciendo maravillas,
Mas trinos que á la aurora.
Y uniendo de sus tonos no aprendidos
La música extremada,
Le echan dejando los calientes nidos
Otra nueva alborada.
Salve, le dicen, copia peregrina
De la beldad eterna,
Salve, virginal rosa y clavellina,
Salve, azucena tierna.
Salve, y al bajo mundo de tus dones
Liberal enriquece.

¡Ay! ¡qué lazo á los tiernos corazones
Y á tu hermosura ofrece!
¡Qué gracia celestial en tu semblante!
¡Qué almibar en tu boca!
¡De tus labios la rosa purpurante
Qué de gozos provoca!
Amor, riente amor desde tus ojos
Flecha su arpon ardiente,
Y mil fieles cautivos por despojos
Te ofrece reverente.
¡Oh qué grato rubor si se alboroza!
¡Con qué embeleso apura
Su adorno al gusto, y al cristal se goza
Riente su hermosura!
¿Para qué, bello jóven venturoso,
Alma Vénus, preparas
La víctima sin par? ¿quién anheloso
La ofrecerá en tus aras?
¿A quién, Dione hermosa, has acordado
Tal premio? ¿ó quién es digno
De ver tu pecho de su ardor tocado,
Lucero peregrino?
Que en vano el cielo tu beldad no cria;
Y aunque el rostro colores,
Tu cuello á amor se doblará algun dia,
Y ansiarás sus favores.

Asi las avecillas van cantando
Con bullicioso acento;
Y *vivas* mil hasta el Olimpo alzando,
Se esparcen por el viento.

## ODA III.

### EL SUFRIMIENTO HACE LOS MALES LLEVADEROS.

No porque congojoso
Al sordo cielo en tus angustias mires,
O abatido y lloroso
Sobre tu mal suspires,
Lucio, á templarlo querellando aspires.

Que en orden inmutable
Los casos ruedan de la humana vida;
Y el hado inexorable
Ya tiene decidida
Tu fausto vuelo, ó tu infeliz caida.

Cuanto en contrario obrares,
Es cual si opuesto á un rápido torrente
Nadando te obstinares
Contrastar su corriente,
O herir los cielos con tu altiva frente.

Afanaráste en vano;

Y el término infeliz de tu porfia
Será con necia mano
Dar á la suerte impía
Mas poder sobre tí que antes tenia.
   Cual con la misma fuerza
Con que en su rabia al gladiador que osado
Le hirió alcanzar se esfuerza,
De su estoque acerado
Cae el toro á sus pies atravesado.
   Cede al ímpetu fiero,
Y calla y sufre cual sufrir conviene,
Que asi un pecho severo,
O el nublado previene
Que horrísono sobre él tronando viene;
   O con frente serena
Del rayo ve devastador las iras.
Tal de calma y luz llena
Jamas, Febe, retiras
Tu faz del cielo que entoldado miras;
   Sino que hermosa subes
Tu carro por el alto firmamento,
Dejando atras las nubes.
Del mas rudo tormento
Remedio es celestial el sufrimiento.

## ODA IV.

### AL AMOR, CONFESANDOSE RENDIDO.

¿Qué mas quieres, ó Amor? ya estoy rendido:
Ya el pecho indócil de tu arpon llagado
Humilde imploro tu favor sagrado:
Tu esclavo soy, si tu enemigo he sido
Con furor obstinado.
Mi diestra débil ya dejo vencida
Las inútiles armas por seguirte.
¡Oh qué demencia ha sido el resistirte!
Ya lo conozco, ya: desde hoy mi vida
Consagraré á servirte.
No habrá ni un pensamiento ni un deseo
Que tú no inspires en el pecho mio.
Como supremo Rey de mi albedrío
Tuya es su direccion, tuyo su empleo,
Tuyo su señorío;
Y el estro tuyo, y el trinar süave
Que á mi labio feliz la musa inspira.
Mi dulce verso solo amor suspira,
Cual tierno el corazon solo amar sabe,
Y amor cantar mi lira.
Si colmar de una vez mis votos quieres,

Víbrame, Amor, aun mas ardientes flechas,
Y en tus cárceles gima mas estrechas
Al pie los grillos, grillos de placeres,
Que á tus mas fieles echas.
Solo á la ninfa de que te has valido
Para rendirme con su vista hermosa,
Haz que me alivie en la prision dichosa:
Haz me regale el corazon herido
Mirándome graciosa.

## ODA V.

### A DON SALVADOR DE MENA EN UN INFORTUNIO.

Nada por siempre dura.
Sucede al bien el mal: al albo dia
Sigue la noche obscura;
Y el llanto y la alegría
En un vaso nos da la suerte impía.
Trueca el árbol sus flores
Para el otoño en frutos ya temblando
Del cierzo los rigores,
Que aterido volando
Vendrá tristeza y luto derramando.
Y desnuda y helada

Aun su cima los ojos desalienta,
La hoja en torno sembrada,
Cuando al invierno ahuyenta
Abril, y nuevas galas le presenta.
  Se alza el sol con su pura
Llama á dar vida y fecundar el suelo;
Pero al punto la obscura
Tempestad cubre el cielo,
Y de su luz nos priva y su consuelo.
  ¿Qué dia el mas clemente
Resplandeció sin nube? ¿quién contarse
Feliz eternamente
Pudo? ¿quién angustiarse
En perenne dolor sin consolarse?
  Todo se vuelve y muda.
Si hoy los bienes me roba, si tropieza
En mí la suerte cruda;
Las musas su riqueza
Guardar saben en mísera pobreza.
  Lôs bienes verdaderos,
Salud, fe, libertad, paz inocente,
Ni á puestos lisonjeros,
Ni del metal luciente
Siguen, Menalio, la fugaz corriente.
  Fuera yo un César, fuera
El opulento Creso, ¿acaso iria

Mayor si me midiera?
Mi ánimo solo haria
La pequeñez ó la grandeza mia.
  De mi débil gemido
No, amigo, no serás importunado:
Pues hoy yace abatido
Lo que ayer fue encumbrado;
Y alzarse torna para ser hollado.
  Vuela el astro del dia
Con la noche á otros climas, mas la Aurora
Nos vuelve su alegría;
Y fortuna en un hora
Corre á entronar al que abismado llora.
  Si hoy me es el hado esquivo,
Mañana favorable podrá serme;
Y pues que aun feliz vivo
En tu pecho, ofenderme
No podrá, ni á sus pies rendido verme.

## ODA VI.

### DE LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

¿Ves, ó dichoso Lícidas, el cielo
Brillar en pura lumbre,
Sublime al sol en la celeste cumbre
Animar todo el suelo?

¿La risa de las flores y el pomposo
Verdor del fresco prado,
Bullir lascivo el céfiro, el ganado
Ir paciendo gozoso?
¿Cómo los altos árboles se mecen,
Y entre el blando sonido;
Los coros de las aves que el oido
Y el ánimo adormecen?
¿Cómo el arroyo se desliza y salta,
Y al salpicar las flores
Su grata variedad y sus colores
De perlas mil esmalta?
¡Ay! tiembla, tiembla, que fatal un hora
Sople el cierzo inclemente,
Revuelva el cielo, anuble el sol fulgente,
Y su honor lleve á Flora.
Las hojas de los árboles sacuda
Y esparza por la vega;
Ate al arroyo que fugaz la riega,
Y al ave deje muda.
Asi ominosa la inconstante suerte
A su antojo varía
La faz del universo en solo un dia,
Y en mal el bien convierte.
Ella derroca el cedro mas altivo,
Estremece al tirano;

Da la púrpura á un misero villano,
Y hace á un Rey su cautivo.
La negra ingratitud, la desabrida
Dureza la acompaña,
La vil doblez que á la bondad engaña,
Y la insolencia erguida.
Evita pues un lamentable caso.
Súfrela inexorable;
Si la diestra te ofrece favorable
Modera cuerdo el paso.
Y no á un dudoso piélago te entregues,
Marinero inexperto;
Ó infeliz llorarás sin luz ni puerto,
Cuando en su horror te anegues.
Un tiempo yo la vi tambien contenta
Y con rostro sereno:
Engañóme cruel. Del daño ageno,
Lícidas, escarmienta.

## ODA VII.

### DE LA VOZ DE FILIS.

Amable lira mia,
Canta, acorde á mi llama deliciosa,
La dulce melodia,

La gracia sonorosa
De la ninfa mas bella y desdeñosa.
¡Ay! canta, si te es dado
Sus loores cantar como es debido,
El suspiro apenado
Que arrebató mi oido;
Y en la gloria me tuvo embebecido.
O el brio y ligereza
Con que los albos dedos gobernaba;
Y la gentil destreza
Con que el clave tocaba,
Y con su amable voz lo acompañaba.
Su amable voz que suena
Cual la de los pardillos mas canoros;
Y el alma asi enagena
Con sus trinos sonoros,
Cual suele amor en sus süaves coros,
Mudando blandamente
A su placer el ánimo encantado,
El ánimo que siente
Todo su ardor mezclado
Con el gemir ardiente, apasionado.
Sigue empero embebido
El mágico compas del son sabroso,
Mientras por el oido
Con ardid engañoso

El ciego Rey le roba su reposo.
Y la herida sintiendo,
Y el volcan que la grata melodía
Va en el pecho prendiendo,
Oye aun con alegría
El suave hechizo que sus penas cria.
Oye el labio que suena
En feliz consonancia al instrumento;
Y extático en cadena
Detiene al pensamiento,
Dudoso entre la pena y el contento.
¿Pero quién podrá tanto,
O cuál lira será la celebrada,
Que á seguirte en su canto
Llegue, lengua adorada,
Si el mismo Apolo no la da templada?
¿Quién podrá dignamente
Ese don ponderar, ó voz sonora,
Que al alma blandamente
Rinde, embarga, enamora;
Y aun haciéndola esclava la mejora?
¡O voz! ¡ó voz graciosa!
¡Voz que todo me lleva enagenado!
¡O garganta armoniosa!
¡Pecho tierno y nevado,
De do tono tan blando ha resonado?

Tú solamente puedes
Tu dulzura cantar como es debido,
Que á las Gracias excedes
Feliz; y á quien ha sido
Tan claro don del cielo concedido.
Y pues tú solamente
Puedes bien celebrarte ¡ay voz sonora!
Suenen de gente en gente
Tus trinos, mi señora,
Y cesen ya las salvas á la Aurora.
Ni los sueltos pardillos
Que van la aura purísima surcando,
Abran mas sus piquillos
Mientras estés cantando,
Y tu humilde zagal te esté escuchando.

## ODA VIII.

A LISI, QUE SIEMPRE SE HA DE AMAR.

La Primavera derramando flores,
El céfiro bullendo licencioso,
Y el trino de las aves sonoroso
Nos brindan á dulcísimes amores
En lazo delicioso.
Viene el Verano, y la insufrible llama

Agosta de su aliento congojado;
Árboles, plantas, flores, yerba y prado.
Todo cede á su ardor, solo quien ama
Lo arrostra sin cuidado.

El amarillo Otoño asoma luego
De frutas, yedra y pámpanos ceñido:
La luz febea su vigor perdido
Se encoje, mientra amor dobla su fuego
Blando y apetecido.

Y en el ceñudo Invierno, cuando atruena
Mas ronco el aquilon tempestüoso,
Entre lluvias y nieves en reposo
Canta su ardor, y rie en su cadena
El amador dichoso.

Que asi plácido amor sabe del año
Las estaciones, si gozarlos quieres,
Colmar, Lisi, de encantos y placeres.
¡Ay! cógelos, simplilla; ve tu engaño,
Y á la vejez no esperes.

## ODA IX.

### A LA FORTUNA.

Cruda fortuna, que voluble llevas
Por casos tantos mi inocente vida,

De hórridas olas agitada siempre,
Nunca sumida:
Tú que de espinas y dolor eterno
Pérfida colmas con acerba mano
Tus vanos gozos, de la mente ciega
Sueño liviano:
Aunque sañosa de tiniebla cubras
Lóbrega el cielo, que en humilde ruego
Férvido imploro, por huir tu odioso
Bárbaro juego:
Aunque el asilo de mi hogar me robes;
Aunque me arrastres ominosa y fiera
Desde los campos de la dulce patria,
Donde ligera
Tu undosa vena con alegre curso,
Ancho Garona, se desliza, y pura
Riega los valles, que de mieses orna
Rica natura:
Y solo y pobre en peregrino suelo
Mi labio el cáliz apurado lleve,
Con que á la envidia la calumnia unida
Me infama aleve.
Nunca rendido mi inocente pecho,
Nunca menguado mi valor aguardes,
Ni que mi plectro varonil querellas
Gima cobardes.

Como afirmado en su robusto tronco
Añoso roble en elevada sierra
Inmóvil burla del alado viento
La hórrida guerra:

El justo firme en su opinion, seguro
De su conciencia reirá á la suerte.
Miedo, amenaza inútiles asaltan
Su ánimo fuerte.

Ponme, Fortuna, do en eterna nieve
Gime abismado el aterido mundo,
Que en noche envuelto nebulosa y sueño
Yace profundo:

Ponme, do Febo, su fogoso carro
Sin cesar rueda por el ancho cielo;
Do Sirio ardiente la arenosa tierra
Cubre de duelo:

Siempre tranquilo, moderado siempre
Con igual frente me verás ¡ó cruda!
Sin que provoque tu rigor, ni á viles
Lloros acuda.

## ODA X.

### A UN AMIGO EN LAS NAVIDADES.

Templa el laud sonoro
Del lírico de Teyo,

Y un rato te retira
Del popular estruendo;
Cantaremos, amigo,
Con alternado acento
En dias tan alegres
Sus delicados versos:
Sus versos que del alma
Las penas y los duelos
Disipan, cual ahuyenta
Las nubes el sol bello.
Y el inocente gozo,
Las Gracias y el risueño
Placer nos acompañen,
Y enciendan nuestros pechos;
O en el hogar sentados
Las Musas y Lièo
Nos diviertan, y burlen
Las furias del Enero.
¿Qué á nosotros la corte
Ni el mágico embeleso
De confusiones tantas,
Cual sigue el vulgo necio?
El sabio se retira,
Y admira dende lejos
Del mar alborotado
Las olas y el estruendo.

Gozoso en su fortuna
Su rostro está sereno,
Sus manos inocentes,
Tranquilos van sus sueños:
Ni el oro le perturba,
Ni adula al favor ciego,
Ni teme, ni codicia,
Ni envidia, ni da zelos.
Por eso entre sus vinos,
Sus bailes y sus juegos
De sabio dieron nombre
Los siglos á Anacreon:
Mientras el de Stagira,
Del Macedon maestro,
Con obras inmortales
No alcanzó á merecerlo.
La vida es solo un punto,
Las honras humo y viento,
Cuidado los tesoros,
Y sombra los contentos.
Feliz el sabio humilde,
Que en ocio vive, exento
De miedo y esperanzas,
Bastándose á si mesmo.
Un libro y un amigo,
Pacífico y honesto

Le ocupan, le entretienen,
Y colman sus deseos.
Alegre el sol le nace:
De noche el firmamento
Consigo le enagena
En pos de sus luceros.
Sus horas deliciosas,
Cual plácido arroyuelo
Se pierden, que entre flores
Con risa và corriendo.
¡Dichoso el tal mil veces!
Su inmóvil planta beso,
Pues supo asi elevarse
Del miserable suelo.
Un tiempo á mi fortuna
Con rostro placentero
Tambien falaz me quiso
Contar entre sus siervos.
Llevóme á que adorara
La imagen de su templo;
Y al ánimo inocente
Detuvo prisionero.
Mas luego el desengaño,
Bajando desde el cielo,
Me muestra sus ardides,
Y libra de su imperio.

De entonces, dulce amigo,
Seguro de mas riesgos,
La humilde medianía,
En blanda paz celebro.

## ODA XI.

AL CAPITAN DON JOSEF CADALSO,
DE LA DULZURA DE SUS VERSOS SÁFICOS.

Dulce Dalmiro, cuando á Filis suena
Tu delicada lira,
El rio por oirte el curso enfrena,
Y el mar templa su ira.
Alzan las Ninfas su nevada frente
Coronada de flores,
Suelta Neptuno el húmido tridente
Absorto en tus amores.
Del céfiro en los brazos calma el vuelo
El ábrego irritado;
Y el verdor torna al agostado suelo
Tu acento regalado.
Desde el olimpo baja Citerea,
Tanto con él se agrada,
Y en sus canoros trinos se recrea,
De Mavorte olvidada.

Siguen tus blandos ayes arrullando
Sus cándidas palomas,
Sus Cupidos contino derramando
Sobre ti mil aromas.

Y otros tan fino amar tiernos oyendo,
Una guirnalda bella
De mirto y rosas y laurel tejiendo,
Ornan su sien con ella.

Las vagarosas parlerillas aves
Que ven la Cipria diosa,
Aclaman con mil cánticos süaves
Su llegada dichosa:

Y en dulcisimos tonos no aprendidos
Le dan la bienvenida;
Mas de tu lira oyendo los sonidos
Calla su voz vencida.

O Filomena solo que enardece
Tan celestial encanto,
En blandos pios remedar parece
Las gracias de tu canto.

Mientras que de Dïone los loores
Renovando divinos,
La imploras favorable en tus amores
Con mil sáficos himnos;

Que muy mas dulces que la miel mas pura,
Que el aroma agradables,

Solo respiran plácida blandura,
Solo afectos amables,
Delicias solo y embeleso y gloria,
Y paz y eterna calma;
Bien que de Fili la llorosa historia
Renuevan en el alma:
Y aquel brillar cual fósforo esplendente
Que raudo cruza el cielo,
Para hundirse en el lóbrego occidente
Dejando en luto el suelo.
Todo oyéndote calla, tu voz suena;
Y el concento armonioso
Puebla el aire y el ánimo enagena
En éxtasi amoroso.
No cese pues, poeta soberano,
Son tan claro y subido:
Goza el sublime don que en larga mano
Te dan Febo y Cupido.
Gózale; y en mi oreja siempre suene
Tu derretido acento,
Que de ternura celestial me llene
Y de inmortal contento.

# ODA XII.

## LA RECONCILIACION.

LIDIA.

Ingrato, cuando á hablarme
A mi choza de noche te llegabas,
¡Cómo para ablandarme
Al umbral te postrabas,
Y en dolorido llanto lo regabas!

FILENO.

Ingrata, cuando á verme
A la huerta del álamo salias,
¡Cuál ¡ay! por encenderme
Donosa te prendias,
Y extremos mil de apasionada hacias!

LIDIA.

¿Pues qué, cuando halagüeño
A la sombra del álamo dijiste:
Tú eres, mi Lidia, el dueño
De este alma que rendiste;
Y al yo probar huir me detuviste?

FILENO.

¿Pues qué, cuando zelosa
En la vega afligido me topaste,

Y al verme asi, amorosa
Por detras te acercaste,
Y en tus cándidos brazos me enredaste?

LIDIA.

¿Y cuando tú engañoso
Me importunabas que la choza abriera,
Jurándote mi esposo?
¡Qué empeños no me hiciera
Tu labio infiel, porque á tu ardor cediera!

FILENO.

¿Y cuando tú enviabas
Con Lálage á avisar que allá tornase,
Tierna no me ordenabas
Que hasta el alba aguardase,
Clamando al alba que en salir tardase?

LIDIA.

Calla, pastor aleve,
Calla, que por Dorila me has dejado;
Y mas que el viento leve
El voto has quebrantado,
Que mi alma fina te creyó sagrado.

FILENO.

Calla, falaz pastora,
Que das tu fe por Licida al olvido;
Y voluble y traidora
El voto no has cumplido,

Con que á tí me juzgué por siempre unido.

LIDIA.

Pues ¡ay! zeloso mio,
Calma tu ceño; cálmalo, y entremos
Por este bosque umbrío,
Do piques olvidemos,
Y al dulce amor y nuestra union cantemos.

FILENO.

Pues canta, Lidia bella,
Y aves y vientos párense á escucharte.
Ven, con tus brazos sella
La fe con que agradarte,
Y nombre anhelo entre las bellas darte.

## ODA XIII.

### EL MEDIO DIA.

Velado el sol en esplendor fulgente
En las cumbres del cielo,
Lanza derecho ya su rayo ardiente
Al congojado suelo:
Y al medio dia rutilante ordena,
Que su rostro inflamado
Muestre á la tierra, que á sufrir condena
Su dominio cansado.
El viento el ala fatigada encoje

Y en silencio reposa,
Y el pueblo de las aves se recoje
A la alameda umbrosa.
  Cantando ufano en dulce caramillo
Su zagaleja amada,
Retrae su ganado el pastorcillo
A una fresca enramada;
  Do juntos ya zagales y pastoras,
En regocijo y fiesta
Pierden alegres las ociosas horas
De la abrasada siesta:
  Mientra en sudor el cazador bañado,
Bajo un roble frondoso
Su perro fiel por centinela al lado
Se abandona al reposo.
  Y mas y mas ardiente centellea
En el cenit sublime
La hoguera que los cielos señorea
Y el bajo mundo oprime.
  Todo es silencio y paz. ¡Con qué alegría
Reclinado en la grama
Respira el pecho, por la vega umbría
La mente se derrama!
  O los ojos alzando embebecido
A la esplendente esfera,
Seguir anhelo en su extension perdido

Del sol la ardua carrera!
  Deslúmbrame su llama asoladora;
Y entre su gloria ciego
Torno á humillar la vista observadora,
Para templar su fuego.
  Las próvidas abejas me ensordecen
Con su susurro blando,
Y las tórtolas fieles me enternecen
Dolientes arrullando.
  Lanza á la par sensible Filomena
Su melodioso trino,
Y con su amor el ánimo enagena
Y suspirar divino.
  Serpea entre la yerba el arroyuelo,
En cuya linfa pura
Mezclado resplandece el claro cielo
Con la grata verdura.
  Del álamo las hojas plateadas
Mece adormido el viento,
Y en las trémulas ondas retratadas
Siguen su movimiento.
  Como á lo lejos su enriscada cumbre
Descuella la alta sierra,
Que recamada de fulgente lumbre
El horizonte cierra.
  Estos largos collados, estos valles

Pintados de mil flores,
Esta fosca alameda en cuyas calles
Quiebra el sol sus ardores.

El vago enmarañado bosquecillo
Do casi se oscurece
La ciudad, que del dia al áureo brillo
Cual de cristal parece.

Estas lobregas grutas..... ¡ó sagrado
Retiro deleitoso!
En tí solo mi espíritu aquejado
Halla calma y reposo.

Tú me das libertad; tú mil süaves
Placeres me presentas,
Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.

Mi alma sensible y dulce en ver se goza
Una flor, una planta,
El suelto cabritillo que retoza,
La avecilla que canta.

La lluvia, el sol, el ondeante viento,
La nieve, el hielo, el frio,
Todo embriaga en celestial contento
El tierno pecho mio.

Y en tu abismo, inmortal naturaleza,
Olvidado y seguro,
Tu augusta magestad y tu belleza

Feliz cantar procuro;
La lira hinchendo en mi delirio ardiente
Los cielos de armonía,
Y siguiendo el riquísimo torrente
Audaz la lengua mia.

## ODA XIV.

### A MI AMIGO DON MANUEL LORIERI EN SUS DIAS.

Desdeña, Anfriso, del Enero triste
Las rudas furias y aterido ceño:
Su cana faz, su nebulosa vista
Plácido mira.
Turbe su soplo por el yermo monte
Los chopos altos: á la fuente pare
Su giro; y hiele el delicioso pico
De Filomena.
Tú no rezeles: en el hondo vaso
El vino corra y el hogar se cebe,
Do entre mil vivas del ilustre padre
Y los amigos;
El dia pierde que saliste fausto
A la luz alma del alegre cielo,
Que puro siempre y apacible luzca
Para la tierra.

Lejos el llanto y veladora cuita
El dia claro de mi tierno amigo:
Solo las gracias, el amable gozo
Plácido reine.

Vuele la risa cariñosa, llena
Ruede la copa con alegre canto,
Que eco vagando por el alto techo
Grato repita.

Vive feliz, ¡ó de mi pecho amante
Parte dichosa! de Batilo gloria!
Vive, mi Anfriso; y la voluble suerte
Ciega te sirva.

## ODA XV.

### A JOVINO EL DIA DE SUS AÑOS.

Deja, dulce Jovino,
El popular aplauso, retirado
Conmigo, do el divino
Apolo al concertado
Plectro te canta tu dichoso hado.

Y escúchale cual suena,
El luciente cabello desparcido
Por la frente serena;
Y á su trinar subido

El Manzanares queda embebecido.
Él canta como fuiste
Al nacer de sus musas regalado;
Y como mereciste
Ser por él doctrinado
En pulsar diestro su laud dorado.
Y canta los favores
Que los cielos te hicieran, el lustroso
Nombre de tus mayores;
Y entre ellos cuan glorioso
Crece el tuyo y descuella, cual frondoso
Alamo que al corriente
De las aguas tendiendo se levanta
Sobre todos la frente;
Y luego el son quebranta,
Y el triste lamentar del Bétis canta:
Cuando tú por la orilla
Del claro Manzanares le dejaste,
Ah! ¡cuánta pastorcilla
Partiéndote apenaste!
Y á los zagales qué dolor causaste!
¡O Jovino felice!
¡O por siempre sereno, fausto dia!
La voz alzando dice:
¡Vive, vive, alegría
Del suelo ibero y esperanza mia!

¡O vive, afortunado!
Que el cielo te concede dadivoso
Larga edad. El sagrado
Plectro cesa, y lumbroso
Se ostenta el dios de su cantar gozoso.

## ODA XVI.

### EN LA MUERTE DE FILIS.

Cruel memoria, de acordarme deja
La gracia celestial de aquellos ojos,
Que al afligido pecho un tiempo dieron
Serenidad y vida.
¿Qué vale que fantástica retrates
Los delicados labios do entre rosas
Amor adormecido reposaba
Y el razonar divino?
El donaire, la gracia, el delicioso
Hechizo de su voz, el albo cuello
Y aquellas hebras do viví cautivo,
Y al oro deslucian:
Todo la muerte lo acabó nublando
La tierra, Fili, que en gozarte ufâna,
Mientras la hollaste con tu planta bella
Semejo al claro cielo.

Mas ora yerta, mustia, en ciega noche
Sepultada y en luto sempiterno,
Solo se queja de su triste muerte
Con lastimeras ansias.
¿Dónde está, dice, la real presencia
De la divina Fili, el manso halago
Y el brillar de sus niñas celestiales
Dónde se ha oscurecido?
¿Cuándo no anticipó la Primavera
Saliendo al valle, y el Estío ardiente
No templó afable con la nieve pura
De su turgente seno?
El céfiro jugando bullicioso
Entre sus labios, ó besando amante
Las flores que tocándolas se abrian
A ofrecerle su aroma.
¡Ay! danos, muerte cruda, el malogrado
Pimpollo que agostaste: restituye
Su milagro al amor y su tesoro
A la angustiada tierra.
Divina Fili, si mi ruego humilde
Algo alcanza contigo, desde el cielo
Tus ojos á mis lágrimas inclina,
Y templa mi quebranto.

## ODA XVII.

HIMNO A VENUS. (*Traducido.*)

Desciende del Olimpo, alma Citeres,
Madre de amor hermosa,
Brotarán en mi pecho mil placeres
Con tu vista dichosa.
Crecerá la delicia y la alegría
En que por tí me veo,
Y colmará feliz el alma mia
Su encendido deseo:
Su deseo, Dïone, que penado
Solo á tu numen clama,
Y de amor lleno y de temor sagrado
Dulce madre te llama.
Ven, o de Gnido y Pafos protectora,
Que un pueblo de amadores
Tu auxilio celestial ferviente implora,
Cantando tus loores:
Y espera, el seno en júbilo saltando,
Que entre aromas süaves
Sobre el fúlgido carro que tirando
Van tus cándidas aves,
Bajes á tu áurco templo, do en sus aras

Cuando parado hubieras,
De gloria al mundo con tu luz colmaras,
Y eterno bien nos dieras.
De las mansiones del radiante cielo
El deleite inefable
Con tu dulce mirar gozará el suelo
Y tu sonrisa amable.
Logrando que en un éxtasi glorioso
Tu numen lo adurmiese,
Que en primavera perenal dichoso
Para tí floreciese.
Para tí ¡ó regocijo y hermosura
Del estrellado asiento!
Do la esperanza inmarcesible dura,
Y es sin fin el contento.

## ODA XVIII.

### LA AURORA BOREAL.

No tiembles, Lice, ni los ojos bellos
De objeto tanto atonita retires:
Perdone á tu mejilla
El miedo que su púrpura mancilla.
¿Viste no ha nada la brillante llama
Morir del sol, que lánguido su carro
Deslizó al mar ondoso?

Elo pues torna su esplendor glorioso.
  Esas ardientes flechas, esa hoguera,
Viva, agitada, que en su lumbre inflama
Del aire el gran vacío,
Rompiendo de la niebla el cerco umbrío:
  Tantos grupos y piélagos de fuego
Que hirviendo bullen, la riqueza suma
De matices y albores,
Que del íris apocan los primores,
  Son otra nueva aurora, que del polo
Corriendo boreal con sus reflejos
El horizonte dora,
Cual la que al dia en su nacer colora.
  Allá en su natal suelo y su infinita
Copia de luz, si rozagante tiende
La undosa vestidura,
Suple del sol la pompa y la hermosura.
  Viérasla allí de mil y mil maneras
El cielo esclarecer: ora lanzarse
En rápido torrente,
Ora alzar leda la rosada frente,
  Ora el oro del fúlgido topacio
Mentir sus llamas, ó el azul mas puro,
Y ora de la mañana
El claro albor y la encendida grana.
  Si no se agita en turbulentos rayos,

Que aqui y allá flamígeros discurren,
Ahogando sus centellas
El fuego brillador de las estrellas,
  O en arco inmenso se derrama, y sube
Hasta el cenit, do pródiga sembrando
Su inexhausto tesoro,
Tremola ufana su estandarte de oro:
  Que el lapon rudo extático contempla,
O á su próvida luz atento vaca
A sus pobres afanes,
Y acata entre ella á sus paternos manes [1].
  Asi el imperio de la noche vence,
Que aquellas plagas desoladas cubre,
Llenando de alegria
Su eterno hielo y su tiniebla umbría.
  Hija del sol cual la que alegre rie
Para nosotros en el rubio oriente,
Recamada de albores,
Bañando en perlas las dormidas flores.
  Del caro padre el rutilante carro,
Purpúreo manto y túnica vistosa

1 *Paternos manes*, las almas de sus padres: creencia comun á los pueblos del norte, que entre el brillo y las luces de este metéoro se imaginaban ver á los Genios del pais y las almas de sus mayores.

Agraciada recibe,
Y de su llama y sus favores vive.
  Asi la nuestra, al empezar fogoso
El mismo sol su plácida carrera,
Le antecede lumbrosa,
La sien ceñida de jazmin y rosa.
  No temas pues sus ráfagas ardientes,
Ni rayos tantos, ni vistosos juegos
Como en sus pasos forma,
Ni si en mil modos su beldad transforma.
  La misma siempre en apariencia varia,
Si la ignorancia la tembló algun dia;
Y amenazó esplendente
Del tirano cruel la torva frente:
  Hoy la verdad en colocar se place
Su númen claro en el radiante trono
Donde inocente brille,
Y nada aciago su fulgor mancille.
  Rigiendo augusta con luciente cetro
El yerto polo y páramos sombrios,
Do en toda su grandeza
Su magestad se ostenta y su belleza.
  Goza pues, Lice, sin zozobra goza
Del vistoso espectáculo que ofrece
Un nuevo dia al suelo,
Ardiendo hermoso el ámbito del cielo.

## ODA XIX.

AL MAESTRO FRAY DIEGO GONZALEZ,
QUE SE MUESTRE IGUAL EN LA DESGRACIA.

No con mísero llanto
Aumentes tu penar; ni á la memoria
Traigas los dias de voluble gloria
Que te robó fortuna;
Si crecer tu quebranto
En la queja importuna
No anhelas sin provecho,
Cerrando al bien el obstinado pecho.
Siente, Delio, que moras
El reino del dolor, do nada puro
Es dado ver, ni de temor seguro
El contento se asienta:
Y acaso mientras lloras,
Ya blando el cielo alienta
Tu seno; y la alegría
En copa de oro liberal te envia.
Cuanto es so el claro cielo
El bien envuelve con el mal mezclado;
Y cuando el mal el ánimo ha llagado,
Luego el bien le sucede.

Asi el lúgubre velo
Descorre, á par que cede
Al sol la noche oscura,
Con sus dedos de rosa el alba pura.
  Verás que tempestuosa
Tiniebla envuelve el dia, y el luciente
Relámpago cruzar la nube ardiente,
La ronca voz del trueno
Sonar magestüosa,
Y temblar de horror lleno
El rústico, inundados
Entre lluvia y granizo sus sembrados.
  Y los vientos veloces
Robar las nubes de la etérea playa
Verás; el íris que purpúreo raya,
Del pueblo alado mueve
Las armónicas voces;
Y el labrador se atreve
A contar por segura
Ya la esperanza de la mies futura.
  Asi lo ordena el cielo:
Asi van lo liviano con lo grave
Enlazados, y lo áspero y süave
En perenne armonía;
Y el lloro y el desvelo
Tras la vana alegría

Con ala infausta vuela,
Cuando esperanza menos lo rezela.
  Quien vive prevenido,
Rïe á la suerte el pecho sosegado:
Cantando va del mar alborotado
Entre el bramar horrendo,
Y de Marte al ruido
Y funeral estruendo
Canta, ó cuando el tirano
A su cuello amenaza en ímpia mano.
  Mas si en pos fausta aspira
Fortuna, y le sublima en su engañosa
Tornátil rueda, confiar no osa:
Antes teme prudente
Que torva ya le mira
Desgracia; y diligente
La frágil vela coje,
Echa el ancla, y al puerto se recoje,
  A que pase esperando
La ola bramante, y calme bonanzoso
Febo la mar; mas si en letal reposo
Le aduerme la ventura,
El huracan soplando
Le arrastra en su locura,
A do en tiniebla ciega
Por mas que clame el piélago le anega.

# ODA XX.

## EL NACIMIENTO DE JOVINO.

Id, ó cantares mios, en las alas
De la fiel amistad; y de Jovino
Celebrad la alegría
En su feliz y bienhadado dia.
  Id al dulce Jovino, á vuestro númen:
Id, y dad el tributo de alabanza
A su nombre glorioso:
Pues su amor solo os inspiró oficioso.
  ¡Qué cosa mas süave y deliciosa
Que este tributo! ¡qué para la tierra
De mas prez y contento
Que de un hombre de bien el nacimiento!
  Nace un héroe, y medrosa se estremece
La tierna humanidad sobre una vida,
Que del linage humano
Destruirá la mitad con cruda mano.
  El envidioso nace; y mira al punto
Al astro de la luz con torvo ceño,
Solo porque derrama
Sobre sus padres su benigna llama.
  Nace un malvado; y á su vista el vicio

Bate las palmas, y gozoso rie
Viendo el nuevo aliado
Que en su cólera el cielo le ha otorgado.
  Empero hombre de bien Jovino nace;
Y á su cuna corriendo las virtudes
En sus brazos le mecen,
Y en su amable sonrisa se embebecen.
  Naturaleza al verse ennoblecida
Se regocija; y mil alegres himnos
Los ángeles cantando,
Sus venideras dichas van contando.
  Su vida, dicen, correrá apacible,
Bien cual sereno el sol brilla en un dia
De alegre primavera
Por la tranquila purpurante esfera.
  Será de niño de sus padres gozo;
Despues creciendo de su patria gloria,
Y de premios colmado
De sus émulos mismos ensalzado.
  Detendrá la vejez por contemplarle
Su lento paso, y lucirán sus canas
Como la luna hermosa
En medio de la noche silenciosa.
  Respetará la muerte su inocencia;
Y en un plácido sueño á las alturas
Subirá de la gloria,

Dejando al mundo eterna su memoria.
  Será alli recibido con canciones
De gozo celestial, su acorde lira
A los coros divinos
Por siempre unida seguirá sus trinos.
  Ni la calumnia, ni la envidia fea
Lo mancharon viviendo: en su tranquila
Muerte los tristes claman,
Y dulce padre y protector le llaman.
  La indulgente amistad moró en su seno,
La piedad en sus manos dadivosas,
Y en su rostro el gracioso
Aire de la virtud y su reposo.
  ¡O mil veces felice quien merece
Loores tales! ¡ó sin par Jovino,
A quien naciendo el cielo
Dio liberal en joya rica al suelo!
  Vive; y en dotes y en aplausos crece,
Que de mi musa ocupacion gustosa
Será, Jovino, en tanto
Decir tu nombre en regalado canto.

## ODA XXI.

### A LA ESPERANZA.

Esperanza solícita, á mi ruego
Ven, aligera mi afanosa carga:
Ven, que abismado el ánimo fallece
Con pena tanta.

No me abandones á mi suerte cruda:
Déjame al menos que me adule el aura,
Con que á los tristes su dolor agudo
Leda regalas.

Lóbrega noche, pavoroso trueno,
De airado rayo agitadora llama,
Ruedan en torno de mi triste frente,
De horror helada.

Donde los ojos dolorido torno
Cien furias hallo que gritando claman:
Caiga, y hollemos su abatido cuello,
¡Bárbara saña!

Ven, y disipa el ominoso bando,
Hija del cielo: tu presencia grata
Torne al herido desolado pecho,
Torne la calma.

Tú que benigna al arador avaro
Sobre la esteva en su labor halagas

Con la esperanza de la mies, que opima
Julio le guarda.
Tú que al osado marinero alientas,
Cuando asaltado en la voluble barca
De hórridos vientos y revueltas olas,
Mísero clama.
Al que agoniza en solitario lecho,
Entre las sombras de la triste parca
Aun le confortas amorosa, y nunca
Dél te separas.
Todo lo endulzas favorable, y cubres
De un velo grato que enagena el alma;
Que hace la copa de la vida al hombre
Menos amarga.
Tal como el brillo de la blanca luna,
Deshecho el ceño de la noche opaca,
Del caminante el abatido aliento
Fausto levanta.
Madre del gozo, cariñosa amiga
Siempre constante, deliciosa maga,
En cuyos brazos inefable alivio
Las penas hallan,
Plácida corre á mi lloroso ruego,
Y aplica presta á la profunda llaga
Que en lo mas vivo de mi ser penetra,
Blanda triaca.

Dame tocar al mas humilde puerto:
Dame alentar en su dichosa playa:
Goce á su ocaso mi agitada vida
Paz y bonanza.

## ODA XXII.

### FILIS RENDIDA.

Alado dios de Gnido,
Amor, mi gloria y celestial delicia,
Ya el ánimo afligido
Mereció hallar á tu deidad propicia.
Ya el laurel victorioso
Logré, y los premios que anheló el deseo.
¡Dulce amor, qué dichoso
Es el estado en que por tí me veo!
De mi Fili adorada
La timidez domaste y los rigores,
Y en mi llama inflamada
Pagó mi suspirar con mil favores.
Sus ojuelos divinos
Que envidia el sol en su lumbroso oriente,
Me halagaron benignos.
¡Ay mirar vivo, regalado, ardiente!
De su boca ¡qué perlas

Dulce riendo á mi rogar saltaron!
Loco corrí á cogerlas,
Y en néctares mis labios se inundaron.
  Su mejilla de rosa
Miré inflamarse á mi feliz porfía,
Mas fresca y olorosa
Que cuantas Gnido en sus pensiles cria.
  Despues ¡oh! quién pudiera
Fiel retratar mi celestial ventura,
Las finezas que oyera,
Mi ciego ardor, su virginal ternura!
  Con su mas rico lazo
Colmándonos amor de sus placeres
Nos unió: en su regazo
Un beso, mil nos dió grata Citeres.
  Y con amiga diestra
La copa de su néctar mas precioso
Brindándonos, nos muestra
La senda á un bosque retirado umbroso:
  Do nuestros finos pechos
En llama ardieron súbito mas viva,
Cual cera al sol deshechos,
Ni yo cobarde, ni mi Fili esquiva.
  En torno revolante
Coro de amores con alegre juego
Y bullicio incesante

A una alentaba nuestro dulce fuego.
  Y las Gracias risueñas
Sobre mi Fili rosas derramaban;
Y aplaudiendo halagüeñas
Ven Himeneo, ven, dulces clamaban:
  Ven fausto al delicioso
Vínculo del amor y la belleza,
Y al triunfo mas glorioso
Sobre el desden de la sin par fineza.
  Ven, y al zagal que ahora
Tan alto bien por su firmeza alcanza,
Estrecha su pastora;
Y eterna flor corone su esperanza.
  Ven, que solo á tí es dado
Confirmar en la paz que han recibido
Los que en uno han juntado
Propicia Vénus y el rapaz Cupido.

## ODA XXIII.

### SEGUNDOS DIAS DE FILIS.

¡Qué dulcísimo canto el aire llena!
Qué aplauso, qué armonía
Embebecido el ánimo enagena
En tan alegre dia!

¡Qué espléndido fulgor, qué viva llama
En su carroza de oro
Con mano liberal el sol derrama
De su inmenso tesoro!
Lleno favonio de ámbares süaves
Regala los sentidos,
Y el estrépito y trino de las aves
Encantan los oidos.
Ríe ufana la tierra, y reanimada
De galas se matiza;
La nieve en arroyuelos desatada
Sonante se desliza,
Que en purísimo aljófar por los valles
Con vistosos colores
Forman mil giros y galanas calles
Jugando con las flores.
Todo, inocente angélica belleza,
Se debe á tu luz pura,
Que á adornar basta la naturaleza
De no vista hermosura.
La tuya en su donaire peregrina
Nos trae la Primavera,
Su júbilo y sus rosas, la divina
Luz de la cuarta esfera.
De tus años el círculo dichoso,
Esta riente aurora,

Cual tras lóbrega noche se alza hermoso,
Y el sol los cielos dora,
  Vivífico tornando en cuanto existe
El lustre antes perdido,
De lozano verdor las selvas viste,
De yerba el ancho egido,
  Asi vuelven las Gracias y el contento
A la dichosa vega,
Que en raudal puro susurrando lento
Undoso el Tórmes riega.
  Sus zagalejas en vistosas danzas,
Con bullicioso canto
Dicen de tu beldad las alabanzas,
Su irresistible encanto.
  Y los tiernos amantes pastorcillos
Las salvas repitiendo,
Al compas sus acordes caramillos
Sus letras van siguiendo.
  Feliz, claman, feliz tan albo dia,
Y hermoso y puro brille:
Jamas lo desampare la alegría,
Ni lloro lo mancille.
  Como fausto por siempre señalado
Quede de gente en gente,
Pues lo has, Filis divina, consagrado
Con tu primer oriente.

Angélica beldad, del alto cielo
Cual joya acá enviada
Para gozo y honor del triste suelo
Mientra allá seas tornada.
Ídolo celestial de los zagales,
Adorable hechicera,
Causa feliz de mil sabrosos males,
Gloria de esta ribera,
Crece, temprana flor, en gracias crece
Y en virtud te adelanta,
Cual palma excelsa que en el val florece,
Y al cielo se levanta.
Crece, y cual pomo que de rosas lleno
Puebla el aire de olores,
Asi tus ojos, tu sensible seno
Derramen siempre amores.
Por tí goza la tierra venturosa
Pompa, flores, verdura,
Y cándida verdad, y gloriosa
Fe de inocencia pura.
Feliz el que á servirte consagrare
Su bien lograda vida;
Y tu hablar dulce y tu reir gozare,
Que á juegos mil convida.
Pero feliz sin par quien mereciere
Fijarte, y á tí unido

Tu seno de jazmin latir sintiere
De su amor derretido.
  Asi los coros y el aplauso suena
Que á mi Filis aclama;
Y el cielo en luz mas fúlgida y serena
En su lóor se inflama.

## ODA XXIV.

### A LA MAÑANA, EN MI DESAMPARO Y HORFANDAD.

Entre nubes de nácar la mañana
De aljofares regando el mustio suelo
Asoma por oriente;
Las mejillas de grana,
De luz candente el transparente velo,
Y muy mas pura que el jazmin la frente.
Con su albor no consiente
Que de la opaca noche al triste manto,
Ni su escuadra de fúlgidos luceros
La tierra envuelva en ceguedad y espanto;
Mas con pasos ligeros,
La luz divina y pura dilatando,
Los va al ocaso umbrífero lanzando.
  Y en el diáfano cielo coronada

De rutilantes rayos vencedora
Se desliza corriendo:
Con la llama rosada
Que en torno lanza, el bajo mundo dora,
A cada cosa su color volviendo.
El campo recogiendo
El alegre rocío, de las flores
Del hielo de la noche desmayadas,
Tributa al almo cielo mil olores:
Las aves acordadas
El cántico le entonan varïado,
Que su eterno Hacedor les ha enseñado.
En el egido el labrador en tanto
Los vigorosos brazos sacudiendo
A su afan se dispone;
Y entre sencillo canto,
Ora el ferrado trillo revolviendo
Las granadas espigas descompone:
O en alto monton pone
La mies dorada que á sus trojes lleve:
O en presto giro la levanta al viento,
Que el grano purgue de la arista leve,
Con su suerte contento;
Mientras los turbulentos ciudadanos
Libres se entregan á cuidados vanos.
Yo solo ¡miserable! á quien el cielo

Tan gravemente aflige, con la aurora
No siento ¡ay! alegría,
Sino mas desconsuelo.
Que en la callada noche al menos llora
Sola su inmenso mal el alma mia;
Atendiéndome pia
La luna los gemidos lastimeros,
Que á un mísero la luz siempre fue odiosa.
Vuelve pues rodeada de luceros,
O noche pavorosa,
Que el mundo corrompido ¡ay! no mereco
Le cuente un infeliz lo que él padece.

Tú con tu manto fúnebre, sembrado
De brillantes antorchas, entretienes
Los ojos cuidadosos;
Y al mundo fatigado
En alto sueño silenciosa tienes.
Mientras velan los pechos amorosos,
Los tristes, solo ansiosos
Cual estoy yo de lágrimas y quejas,
Para mejor llorar te solicitan;
Y cuando en blanda soledad los dejas,
Sus ansias depositan
En tí, ó piadosa noche; y sus gemidos
De Dios tal vez merecen ser oidos.

Que tú en tus negras alas los levantas;

Y con clemente arrebatado vuelo
Vas y ante el solio santo
Las rindes á sus plantas:
Y con clemente fervoroso vuelo
Que ledo templa el mas amargo llanto.
Aunque el fiero quebranto
Que este mi tierno corazon devora,
Por mas que entre mil ansias te lo cuento,
Por mas que el cielo mi dolor implora,
No amaina, no el tormento:
Ni yo ¡ay! puedo cesar en mi gemido,
Huérfano, joven, solo y desvalido.

Mientras tú, amiga noche, los mortales
Regalas con el bálsamo precioso
De tu süave sueño,
Yo corro de mis males
La lamentable suma; y congojoso
De miseria en miseria me despeño,
Cual el que en triste ensueño
De alta cima rodando al suelo baja.
Asi en mis secos párpados desiertos
Su amoroso rocío jamas cuaja:
Que en mis ojos, de lágrimas cubiertos,
Quiérote empero mas, ó noche umbría,
Que la enojosa luz del triste dia.

## ODA XXV.

### EN LA MUERTE DE NISE.

¿Qué son tan triste lastimó mi oido?
¡Qué antorchas melancólicas, qué lutos,
Qué cánticos dolientes,
Qué lloro es este, qué tropel de gentes?
¡Ay! ay! la pompa fúnebre de Nise,
De la inocente Nise, que á la vida
Robó en su albor primero
De la parca cruel el golpe fiero.
Cuando empezaba florecilla tierna
Su aroma á derramar; y el alma pura
A la impresion abria
Primera del placer que le reia:
Cuando orgulloso en poseerla el mundo,
Preparándola cultos la fortuna
Mas dulce la adulaba,
Y el tálamo nupcial fausta le ornaba:
Cuando sus gracias, su sensible pecho,
Su amable sencillez.... la muerte impia
¡Ay! presa en ella hizo;
Y en polvo y humo todo se deshizo.
No ha nada yo la vi con planta airosa

La tierra despreciar: yo vi sus ojos
Arteros, rutilantes,
Y en sus labios las risas revolantes.
  La vi de la discreta Galatea
Al lado en la carroza mil cautivos
Hacerse: ¡oh! qué donoso
Semblante! ¡qué agasajo tan gracioso!
  ¡Ilusion triste de la ciega mente!
¿Qué fue de todo ya? ¿quién te dijera
¡O Nise! en aquel dia
Que la tumba á tus pies el hado abria?
  ¿Quién que á tus padres de perenne duelo
Causa infausta crecias? ¿ni á mi musa
Que cuando te cantase,
Tus exequias llorando celebrase?
  Mas no, llorar no debe: venturosa
Rápida pasagera en plazo breve,
La orilla abandonada,
En blanda paz acabas la jornada.
  Hallaste amargo de la vida el cáliz;
Y dél huyendo el inocente labio,
Mas beber no quisiste;
Y azorada en la tumba te escondiste.
  Tu alma feliz sin conocer del mundo
Los lazos, las traiciones, voló al cielo,
Do como virgen pura

De eternal palma goza ya segura.
  Y entre mil celestiales compañeras,
Los conciertos armónicos siguiendo,
Coronada de flòres
Rinde al Señor altísimos loores.
  ¡Nise! reposa en paz: mas si á la gloria
Do ries suben mundanales ansias,
Blanda oye estos gemidos
Por toda alma sensible á tí debidos.

## ODA XXVI.

AL CAPITAN DON JOSEF CADALSO,
DE LA SUBLIMIDAD DE SUS DOS ODAS
A MORATIN.

De pompa, magestad y gloria llena
Baja, sonora Clio,
Y heróico aliento inspira al pecho mio
Con fausto soplo y redundante vena,
Para que cante osado
El verso de Dalmiro arrebatado.
  Arrebatado al esplendente cielo,
Y á los dioses que atentos
A lo sublime estan de sus acentos;
Dicha tal envidiando al bajo suelo,

Que goza en el poeta
Su gloria, su delicia y paz completa.
Y las fúlgidas mesas olvidando
Que Jove presidia,
El néctar abandonan y ambrosía
Bajando todos de tropel volando;
Y aun Jove al verse solo
Tambien se inclina desde el alto polo,
A gozar transportados los loores
Que de Moratin [1] canta
El que al divino Herrera se adelanta:
Y tal vez algun dios de los menores
Cual Bacante furiosa
La cítara acompaña sonorosa.
¿Mas qué sacro furor hierve en mi pecho
Que entró sin ser sentido,
Y en sobrehumano fuego me ha encendido?
Ya el orbe inmenso me parece estrecho,
Y mi voz mas robusta
Al número del verso no se ajusta.
Cual suele el sacerdote arrebatado
Del claro dios de Delo
Mirar con faz ardiente tierra y cielo,
Y el pecho y el cabello levantados

1 D. Nicolas Fernandez de Moratin, insigne poeta y amigo suyo.

Con sus voces espanta
La trípode oprimiendo con la planta:
  Asi yo tiemblo, y el furor que siento
Me inspira que le cante,
No blandiendo el acero centellante,
La roja cruz al pecho que ardimiento
Da al pundonor hispano,
Huyendo al verla el bárbaro africano:
  No en el caballo que del dueño siente
El poderoso mando,
Tascando espumas y relinchos dando;
Y el casco bate, y gózase impaciente,
Cuando al son de las trompas
Su escuadron rige entre marciales pompas.
  Mas sí pulsando la grandiosa lira
Con el marfil agudo
Que hombres y fieras domeñar bien pudo:
O cuando en ayes flébiles suspira,
Tu muerte, Filis, llora,
Y al sordo cielo en tu favor implora.
  Al sordo cielo, que ordenado habiera
Que el vil suelo dejases,
Y á su alto asiento exhalacion volases:
Planta fugaz de efímera carrera
Que con el sol florece,
Y con su ocaso lánguida fenece.

Ceñida de laurel la sien gloriosa,
Que Febo agradecido
Sirviéndole las musas ha tejido;
Y á la alma Vénus de mirar graciosa
Que con divina mano
Un mirto enlaza al lauro soberano:
Con los dioses menores que le cercan,
Y él trinando entre todos
Con blando acento y lamentables modos;
Atónitos algunos no se acercan,
O en planta van callada,
Por no turbar su música extremada.
¿Cuál claro vate por el ancho mundo
Feliz lograra tanto?
¿Cuál pudo de los dioses ser encanto,
No ya de los del tártaro profundo,
Sino de las mansiones
Do suben pocos ínclitos varones?
Orfeo y Anfion tanto ensalzados,
Que en dulce son llevaban
Hombres, fieras y aun riscos do gustaban,
Y el que los hondos piélagos alzados
Calmó á su blando acento,
Y la vida salvó por su instrumento:
La cítara de Píndaro divino,
Y la trompa de Homero,

Y el claro cisne que cantó guerrero
Las armas y el varon que á Italia vino,
Atónitos atiendan,
Y á herir, Dalmiro, el plectro de tí aprendan.
  Las dulces moradoras de Hipocrene
No con labio canoro
Únicas sigan tu vihuela de oro,
Cuando su trino, rubio Cintio, llene
Los cielos de alegría,
Pues ya un mortal semeja su armonía.
  Y tú salve, poeta soberano,
Y con nueva corona
Tu frente se orne, ó gloria de Helicona;
La patria te la ponga por su mano,
Y en su amor tú encendido
Con tus versos la libre del olvido.
  Salve, ó Dalmiró, salve, y venturoso
De mil varones claros
Las ínclitas virtudes y hechos raros
Sublime canta en verso numeroso. [1]
Tu fama hinchendo el suelo
Rauda se encumbre al estrellado cielo.

1 Trataba de celebrar á los varones mas ilustres de España asi en armas como en letras, imitando á Lope de Vega en su *Laurel de Apolo.*

## ODA XXVII.

### EN UNA SALIDA DE LA CORTE.

Oh! ¡con qué silbos resonando aflige
El aquilon mi oido! en negras nubes
Encapotado el cielo
El rápido huracan revuelve el suelo.
El blando otoño se amedrenta, y cede
Al invierno sañudo, que entre nieblas
Alza su frente umbría
Por la enriscada cumbre del Fuenfría.
Cesan mudas las aves, largas lluvias
Inundan los collados, á un torrente
Otro torrente oprime;
Y el lento buey con el arado gime.
Oigo tu voz, Minerva: ya me ordenas
La corte abandonar por el retiro
Pacífico y el coro
De divinos poetas. El canoro
Cisne de Mantua y el amable Teyo,
La dulce abeja del ameno Tibur,
Laso y el culto Herrera
Del Tórmes á la plácida ribera
Me arrastran; y tú en lauro coronado,

O gran Leon, que tu laud hiriendo
Tierno en el bosque umbrío
Frenaste el curso al despeñado rio.
  La falsa corte y novelero vulgo
Desdeña el númen: los tendidos valles
Y el silencio le agrada,
Y la altísima sierra al cielo alzada.
  En ocio y paz de la verdad atiende
Alli la augusta voz, el alma dócil
Su clara luz recibe,
Huye el error, y la virtud revive.
  Y al cielo alzados los clementes ojos,
Le seña con la mano la ardua cumbre
Do la gloria se asienta,
Y á su lauro inmortal el pecho alienta.
  Con vuestra llama inflamaré mi acento,
O blandos cisnes de Helicon! y alegre
Burlaré del obscuro
Pluvioso Enero en el hogar seguro:
  Que tambien algun dia silbó el Noto
Sobre vuestras cabezas; y aterido
Tambien quiso el invierno
El eco helar de vuestro labio tierno.
  Ay! ¡qué dura en el mundo! al albo dia
La noche apremia: desparece el año;
Y juventud graciosa

Cede fugaz á la vejez rugosa.
¿A qué afanar para un instante solo?
Ya me acecha la muerte; y ni los ruegos
Enternecen la cruda,
Ni hay escapar de su guadaña aguda.
Ella herirá, y en el sepulcro umbrío
Polvo y nada entraré; sin que mas deje,
¡O amargo desconsuelo!
Que un nombre vano y lágrimas al suelo.

## ODA XXVIII.

### AL OTOÑO.

Fugaz Otoño, tente,
Que embriagada en placer el alma mia
Con tu favor se siente;
Y en su dulce alegría
Porque atras tornes, votos mil te envia.
Tente; deja que goce
Tu plácida beldad feliz el suelo,
Y el hombre se alboroce,
Viendo cual colma el cielo
Con tu abundancia ópima su desvelo.
No atiendas, ó corona
Deliciosa del año, eterno esposo

De la amable Pomona,
No atiendas desdeñoso
El ruego de los hombres fervoroso.
  Por tí la selva y prado
De hojas viste y de flores Primavera;
Y en Estío abrasado
Con mas ardua carrera
Se pierde el dia en la luciente esfera.
  Todas las estaciones
Te sirven á porfia, y dadivosa,
Desparciendo sus dones,
Tu mano con vistosa
Profusion orna el mundo cariñosa.
  Yo cantaré tus bienes,
Padre de la abundancia, coronado
De pámpanos las sienes,
Entre parras sentado
Al rayo bienhechor del sol templado:
  Ocioso, en paz süave,
De vil adulacion libre el oido,
Lejos la rota nave
Del golfo embravecido,
Y en tu belleza el ánimo embebido.
  ¿Qué perfumes? ¿qué olores
Lleva el aura en sus alas? ¿qué verdura
Es esta y tiernas flores?

¿Qué rica vestidura
Cubre súbito el suelo de hermosura?
Do quier me torno veo
Mil delicados frutos: la granada
Brinda hermosa al deseo;
Y en la rama colgada
Mece el viento la poma sazonada.
Los huertos, las laderas
Brillan en mil colores á porfía:
Las aves lisonjeras
Hinchen con su armonía
De deleite los pechos y alegría.
El rústico inocente
De su sudor el fruto con usura
Recoge diligente;
Y ponderar procura
Con sencillas palabras su ventura.
O en mas altas canciones
Tus dones, rico Otoño, alegre dice;
Los celestiales dones
Con que le haces felice,
Y en su grato entusiasmo te bendice.
Que tú su pecho llenas
De gozo y confianza; y al futuro
Arado y á las penas
Del ejercicio duro

Le haces volar en corazon seguro.

A tí solo armoniosa
Mi lira ensalzará, no los ardores
Del leon, ó la ociosa
Estacion de las flores,
Ni del sañudo Invierno los rigores.

Ensalzará cantando
Tu belleza, tu calma, tu frescura;
Mientras su hervor templando
Deja el sol que segura
Trisque y vague en el prado la hermosura.

Arrebolado el cielo,
La atmósfera tranquila, manso el rio,
Del viento el leve vuelo
Y el soto verde umbrío
Saltar hacen de gozo al pecho mio.

¿Mas qué insanos clamores?
¿Qué algazara de súbito ha sonado?
Ya de vendimiadores
Las lomas se han poblado,
Y el dios del vino la señal ha dado.

Remuévense las cubas:
Entre confusas voces y tonadas
Las sazonadas uvas,
Del vástago cortadas,
Danzando son del pisador holladas.

El tórculo resuena:
En purpúreos arroyos espumante
El mosto el lagar llena;
Y con grita triunfante
Corre en torno, y lo aplaude el tierno infante.
Todo es risas y gozo:
La sencilla rapaza á su querido
Halaga sin rebozo,
O con desden fingido
Sus brazos huye, y déjale corrido.
La cándida alegría
Vaga de pecho en pecho, celebrado
En coros á porfía
El néctar regalado,
En que el tierno racimo se ha tornado.
Ven pues, ó dios del vino!
Ven, que todos te llaman calurosos
Con tu licor divino;
Y rige sus dudosos
Pasos y sus cantares licenciosos.
Ven, que ya de occidente
Silban las tempestades; y ya el cielo
De tiniebla inclemente
Cubierto, el desconsuelo
Del aterido Invierno anuncia al suelo.

## ODA XXIX.

QUE ES LOCURA ENGOLFARSE EN PROYECTOS Y EMPRESAS DESMEDIDAS, SIENDO LA VIDA TAN BREVE Y TAN INCIERTA.

Huye, Licio, la vida,
Huye fugaz cual rápida saeta
Del arco despedida,
Cual fúlgido cometa
Que al ciego vulgo pavoroso inquieta.
Ensueño desparece,
Niebla del sol al rayo se derrama,
Sombra se desvanece,
Y espira débil llama,
Que apaga un soplo, si otro soplo inflama.
¿Qué fue de los pasados
Hervores del amor? ¿de la alegría
Y cantos regalados,
Y ufana lozanía
En que tu seno y juventud bullia?
Nada quedó: la rosa,
Que un dia cuenta en su vital carrera,
Renace mas hermosa,
Cuando la primavera

Rie purpúrea en la celeste esfera.
  El bosque á quien impío
Ábrego roba su gentil belleza
Con nuevo señorío
La entoldada cabeza
Levanta, y á brillar con Mayo empieza;
  Grato asilo á las aves,
Que en su verde follage en voz canora
Trinando van süaves;
Y en sombra bienhechora
Brinda al cansancio que á Morfeo implora.
  Solo el vital aliento
Pasa, y no tornará: tu clara mente,
Y este mi llano acento
Por siempre al inclemente
Orco irán, que á los pies temblar se siente.
  Él su boca insaciable
Abre inmenso, y sepulta en sus horrores
A par del miserable,
Del mundo á los señores,
Y al seno virginal bullendo amores.
  Recoge pues el vuelo.
De árboles tanta copia derramada
Con que abrumas el suelo,
La casa alta, labrada,
De mármoles lustrosos adornada,

La extrangera vajilla,
Tanto milagro del pincel, y tanta
Costosa maravilla,
Que los ojos encanta,
Y en que á natura el arte se adelanta;
Todo, cuando ominoso
Te hunda en la tumba inexorable el hado,
Lo dejarás lloroso:
Solo ¡ay desventurado!
De un lienzo vil tu cuerpo rodeado.
Sin que en tu inmenso duelo
Ni el alto grado do te alzó la suerte,
Ni tanto claro abuelo,
Basten á guarecerte
Del dardo inevitable de la muerte:
Entrando en pos gozosa
La mano á derramar de un heredero
Cuanto hoy junta afanosa
De alhajas y dinero
La tuya, en feudo grave al mundo entero.
¡Y aun te agitas y sudas,
Y en negocios te engolfas noche y dia,
Planes, empresas mudas;
Y en eterna agonía
De inerte culpas la prudencia mia!
Mejor será que imites

Esta feliz prudencia: en lo presente
La esperanza limites;
Y cedas al torrente
Que nos arrastra, como yo paciente.
Un velo denso, oscuro,
Que en vista humana traspasar no cabe,
Envuelve lo futuro;
Y el cielo en triple llave
Lo guarda, que abrir solo el tiempo sabe.
Asi pues sin rüido
Dias y casos presurosos vuelen,
Tú en pacífico olvido;
Y otros teman y anhelen,
O en la corte falaz míseros velen.
Minerva nos convida,
Dándonos la amistad su dulce abrazo:
Sin duelo de la vida
Llegarse el fatal plazo
Miremos, Licio, en su genial regazo.

## ODA XXX.

### CONSEJOS Y ESPERANZAS DE MI GENIO EN LOS DESASTRES DE MI PATRIA.

Tus alas de oro de felice vuelo
Dame, ó Genio divino,
A quien impuso favorable el cielo
Velar en mi destino.
Huiré veloz de esta llorosa tierra
A otra region mas pura,
Do libre y lejos tan infanda guerra
Respire en paz segura.
Do quier incendios, crímenes, gemidos,
Sangre y muertes, y horrores,
Y tigres miro, sin piedad ni oidos
Al ruego y los clamores.
¡Execrable maldad! ciego el ibero
De un furor inhumano,
Fulmina impío el reluciente acero
Contra su propio hermano.
Sopla la inmensa llama en faz aleve
La anarquía orgullosa,
Y el sello forja que su frente lleve
De servidumbre odiosa:

Aguijando con fiera gritería
Del vulgo atroz la saña.
¿Será ¡ay! que llegue el postrimero dia
A la infeliz España,
Asi dispuesto por egemplo al mundo
Y á todas las edades
Del cielo, airado en su saber profundo
Contra nuestras maldades?
¿Y su nombre otro tiempo tan temido,
Y su prez y alta gloria,
Blason tanto y afan esclarecido,
Que engrandece la historia
De nuestros padres, y feliz la Fama
De las puertas de oriente
Con su trompa inmortal volando aclama
Al lóbrego occidente,
Al hondo olvido irán por la laxeza
De sus degenerados
Bastardos nietos, en la vil pobreza
Y el oprobio abismados?
¡Y á ultraje tanto á la enemiga suerte
En su encono inflexible
Guardarme plugo, sin ahogar la muerte
Mi corazon sensible!
Tus alas, paraninfo, vagarosas
Dame, dame benigno:

A las esferas treparé lumbrosas,
Y huiré este suelo indigno;
  Donde al delito entronizado veo,
La virtud lacerada,
La verdad santa del error trofeo,
Y la inocencia hollada.
  O vide, o pareciome que á mi anhelo
Mi Genio condolido,
Raudo bajando del excelso cielo
Asi sonó en mi oido:
  Firme sosten y con serena frente,
Que nunca al pecho entero
Hundió la tempestad, pasa el torrente,
Y él se alza muy mas fiero.
  Seguirá el sol tras la tiniebla obscura;
Y á la discordia que ora
Trastorna el mundo, tu constancia apura,
La paz consoladora.
  Hela cual íris asomar radiante,
Y á su luz las naciones
Al fausto cielo en júbilo incesante
Colmar de bendiciones.
  Vuelto el ibero de su error impío,
Y en el hogar colgado
El acero fatal, su ceño umbrío
Verá en amor tornado:

Con lazo firme y fraternal unirse
Su juventud lozana;
Y á una todos con lágrimas reirse
De esta cólera insana.
Plácidos dias de inmortal contento
Correrán y reposo,
Cual en pos del invierno turbulento
Asoma Abril hermoso:
Y de su helado sueño despertando
Parece que revive
El ancho suelo con su aliento blando,
Y un nuevo ser recibe.
Tú el choque en tanto con inmóvil planta
Resiste del destino,
Que asi las olas hórridas quebranta
Escollo al mar vecino.
Ruedan en tumbos mil, con rabia fiera
Su erguida frente hieren,
Instan, bátenlo, tornan, y en ligera
Niebla deshechas mueren.
Tu asilo sea tu constante pecho,
Inaccesible muro
Al miedo, al interes, á un vil despecho;
Y alli espera seguro,
Mientras que el cielo plácido se ostenta;
Y un viento mas süave

Lleva al puerto en tan áspera tormenta
La malparada nave.
  Dijo, y desapareció..... Tu aviso santo
Dócil y humilde sigo,
O Genio celestial; séme tú en tanto
Guarda y potente abrigo.

## ODA XXXI.

A MI AMIGO DON MANUEL MARIA CAMBRONERO, POR SU SENSIBILIDAD Y SU AMOR A LA PATRIA.

ESCRITA EN DICIEMBRE DE 1813.

¡Oh qué don tan funesto
Es, Fabio mio, un corazon sensible!
Cual débil muro puesto
De un mar airado al ímpetu terrible.
  Siempre inerme y desnudo
Al punzante dolor, mal reparado
Contra su dardo agudo,
Va quien lo abriga sin cesar llagado.
  Pues cual vivaz espejo
Que cuantas formas fúlgido recibe
Nos presenta en reflejo,
En él grabado el mal ageno vive.
  Tierno padre y esposo

Por su grey cara próvido se azora,
Hijo humilde y cuidoso
Sus canos padres padeciendo adora.
De cuantos seres ama
La aciaga suerte el ánimo le oprime;
Por su patria se inflama
De santo amor, y en sus angustias gime.
Hombre ve esclavo al mundo
Del error y la odiosa tiranía;
Y en su duelo profundo
Sin la virtud su ser maldeciria.
Sufren el bruto, el ave
Del aterido invierno la aspereza,
Y á sus ansias no sabe
Solícita negarse su terneza.
Cuantos objetos mira,
Tantos le llevan desvelado el pecho,
Y por todos suspira,
Y anhela y tiembla en lágrimas deshecho.
Bien cual tú, Fabio mio,
Cuyo sensible corazon padece
Por cuanto el hado impio
Ora aciago á nuestra patria ofrece.
Vesla su paz perdida,
Su augusto nombre y su blason ajado,
Y con tu propia vida

Tornarle ansiaras su esplendor pasado.
  De mil hijos que anhelan
Servirla fieles y de sí aun separa,
Las cuitas te desvelan;
Y del tuyo su bien tu amor comprara.
  Del encono ominoso,
Que en ella atiza la discordia impía,
El término azaroso
Tu seno abisma en mísera agonía.
  Y allá en tu clara mente
No hay mal que sufra, que infeliz la amague,
Porque tu amor ferviente
No gima, y feudo en lágrimas le pague.
  Ella podrá engañada
Lanzarnos, Fabio, de su amado seno,
Nuestra fortuna hollada,
De oprobrio el nombre y de calumnias lleno.
  Podrá hacer que bebamos
El cáliz hasta el fin de la amargura;
Que míseros gimamos
En horfandad y en indigencia dura.
  Mas hacer jamas puede
Que nuestro honrado pecho la desame;
Ni aunque el suelo nos vede,
Que madre el labio sin cesar la llame.
  Madre que ilusa ó ciega

La espalda vuelve á nuestro justo ruego;
Y á escucharnos se niega,
Cuanto es mas puro nuestro noble fuego.
  Empero en quien perdidos
Los ojos fijarémos espirando,
Mas y mas á ella unidos:
En trance tal aun su ventura ansiando.

## ODA XXXII.

QUE LA FELICIDAD ESTÁ EN NOSOTROS MISMOS.

No es, Julio, la riqueza
El oro amontonado;
Ni huye la dicha de un humilde estado;
La dicha, amiga aun de la vil pobreza.
  Ten acorde á tu suerte
Sin césar el deseo:
Frena un ciego anhelar, el devaneo
Que en la nada hundirá luego la muerte;
  Y alegre y venturoso
Adularán tu seno,
Ora de nubes y zozobras lleno,
La blanda paz, el celestial reposo.
  Providente natura
Para tu bien presenta

Do quier placeres fáciles, y ostenta
Tierna madre á tus ojos su hermosura.
  Escoje: un claro dia,
El sol que con su llama
Señor del cielo el universo inflama,
Y la beldad le torna y la alegría:
  El viento que bullente
Jugando entre las flores
Regala tu nariz con sus olores,
Y el pecho te dilata dulcemente:
  Las flores que embelesan
Con sus galas vistosas,
Las abejas volando entre las rosas,
Que abrazados sus vástagos se besan:
  El incesante trino
Con que avecilla tanta
Su gozo explica, sus amores canta;
De Filomena el suspirar divino;
  Y hasta en la noche oscura
El sin fin que en su velo
Arde de luces y tachona el cielo,
Del sol mismo emulando la hermosura:
  Si bien sabes mirarlo,
Todo alegrarte puede;
Que á todos y sin precio se concede,
Porque todos á par puedan gozarlo.

Ni hay alfombradas salas,
O riquezas iguales;
Ni llegan los alcázares reales
A pompa tanta y naturales galas,
O mas grato embebece
Un armónico coro,
Que el arroyuelo de cristal sonoro,
Que serpëando el ánimo adormece,
Salta y rie, y la vista
Con mágico atractivo
Deslumbra y fija: ¿en su bullir festivo
Qué pecho habrá que al júbilo resista?
El llanto mismo, el llanto
En que un llagado pecho
Prorumpe á veces ¡oh dolor! deshecho,
Aun tiene su placer, y es un encanto.
El alma que oprimida
Siente ahogarse en su pena,
Con sus lágrimas dulces se serena;
Y entre ellas torna á recobrar la vida.
Bien como el caminante
Que en medio la agria cuesta
Aliento toma, y á doblar se apresta
Su cima que enriscada ve delante.
Veces mil, Julio mio,
Lo llevo asi probado.

¡Triste ¡ay! de aquel á quien maligno el hado
Abisma en un dolor mudo y sombrio!
Que siempre, siempre al cielo
Torvo hallará y sañudo;
Ni jamas del dolor el dardo agudo
De su pecho arrancar verá al consuelo.
No pues, necio, te exhales
En quejas ominosas:
Que nosotros labramos, no las cosas,
Si bien lo estimas, nuestros crudos males.

## ODA XXXIII.

### QUE NO SON FLAQUEZA LA TERNURA Y EL LLANTO.

¿Te admiras de que llore?
¿De que mi blando pecho
Brote en lluvia de lágrimas deshecho,
Y al santo cielo tan ferviente implore?
No femenil flaqueza,
Ni torpe cobardía
Causa á mi lloro son; que el alma mia
Sabe sufrir con rígida entereza.
Y ya un tiempo pudiste
Impávida en los males
Notar mi frente igual: ¿viste señales
De miedo en mí, ni lamentar me oiste?

Hoy por do quier que miro
En eterna amargura
Hallo al mortal gemir: de mi ternura
Mi llanto nace, y por su mal suspiro.
Que un dulce sentimiento
Uniéndome á sus penas,
Me veda ya el mirarlas como agenas:
Y hombre, los males de los hombres siento.
¿Y qué, tu no has probado
El placer delicioso
De llorar, Julio, alguna vez? ¿lumbroso
Te rió siempre el cielo y despejado?
¿Grata siempre tu amante
Oyó tu fe amorosa?
¿Nunca esquiva te huyó, nunca celosa?
Nunca por otro te dejó inconstante?
¿Siempre á tu fino amigo
Miró fausta su estrella?
¿No hirió tu oido su infeliz querella?
¿Ni un desgraciado mendigó tu abrigo?
¿No viste en triste duelo
Tus padres venerandos,
Ni en los horrores de la guerra infandos
Taladas mieses, devastado el suelo?
¡Mísero tú, si entonce
Seco el raudo torrente

Que ora inunda mi faz, de yerta frente
Fuiste á mal tanto y corazon de bronce!
 Pero tu pecho es bueno,
Y condolerte sabes:
No pues de ver al infeliz te alabes
Con ojo enjuto y ánimo sereno.
 A mí no es concedido
Frenar, amigo, el llanto
En su suerte fatal, sensible tanto
Cuanto he casos mas ásperos sufrido:
 Y el que olvidado gime,
O en destierro ominoso,
O á la calumnia y á la envidia odioso,
Tiembla al poder que bárbaro le oprime,
 Siempre mi pecho abierto
Hallarán á su pena,
Siempre mi lengua de consuelos llena,
Y mi rostro de lágrimas cubierto.
 Otro aplauda en buen hora
Su firmeza insensible;
Y roca á la piedad inaccesible
Ria al que triste con el triste llora.
 Que yo obligado al cielo
Del don de mi ternura,
Si no alcanzo á aliviar la desventura,
De llorar logro el celestial consuelo.

## ODA XXXIV.

### A MIS LIBROS.

Fausto consuelo de mi triste vida,
Donde contino á sus afanes hallo
Blandos alivios, que la calma tornan
Plácida al alma.
Rico tesoro, deliciosa vena,
Do puros manan, cual el almo rayo
Que Febo lanza esclareciendo el orbe,
Santos avisos.
Donde Minerva providente zela
Sus maravillas, monumento ilustre
Del genio excelso que feliz me anima,
Libros amados.
Do de los siglos la fugaz imagen,
Donde, natura, tu opulenta suma,
Del seno humano el laberinto ciego
Quieto medito.
Nunca dejeis de iluminarme, nunca
En mi cansada soledad de serme
Util empeño, pasatiempo dulce,
Séquito grato.
Vuestro comercio el ánimo regala

Vuestra doctrina el corazon eleva,
Vuestra dulzura célica el oido
Mágica aduerme.
Cual reverdece la sonante lluvia
Al seco prado, y regocija alegre
La árida tierra, que su seno le abre
Madre fecunda.
Por vos escucho en el Aonio cisne
La voz ardiente y cólera de Ayace;
Los trinos dulces que el amor te dicta,
Cándido Teyo.
Por vos admiro de Platon divino
La clara lumbre; y si tu mente alada,
Sublime Newton, al olimpo vuela
Raudo te sigo.
En la tribuna el elocuente labio
Del claro Tulio atónito celebro:
Con Dido infausta dolorido lloro
Sobre la hoguera:
Sigo la abeja, que libando flores
Ronda los valles del ameno Tibur;
Y oigo los ecos repetir tus ansias,
Dulce Salicio [1].
Viéndome asi del universo mundo

1 El dulcísimo poeta Garcilaso.

Noble habitante, en delicioso lazo
Con las edades que en el hondo abismo
Son de la nada.

Nunca preciados, de la suerte, ó libros,
Lleve mi vida, cesareis de serme,
Ora me encumbre favorable, y ora
Fiera me abata.

Bien me revuelva en tráfagos civiles,
Bien de los campos á la paz me torne;
Siempre maestros de mi vida, siempre
Fieles amigos.

# EPISTOLAS.

# EPISTOLA I.

## AL EXCMO. SR. PRINCIPE DE LA PAZ, EXHORTANDO A SU EXCELENCIA A QUE EN LA PAZ CONTINUE SU PROTECCION A LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.

En alas de la pública alegría
Por la anhelada paz, de gozo llena
A vos llega feliz la musa mia.
  Disculpadla, Señor, si acaso agena
De un delicado acento cortesano
Ruda os saluda, sí de afecto llena.
  Benigno sois, y mirareis humano
A quien solo agradaros fiel procura,
Y en vuestro nombre se complace ufano.
  Del congojoso mando en la amargura
Las dulces Musas que atendais os deban
Alguna vez su armónica dulzura:
  Las celestiales Musas, que nos llevan
En mil nobles ficciones embebidos
Al alto cielo, si su canto elevan;
  O halagándonos blandas los oidos
Saben la vida ornar de alegres flores,
Y hacer gratos del triste los gemidos.

Magas divinas, que colmar de honores
Pueden á un tiempo á quien su plectro suena,
Y á sus tonos responde con favores.
Asi dura inmortal, de olvido agena,
La memoria de Augusto y su valido;
Y el nombre Mediceo el orbe llena.
Llamadlas pues al premio merecido,
Y que las bellas artes reanimadas
Salgan tambien de su infeliz olvido.
Vedlas ir desvalidas, desoladas
Demandando el amparo con que un dia
De gloria se gozaron coronadas.
Dádselo vos; y todas á porfía
Vuestro alto nombre por el patrio suelo
Celebrarán en himnos de alegría.
El cincel, el buril con noble anhelo
Al bronce vida den y al mármol rudo:
Y el compas mida el ámbito del cielo.
Aun mas que protector sed firme escudo
De cuantos sigan, Príncipe, sus huellas,
Que el ingenio sin vos se encoge mudo.
Un tiempo fue feliz, que á las estrellas
En sus brillantes alas sublimado,
Pudo inflamarse entre sus luces bellas,
Y alli tal vez de la Deidad tocado
Imaginó, creó; y osadamente

Logró seguirla en su inmortal traslado:
  Atinando la ley con que la ardiente
Llama del sol á Júpiter camina,
Y alza la luna su nevada frente:
  O al suelo de la esfera cristalina
Bajando, al hombre en su extension perdido
De las ciencias mostró la luz divina.
  Mas hoy mísero yace; y oprimido
Del error gime y tiembla, que orgulloso
Mofándole camina el cuello erguido.
  No lo sufriais, Señor; mas poderoso
El monstruo derrocad que guerra impía
A la santa verdad mueve envidioso.
  En la España feliz su fausto dia
Lucirá puro, cual el orbe llena
De vida el rubio sol y de alegría.
  Es la civil prudencia una cadena
Que enlazada en mil modos altamente,
El seso mas profundo abarca apena.
  La antorcha de las ciencias esplendente
Por ella entre árduos riesgos nos dirige
Del comun bien á la dichosa fuente.
  Del prudente varon la mente rige
Solícita en pos dél; y en su carrera
Hace que el pie jamas dudoso fije.
  Que atienda docil la verdad severa;

Y ansiando aplausos de la dulce fama,
Al grito ria de la envidia fiera.
Adiéstrale á calmar la infausta llama
De las pasiones; ó servir las hace
Del pueblo al bien, que su veneno inflama.
De adulacion la máscara deshace:
El pecho humano á conocer le enseña;
Y con la paz y la virtud se place.
Quien sus avisos útiles desdeña,
Juguete de la suerte desgraciado
En mil tristes errores se despeña.
Mientras quien como vos arde abrasado
En su amor puro, y el oido inclina
De su labio al concento regalado;
En la llorosa tierra la divina
Esencia semejando, venturoso
Sobre las almas por su bien domina:
Y cual se rige en orden misterioso
Este inmenso universo, y blandamente
Se acuerda y gira en círculo armonioso:
La florida estacion, el can luciente,
La escarcha ruda del Enero umbrío,
El rápido huracan, el rayo ardiente,
La grata lluvia, el líquido rocío,
Todo concurre á la comun ventura,
Y ostenta del gran Ser el poderío:

Asî un sabio ministro el bien procura
Universal al pueblo confiado
A sus luces y provida ternura.
Todo á este bien dirijelo acertado:
Sabe aun del mismo mal sacar provecho;
Mientra el pueblo que rige afortunado
Le aclama Padre, en lágrimas deshecho.

## EPISTOLA II.

### Al Sr. D. Gaspar de Jovellanos, dedicandole el primer tomo de poesias el año de 1785.

A tí, querido amigo, las primicias
Ofrece de su voz mi blanda musa,
En prenda cierta de su amor sencillo.
A tí ofrece sus versos, dulce fruto
De la alegre niñez, juegos amables
Que en las orillas del undoso Tórmes
Canté algun dia entre Dorila y Filis
Para templar mi llama, y sus oidos
Regalar con la plácida armonía.
A tí, querido amigo, los consagra,
Cual suele al padre el inocente hijuelo
Con los dones brindar, que su oficioso

Afecto le procura. Tú alentaste
Mis primeros conatos; y el camino
Me descubriste en que marchar debia.
El ardiente Tibulo, el delicado
Anacreon y Horacio á la dificil
Cumbre treparon por aqui; sus huellas
Sigue, dijiste, síguelas sin miedo,
Que Amor y Febo al término te aguardan
Para ceñir tu sien de lauro y rosas.
Quise empezar; y tú con diestra mano
El templado laud poniendo al pecho
Mil armónicos sones repetias,
Enseñándome á herir las dulces cuerdas;
O si tal vez cobarde rezelaba,
Tornar me hiciste á la labor dificil
Con poderoso ruego. A tí debidos
Los frutos son de mi sudor: tú solo
Puedes ser su defensa y firme amparo.
Otros, Jovino, cantarán la gloria
De los guerreros, el sangriento choque
De dos fieros egércitos, los valles
De sangre y de cadáveres cubiertos;
Y la desolacion siguiendo el carro
De la infausta victoria: horrendas, tristes
Escenas de locura que asustada
Mira la humanidad. Otros el vicio

Hiriendo con su azote harán que el hombre
De sí mismo se ria: ó bien al cielo
Su tono alzando explicarán las leyes
Con que en torno del sol la tierra gira,
Quién la luz lleva hasta Saturno, ó cómo
Del desorden tal vez el orden nace,
Y este gran todo invariable existe.
Mi pacífica musa no ambiciosa
Se atreve á tanto: el delicado trino
De un colorin: el discurrir süave
De un arroyuelo entre pintadas flores,
De la traviesa mariposa el vuelo,
Y una mirada de Dorila ó Filis,
Un favor, un desden su voz incitan;
Y reclinado en la mullida yerba
Tranquilo ensayo mil alegres tonos,
Que el valle escucha, y que remeda el eco.
Tú mientras tanto al tribunal augusto
Subes, Jovino; y desde el alto escaño,
Órgano de la ley, sus infalibles
Oráculos anuncias. A tu diestra
Gozosa la Justicia los atiende;
Y á los pueblos la Fama los pregona.
La santa humanidad y el amor patrio
Tu pecho encienden y tus pasos guian:
Y como activo el fuego su ardor presta

A cuanto toca, el duro bronce ablanda,
Y todo en sí lo vuelve; asi tu zelo
De tan clara virtud y amor guiado,
Por los sabios liceos se difunde:
La feliz llama en sus alumnos prende;
Y Madrid goza los opimos frutos
De tu constante afan. ¡Oh! ¡qué de veces
Mi blando corazon has encendido,
Jovino, en él; y en lágrimas de gozo
Nuestras pláticas dulces fenecieron!
¡Qué de veces tambien en el retiro
Pacífico las horas del silencio
A Minerva ofrecimos, y la diosa
Nuestra voz escuchó! las fugitivas
Horas se deslizaban; y embebidos
El alba con el libro aun nos hallaba.
¿Pues qué, si huyendo del bullicio insano
En el real jardin?... ¡Adonde, adónde
Habeis ido, momentos deliciosos!
¡Disputas agradables, do habeis ido!
Tú me llevaste de Minerva al templo,
Tú me llevaste; y mi pensar, mis luces,
Mi entusiasmo, mi lira todo es tuyo.
Borra, tilda, corrige, perfecciona
Lo que empezaste; y de una vez se sepa
Que tú has sido mi numen, ¡ó Jovino!

Y que hijos son de tu amistad mis versos.
¡Oh! ¡cuán alegre el corazon publica
Esta dulce verdad! ¡cómo se goza
Mi tierna gratitud en confesarla!
Sí, tú volviste á mí, cuando ignorado
Yacía y sin vigor en noche obscura
Mi inculto número, los clementes ojos
Con que las artes y el ingenio animas:
Tú extendiste la mano generosa
Para alzarme á la luz; y mi maestro,
Y mi amigo, y mi padre ser quisiste.
Yo desde entonces cual la tierna planta
Del hortelano á los desvelos crece,
Fruto de su cultivo y sus tareas,
A sentir, á pensar por tí enseñado,
Obra soy tuya, y de tu noble egemplo:
Y tuyos son mi nombre y mis laureles.
Si oso trepar al templo de la Gloria
Con generoso ardor: si repetidos
Son de mi lira los acordes tonos
Por nuestros descendientes, cuán süave
Mi gratitud ha de sonar entre ellos!
¡O alegre dia! ¡ó venturoso punto,
Aquel en que se unieron nuestras almas
En tan estrecho y delicioso lazo!
Un pensar, un querer, un gusto, un genio,

Una ternura igual, un modo mismo
De ver y de sentir; todo pedia
Esta union, ó Jovino: todo dobla
Cada dia su encanto, y la hará eterna.
¡Indulgente amistad, placer divino,
Remedo acá en la tierra de la pura
Felicidad de los celestes coros,
Fuente de todo bien, apoyo firme
De la santa virtud! tú sola puedes
Amable hacer la vida, y deliciosa
Nuestra existencia triste: ven, inflama
A Batilo y su amigo; y que los hombres
De tí tomen egemplo en ellos solos.
Tú mis versos dictaste, tú me inspiras,
Y hoy al dulce Jovino los ofreces:
Tú los conserva favorable y guarda
A los lejanos siglos, porque sean
Muestra de tu poder, y á los mortales
Nuestros nombres y amor eternos digan.

## EPISTOLA III.

### Al Excmo. Sr. D. Eugenio de Llaguno y Amirola, en su elevacion al ministerio de gracia y justicia.

En fin mis votos el benigno cielo
Oyó, querido Elpino, y sus anuncios
Felices mi amistad colmados goza.
Te ve en la cima del poder, al lado
Del trono moderar de la alma Temis
Las sacrosantas riendas, de la patria,
De la virtud, el mérito y las letras
En comun beneficio: la alegría
Oye del pueblo al repetir tu nombre,
Tu modesta virtud, tu zelo ardiente;
Y en su entusiasmo á las amigas musas
Ve coronadas de laurel sagrado
Cual suyo celebrar tan fausto dia,
Apolo en medio á su vihuela de oro
Cantando en voz divina tus loores:
Tus loores, Elpino; de las letras
El imperio feliz, de la justicia,
De la blanda equidad, de las virtudes.
Sí, amigo, amanecioles claro un dia.

Amaneció á la patria, que gozosa
De tí anhela su gloria y su ventura.
No ya excusarse tu modestia puede:
Ni de tu pecho al generoso impulso
Negarte es dado; óyela, y mil hijos
Cuyo zelo y saber su cetro tornen
A su antiguo esplendor, dale oficioso.
Tú los conoces, ó á crearlos bastas;
Cual el ardiente sol abre fecundo
El seno en Mayo á mil alegres flores.
Tu genio, tus avisos celestiales,
Tu egemplo los formó; tras tí treparon
Al despeñado templo de las Musas:
De tí oyeran del Pórtico y Liceo
Los nombres venerandos; y les diste
Que dóciles gustasen las lecciones
Del morador de Túsculo elocuente.
Tú de la musa de la historia amantes
Los hiciste tambien; y ante los ojos
De la olvidada Iberia les pusieras
Con docto afan los polvorosos fastos.
Las artes hechiceras con el dedo
Les señalaste; y los encantos nobles
Del cincel, del buril, del engañoso,
Animado pincel por tí preciaran.
Cortesano, filósofo, ministro,

A un tiempo todo, y para todos fuiste.
¿Quién si nó te buscó? ¿quién á tu lado,
Si te escucho feliz (siempre en la dicha
Hallándote ocupado de los pueblos,
O en útil ocio con las dulces musas),
No se inflamó en anhelo generoso
Por trepar á la cumbre do Sofía
Y alma virtud inaccesibles guardan
A los vulgares ojos sus misterios?
¿O quién gozó cual yo de esta ventura?
Tierno muchacho en su divina llama
Tocado el pecho te busqué, y tú blando
A mi rudeza descender quisiste,
Y con diestra oficiosa mis dudosos
Pasos guiar en la dificil senda,
Ora alentando mi cobarde musa,
Ora su voz formando á la armonía
Del hispano laud, tan bien pulsado
Del dulce Laso y el divino Herrera;
Y ora inflamando el desmayado aliento
Con el laurel de inmarcesible gloria,
Que en la remota edad por premio justo
Guardado á anhelo tanto me mostrabas.
¿Con qué tornar mi gratitud sencilla
Podrá tales oficios? ¿dónde voces
Hallar que llenen los afectos tiernos

De mi inflamado corazon? Amigo,
Querido amigo, generoso padre,
No tu modestia mi entusiasmo culpe:
Permíteme gloriar, cantar me deja
Tu sencilla bondad: sepan los hombres
Que te has dignado de llamarme amigo,
Y dirigir mis juveniles pasos;
Que virtud y saber de tí aprendiera.
¡Oh! déte el cielo el galardon debido
A tu indulgente humanidad: que amado
De tus señores y los hombres seas:
Que tu nombre en los siglos con los nombres
De Arístides y Socrates divinos
En uno se venere, y fausto corra
De boca en boca, y de uno en otro pueblo.
Ministro de la paz, déte que goces
De tu amor patrio los opimos frutos
En colmada sazon: por tí animado
Brille el hispano ingenio, cuanto brilla
Puro el sol en la bóveda esplendente.
¡Qué inmensa perspectiva ante tus ojos
De dulce gloria desplegarse veo!
¿Dónde volverlos que extender no puedas
Tu generosa mano? La española
Juventud llora en su rudez sumida;
Y la llama feliz que en ella el cielo

Grato encendió, sin pábulo se extingue.
Dale maestros que sus tiernas almas
Formen á la virtud y al amor patrio.
¡Ah! ¡cuánto, cuánto bien se libra en ellas!
Las casas del saber, tristes reliquias
De la gótica edad, mal sustentadas
En la inconstancia de las nuevas leyes
Con que en vano apoyadas titubean,
Piden alta atencion: crea de nuevo
Sus venerandas aulas: nada, nada
Harás solido en ellas, si mantienes
Una columna, un pedestal, un arco
De esa su antigua gótica rudeza.
Torna despues los penetrantes ojos
A los templos de Temis; y si en ellos
Vieres acaso la ignorancia intrusa
Por el ciego favor, si el zelo tibio,
Si desmayada la virtud los labios
No osaren desplegar, en vil ultraje
El ignorante de rubor cubierto
Caiga; y tú, Elpino, de la santa Astrea
Ministro incorruptible, cabe el trono
Sé apoyo firme de la toga hispana.
Dale, y á tí y á sus amigos caros,
Y al carpentano suelo aquel que en noble
Santo ardor encendido noche y dia

Trabaja por la patria; raro egemplo
De alta virtud y de saber profundo.
¡Pueda abrazarle yo! ¡goce estrecharle
Luego, luego en mi seno, y de sus brazos
A los tuyos lanzarme, Elpino mio,
Extático de gozo al verme en medio
De mis mas caras prendas! no, no tardes
El fausto plazo de tan claro dia.
Débate mi amistad tan suspirada,
Justa demanda, y subiré tu nombre
De nuevo, dulce amigo, al alto cielo.
Tú le conoces; y en sus hombros puedes
No leve parte de la enorme carga
Librar seguro en que oprimido gimes.
  Mientras tu zelo y tu atencion imploran
Los ministros del templo y la inefable
Divina religion. ¡Oh! ¡cuánto! ¡cuánto
Aqui hallarás tambien!....; pero su augusto
Velo no es dado levantar: tú solo
Con respetosa diestra alzarlo puedes,
Y entrar con pie seguro al santuario.
  Vé en él gemir al mísero colono;
Y al comun padre demandar rendido
El pan, querido amigo, que tú puedes
Darle, de Dios imagen en el suelo.
Ve su pálida faz; llorar en torno

Ve á sus hijuelos y su casta esposa.
La carga ve con que espirando anhela,
Mísera carga, que la suerte inicua
Echó sobre sus hombros infelices;
Mientra el magnate con desden soberbio
Rie insensible á su indigencia, y nada
En lujo escandaloso y feos vicios.
Elpino, aqui tu caridad invoco,
Tu generoso corazon: sus ayes
Recoge fiel, sus lágrimas honradas,
Sus justas quejas; y el clemente pecho
Por tí conmuevan del piadoso Cárlos.
Su hollada profesion es la primera,
La mas noble, mas útil: de tí clama
Luces y proteccion; la valedora
Mano le tiende, y sus plegarias oye.
No; ya no es dado rezelar: la santa
Humanidad, la religion, las leyes,
El honor, la verdad, todos te imponen
Tan alta obligacion: habla, importuna,
Clama, y débate el pobre su sustento:
Labren tus velas su dichoso alivio:
Y tus decretos la abundancia lleven
A las provincias que tu nombre adoren.
Helas, helas á tí vueltos los ojos,
Humildes demandarte su anhelada

Felicidad, á su plegaria unido
El indio vago en los inmensos climas
De la ignorada América: tu ingenio
Su tibiez mueva, su pereza aguije,
Alumbre su ignorancia, poderoso
Débiles las ampare, y feliz llene
De espíritu de vida entrambos mundos.

Renazca en ellos la virtud amable,
El candor inocente y fe sencilla
De las costumbres sobre el firme apoyo.
Ellas de nuestros padres bienhadados
La herencia afortunada un dia hicieron:
Del honrado español fueron la gloria.
Consumiolas el tiempo: empresa tuya
Es darles hoy su antiguo poderío,
Y despertar las perezosas almas
Que en sueño indigno y en olvido yacen.
¿Pues qué es ¡ah! de las leyes el imperio?
¿Qué de las armas la funesta gloria,
La opulencia, el poder, la ciencia, el oro
Sin las costumbres? Enojosa llama
Que brilla devastando, y luego muere.
Costumbres pues, costumbres; y á su sombra
Florecerán las leyes olvidadas,
Y ellas solas harán felice al pueblo.

¡Cuánto de tí no espera! ¡qué no puedes

Hacer al lado del excelso amigo,
Cuya feliz prudencia acompañando
Tu íntegra fe, tu zelo generoso,
Juntos marcharais ya con firme planta
Del aula en los difíciles senderos!
Su noble corazon, exento y puro
De plebeyas pasiones, mas de gloria
Lleno y amor al bien, labre contigo
La ventura comun; y unidos siempre
En santa y útil amistad, que tornen
Haced, amigo, los dorados dias
Que al suelo hispano mi esperanza anhela.

## EPISTOLA IV.

### A UN MINISTRO, SOBRE LA BENEFICENCIA.

¿Cómo humilde rendir podrá mi musa
Las gracias merecidas al desvelo
Con que tu tierno corazon acoge
La virtud infeliz al ruego mio?
¿Do acentos hallaré que á mi oficiosa
Gratitud correspondan? ¿dó palabras
Que al vivo, amigo, repetirte puedan
Las bendiciones justas con que al cielo
Sube tu humanidad una inocente

Mísera, desvalida, mas felice
Ya en la esperanza con tu sombra ilustre?
  No, mi musa no basta; y tu sencilla
Modesta probidad huye el aplauso,
Contenta solo en bien hacer, ni menos
La mano presta ofrece al desvalido,
Que cuidadosa retirarla sabe
Para ocultar sagaz el beneficio.
  Amigo, tu bondad tu premio sea.
Ella te haga gustar de aquel secreto
Vivo placer que la acompaña siempre,
Tu espíritu inundando del mas puro
Dulce contento en las calladas horas,
Cuando las almas insensibles oyen
Entre las sombras de la noche triste
La olvidada piedad que las acusa,
Y sus helados pechos estremece.
Ella tu premio sea; en tus oidos
Sin cesar clame, y poderosa te haga
Poner fin á la empresa generosa,
Dando sustento y pan á la viuda,
Al horfánico, tierno y desvalido
Que á ti convierten sus llorosos ojos.
¡Oh! ponte en medio de ellos, si lo puede
Tu ternura llevar: ve su cuitada
Soledad indigente: ve sus manos.

Sus inocentes manos extendidas
Hácia tí, amparo suyo, sombra suya:
Ve sus tristes semblantes, sus gemidos,
Y la alegre esperanza que al mirarte
Baja y conforta sus llagados pechos.
¡O dulce, ó celestial beneficencia!
Virtud, que abarcas las virtudes todas,
Tan rico don, cuan poco conocido,
Tú que al débil mortal con Dios semejas,
Cuya esencia es bondad, de cuyas manos
Contino dones mil al mundo bajan;
Dichoso aquel que egercitarte puede
Sus lágrimas cortando al afligido,
Y en diestra amiga al abatido alzando,
Del comun Padre imagen en el suelo.
Tú, ilustre amigo, mis deseos sabes;
Tú, mi amor á la dulce medianía,
Do en ocio blando, en plácido retiro
Gozo el favor de las benignas musas
Lejos de la ambicion y el engañoso
Mar de las pretensiones, do á la orilla
En tabla débil por milagro escapa
Algun afortunado, y mil zozobran
En inútil leccion; por nada empero
Anhelo alguna vez en la alta cumbre
Mirarme del favor, cual tú te miras,

Sino por enjugar con blanda mano
Su amargo lloro al pobre, y extenderla
Al mérito modesto y desvalido.
Mi tierno pecho á resistir no alcanza
Tan grata tentacion: él fue formado
Para amar y hacer bien; y una corona
Tiene en menos que hacer un beneficio.
  Mil veces tú dichoso, que los puedes
Con larga mano dispensar, y al trono
Subir haces la voz de la miseria,
Gozando cada instante el placer puro,
El intimo placer de que te miren
Como un padre comun los desvalidos.
  No basta, no, ser justo. El juez severo
Que la vara de hierro alzada siempre
Contra el delito, inexorable el rostro
Jamas sintió la compasion llorosa
Llenar de turbacion su helado pecho,
Al ver de un reo el pálido semblante,
Y oir el ronco son de las cadenas,
Odioso debe ser. El sabio triste
Que en áridos problemas engolfado,
Por no aquejar su espíritu insensible
Cierra los ojos, y la espalda torna
Al infeliz que á su dureza clama,
Odioso debe ser. Serlo aun mas debe

El héroe sanguinario que se place
Entre el horror de las infaustas guerras,
Sus feas muertes y alaridos tristes,
La sangre, el polvo y el tronante bronce
Tras un vano laurel. Aquel que sabe
Llorar con el que llora, condolerse
De su suerte cruel, con sus consejos
Hacerle llevaderos sus rigores,
Testificarle la amistad mas viva,
En su seno acogerle compasivo,
Buscarle, hacerle sombra, y en su amparo
Solicito ocuparse, aqueste solo
Es de todos amado, su memoria
Con bendiciones mil corre en las gentes,
Brilla inmortal su gloria, de la tierra
Es delicia y honor, y viva imagen
De la divinidad entre los hombres.
Asi el astro del dia sus tesoros
Derrama liberal, el aura pura
Esclarece, la tierra vivifica,
Templa los hondos mares, y es fecundo,
Benéfico motor del universo.

Mostrarse indiferente á las desdichas,
Doblarlas es; y hacer un beneficio,
De aquel que lo recibe hacerse dueño.
Lo que solo da el hombre, aquello guarda,

Y ni muerte ó fortuna se lo roba.
Salgamos de nosotros: extendamos
A todos nuestro amor; y la suprema
Bienandanza á morar del alto empíreo
El suelo bajará de angustias lleno.
¡Ah! ¿cómo puede ser que en faz serena,
Ni enjutos ojos el magnate mire
Penar al indigente? el tigre fiero,
Si al tigre ve sufrir, manso se duele.
¡Y el hombre es insensible á la miseria!
¡Y en el lujo dormido al pobre olvida!
  Nuestros dias fugaces, sabio amigo,
De amargos ayes, de cuidados llenos
Cual hermanos vivamos. Con la carga
De nuestros males encorvados vamos
Por la dificil senda de la vida;
Aliviémonos pues: al que padece
Redimamos del peso; un infelice
Es un justo acreedor á nuestro auxilio.
A un pecho noble y generoso basta
Ser hombre y desgraciado. ¿Quién no debe
Temer contino la cruel desdicha,
Querido amigo? ¿quién vivió hasta ahora
Sin conocer las lágrimas? mil fieros
Enemigos acechan nuestros dias,
Y el hombre á padecer nace en la tierra.

Ley es sagrada remediar sus males
Segun nuestro poder, y al que en la cumbre
Coloca Dios del mando, alli le pone
Para que en él el triste halle su alivio,
El pobre amparo, el mérito un patrono.
Prosigue pues tu empresa generosa,
O dulce amigo; acábala, y mis voces
Olvidadas no sean con los graves
Cuidados que te abruman noche y dia.
Oye á tu alma sensible: da á la patria
Una familia, y sé segundo padre
De un huérfano infeliz: ambos deudores
Le somos y á la madre desgraciada.
Tú piadoso favor, y yo mis ruegos,
Le debo encarecidos. ¡Oh! ¡lograsen
La suerte favorable cabe el trono,
Que á tu benigno corazon merecen!

## EPISTOLA V.

AL DOCTOR DON GASPAR GONZALEZ DE CANDAMO, CATEDRATICO DE LENGUA HEBREA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, EN SU PARTIDA A AMERICA DE CANONICO DE GUADALAJARA DE MEJICO.

¿Huyes ¡ay! huyes mis amantes brazos,
Dulce Candamo, y entre el indio rudo,

En sus inmensos solitarios bosques
Corres á hallar la dicha que en el seno,
En el fiel seno de tu tierno amigo
El cielo y la amistad te guardan solo?
Surta en el puerto la atrevida nave
Ya las velas fugaces libra inquieta
A los alados vientos; ya impaciente
Clama la chusma por levar el ancla:
Lévala; ciega entre confusas voces,
Salvas y vivas á la mar se arroja.
¡Oh! tente, tente, navecilla frágil,
¿Dó te abandonas?... despeñado el Noto
Mira cual corre la llanura inmensa
Del antiguo oëeano, infausto padre
De borrascas y míseros naufragios.
Los ciegos vados, los escollos tristes,
Las negras nubes sobre tí apiñadas,
Y tanto monstruo que las aguas cria,
Miedo y horror al ánimo y los ojos,
Mira desventurada: cauta el puerto
Torna á ganar, y deja de mi amigo
La venturosa carga. Amigo, vuelve,
Vuelve á mis brazos, y con blanda mano
Mis dolorosas lágrimas enjuga.
Tu ciego arrojo á mi sensible pecho
Se las hace verter.... ¿y mas contigo

Podrán las leyes de un respeto injusto,
La opinion ciega, el pundonor vidroso,
Que la ley santa de amistad? ¿no tienes
Aqui cuanto te debe hacer felice?
¿Tus hermanas, tu amigo....? ¿y de ellos huyes?
¿Y entre bárbaros dicha hallar esperas?
No ingrato, no; la solida ventura
Solo mora en las almas inocentes
Que une amistad con su sagrado lazo.
Solo esta llama celestial los pechos
Hinche de verdaderas alegrías
Y de eterno placer, que en sombra triste
Jamas se anubla de pesar tardío.
Lejos del ciego mundanal tumulto
Tesoros, honras, dignidades, todo
Extraño le es, y con desden lo mira.
¿Aquellas dulces pláticas, aquellas
Intimas confianzas en que á un tiempo
Nuestra razon con la verdad se ornaba,
Y el pecho en entusiasmo generoso
Por la santa virtud movido ardía:
Tantos plácidos dias discurriendo
Del hombre y su alto ser, del laberinto
Oscuro de su pecho y sus pasiones;
Las horas que asentados nos burlaban,
En raudo vuelo huyéndose fugaces,

Ya de un arroyo al márgen, ya perdidos
Por estos largos valles: aquel fuego
Con que tú orabas en favor del pobre,
Víctima triste de enemigos hados;
Y escuchándote yo bañadas vieras
Mis mejillas en lágrimas: las gratas
Disputas nuestras depurando el oro
De la verdad, de las escorias viles
Con que el error y el interes la ofuscan;
Los heróicos propósitos mil veces
Renovados de amarla sobre todo:
Las útiles lecturas, los festivos
Y sazonados chistes.... ¿tantas, tantas
Celestiales delicias en mis brazos
Detenerte no pueden? ¿ó es que esperas
Hallar acaso en los remotos climas
Otro amigo, otro pecho como el mio?
¡Ah! que ciego te engañas: ¡ah! que triste,
Solo, aburrido, despechado, un dia
En tu abandono y tu dolor perdido
Me has de llamar; y los turbados ojos,
Turbados de llorar hácia estos valles
Volverás, que ora ¡ó mísero! abandonas.
Sí, sí, los volverás; y en ruego inútil
Demandarás el olvidado nombre,
Mis cariños, mis brazos.... ¿mas qué digo?

Yo le ruego; y la nave ya ligera
Con sesgo vuelo por el mar cerúleo,
Atras dejando la galaica playa,
Hiende las olas espumosas, y huye
Como el viento veloz. Querido amigo,
Mitad del alma mia, compañero
De mi florida juventud, amparo,
Consuelo de mis penas, de virtudes
Y de bondad tesoro inagotable,
Y archivo fiel de mis secretos tristes,
Ve en paz, navega en paz: próvido el cielo
Sobre tí vele; y tus preciosos dias
Fausto conserve para alivio mio.
Consérvelos el cielo; y de su trono
El Dios clemente que en tu pecho puso
El heróico propósito, y te arranca
De la querida patria y mi fiel seno,
Por mil afanes y peligros rudos
Alegre sus delicias conmutando,
Con mano poderosa te sostenga
Salvo del mar en el inmenso abismo.
A su benigno omnipotente imperio
Los raudos vientos su furor enfrenen;
Y aquellos solo blandamente soplen
Que al puerto afortunado te encaminen:
Cual corre al grato albergue la paloma

Buscando fiel su nido y sus hijuelos.
 Él puede; y yo le ruego fervoroso:
No, mis ardientes súplicas, nacidas
De inocente amistad, de fe sincera,
Vanas ¡ah! no han de ser, que Dios atiende
Grato al que ruega por el dulce amigo;
Y ante su trono subirán mis voces,
Cual el fragante aroma de las aras
En sacrificio acepto. Y tú que llevas
En mi amigo esta vez, vasto ocëano,
Mi vida y la mitad del alma mia
Librada á tus abismos, las sonantes
Alzadas olas calma por do fuere
La frágil navecilla que conduce
Tan sagrado deposito á las playas
Del opulento mejicano imperio.
¡O padre venerando! ayuda fácil
Su árduo camino: mis plegarias oye;
Y lejos dél la tempestad ahuyenta.
Yo agradecido con sonante lira
Te cantaré por siempre de los mares
Supremo Rey; y en himnos reverentes
Subiré á las estrellas tus loores.
Favorable le ampara, que no loca
Presuncion, ni osadía temeraria,
O ciega sed de atesorar, mas solo

La tierna humanidad, el vivo anhelo
De conocer al hombre en los distintos
Climas, do sabio su Hacedor le puso,
Y de ilustrarle el zelo generoso
A tan remotas tierras le arrebatan.
¡Tierras dichosas, que esperais gozarle!
¡Cuál os envidio! ¡cuánto! ¡y qué tesoro
En él os va de probidad sencilla!
¡Ah! ¿por qué este tesoro á mí se roba?
¡Ah! si unidos alientan nuestros pechos,
¿Por qué mares inmensos nos separan?
¿Cómo, querido amigo, al lado tuyo
Partícipe no soy de tus fortunas?
¿Por qué, por qué mi espíritu angustiado
Su inmenso mal no ha de llorar contigo?
¿Por qué contigo no verán mis ojos,
No estudiarán ese ignorado mundo,
Tantas incultas, peregrinas gentes?
¡Oh! ¡á tu mente curiosa qué de objetos
Van á ostentarse! ¡cuánta maravilla
A ese tu genio observador aguarda!
Otro cielo, otra tierra, otros vivientes,
Plantas, árboles, rios, montes, brutos,
Insectos, piedras, minerales, todo,
Todo nuevo y extraño; ¡cuán opimos!
¡Cuán ricos frutos cogerá tu ingenio!

Tu ingenio conducido á la luz clara
De la verdad en su sagaz examen.
  Sacia la ardiente sed: admira, estudia
La gran naturaleza; y con divina
Mente su inmensidad feliz abarca:
Sus vinculos descubre; y un hallazgo
Sea cada paso que en sus reinos dieres.
Miéntras yo ¡ay Dios! en mi dolor profundo
Perdido y solo, de esperar cansado,
Cansado de sufrir, victima triste
De mil ciegas pasiones, estos valles
Vago sin seso; y despechado imploro
La muerte con los tristes perezosa.
Que de tí lejos, fiel amigo, ¿dónde
Podrá alivio encontrar el alma mia?
¿Dónde aquel zelo de mi bien, aquellos
Saludables avisos que templaban,
Cual un divino bálsamo, las penas
De mi pecho, hallaré?.... mudo y lloroso,
Solitario, aburrido, los felices
Lugares correré, donde solias
Mi gozo hacer un tiempo y mi ventura.
Iré al aula, á tu estancia: el nombre tuyo
Repetiré llamándote; y mi anhelo
Solo hallará por tí dolor y llanto.
  ¡Ay! ¡en qué amarga soledad me dejas!

¡Ay! ¡qué tierra! ¡qué hombres! la calumnia,
La vil calumnia, el odio, la execrable
Envidia, el zelo falso, la ignorancia
Han hecho aqui, lo sabes, su manida,
Y contra mí infeliz se han conjurado.
¿Podré ¡oh dolor! entre enemigos tales
Morar seguro sin tu amiga sombra?
¿Podré un mínimo punto haber reposo?
¿Gozar un solo instante de alegría?
Dichoso tú, que su letal veneno
Logras seguro huir, y entre inocentes,
Semibárbaros hombres las virtudes
Hallarás abrigadas, que llorosas
De este suelo fatal allá volaron.
Disfruta, amigo, sus sencillos pechos:
Bendice, alienta su bondad selvage,
Preciosa mucho mas que la cultura
Infausta, que corrompe nuestros climas
Con brillo y apariencias seductoras.
¡O! ¡quién pudiera sepultarse entre ellos!
¡Quién abrazar su desnudez alegre,
De sí lanzando los odiosos grillos
Con que el error y el interes le ataron!
Entonce la alma paz, el fausto gozo,
El sosiego inocente, el sueño blando,
Y la quietud de mí tan suspirada,

Que hoy de mi seno amedrentados huyen,
A morarle por siempre tornarian.
Tú esta ventura logras: tú felice
En medio de ellos gozarás seguro
Los mas plácidos dias.... Ve sus almas,
Su inocencia, el reposo afortunado
Que les dan su ignorancia y su pobreza.
Velos reir, y envidia su ventura.
Lejos de la ambicion, de la avaricia,
De la envidia cruel, en sus semblantes
Sus almas nuevas se retratan siempre.
Naturaleza sus deseos mide,
La hambre el sustento, su fatiga el sueño.
Su pecho solo á la virtud los mueve;
La tierna compasion es su maestra,
Y una innata bondad de ley les sirve.
La paz, lo necesario, el grato alivio
De una consorte tímida y sencilla,
Una choza, una red, un arco rudo,
Tales son sus anhelos; esto solo
Basta á colmar sus inocentes pechos.
¡Afortunados ellos muchas veces!
¡Afortunado tú que entre ellos moras!
Mas ¡ay! si vieres al odioso fraude,
Al ímpio despotismo el brazo alzado
Sus dias afligir, si á almas de hierro

De su incauta bondad abusar vieses,
Y expilar inhumanas su miseria,
Oponte denodado á estos furores.
Opon, amigo, el pecho firme: clama,
Increpa sin pavor, insta, importuna;
Y tu elocuente voz suba hasta el trono
Del justo, el bueno, del clemente Cárlos.
Ministro eres de paz; á tí encomienda
El sumo Dios la humanidad hollada.
Ceda todo á este empleo generoso,
Quietud, saber.... hasta la vida misma:
Que ya próvido el cielo la corona
Teje á tu sien de inmarcesibles flores;
Y despues que hayas sido entre esos pueblos
Claro egemplo de todas las virtudes,
Te ha de tornar á mis amigos brazos,
Do bajo un mismo techo venturosos,
Juntos gocemos nuestros breves dias;
Y en un sepulcro mismo inseparables
Juntos tambien reposen nuestros huesos.
A Dios, Candamo, á Dios: la amistad santa
Distancias no conoce; y de los mares
Y del tiempo á pesar tuya es mi vida.....
Adios, adios.... ¡Amarga despedida!.....

## EPISTOLA VI.

### EL FILOSOFO EN EL CAMPO.

Bajo una erguida populosa encina,
Cuya ancha copa en torno me defiende
De la ardiente canícula, que ahora
Con rayo abrasador angustia el mundo,
Tu oscuro amigo, Fabio, te saluda.
Mientras tú en el guardado gabinete
A par del feble ocioso cortesano
Sobre el muelle sofá tendido yaces,
Y hasta para alentar vigor os falta:
Yo en estos campos por el sol tostado
Lo afronto sin temor, sudo y anhelo;
Y el soplo mismo que me abrasa ardiente,
En plácido frescor mis miembros baña.
Miro y contemplo los trabajos duros
Del triste labrador, su suerte esquiva,
Su miseria, sus lástimas; y aprendo
Entre los infelices á ser hombre.
¡Ay Fabio! ¡Fabio! en las doradas salas,
Entre el brocado y colgaduras ricas,
El pie hollando entallados pavimentos:
¡Qué mal al pobre el cortesano juzga!

¡Qué mal en torno la opulenta mesa,
Cubierta de mortíferos manjares,
Cebo á la gula y la lascivia ardiente,
Del infeliz se escuchan los clamores!
Él carece de pan: cércale hambriento
El largo enjambre de sus tristes hijos,
Escuálidos, sumidos en miseria;
Y acaso acaba su doliente esposa
De dar ¡ay! á la patria otro infelice,
Víctima ya de entonces destinada
A la indigencia y del oprobio siervo;
Y allá en la corte en lujo escandaloso
Nadando en tanto el sibarita rie
Entre perfumes y festivos brindis,
Y con su risa á su desdicha insulta.
  Insensibles nos hace la opulencia:
Insensibles nos hace. Ese bullicio,
Ese contino discurrir veloces
Mil doradas carrozas, paseando
Los vicios todos por las anchas calles;
Esas empenachadas cortesanas,
Brillantes en el oro y pedrería
Del cabello á los pies; esos teatros,
De lujo y de maldades docta escuela,
Do un ocioso indolente á llorar corre
Con Andrómaca ó Zaida; mientras sordo

Al anciano infeliz vuelve la espalda
Que á sus umbrales su dureza implora;
Esos palacios y preciosos muebles,
Que porque mas y mas se infle el orgullo,
Labro prolijo el industrioso China;
Ese incesante hablar de oro y grandezas;
Ese anhelo pueril por los mas viles
Despreciables objetos, nuestros pechos
De diamante tornaron: nos fascinan,
Nos embebecen, y olvidar nos hacen
Nuestro comun origen y miserias.
Hombres ¡ay! hombres, Fabio amigo, somos,
Vil polvo, sombra, nada; y engreidos
Cual el pavon en su soberbia rueda,
Deidades soberanas nos creemos.

¿Qué hay, nos grita el orgullo, entre el colono
De comun y el señor? ¿tu generosa
Antigua sangre, que se pierde oscura
Allá en la edad dudosa del gran Nino,
Y de héroe en héroe hasta tus venas corre,
De un rústico á la sangre igual seria?
El potentado distinguirse debe
Del tostado arador; próvido el cielo
Asi lo ha decretado, dando al uno
El arte de gozar, y un pecho al otro
Llevador del trabajo: su vil frente

Del alba matinal á las estrellas
En amargo sudor los surcos bañe,
Y exhausto expire á su señor sirviendo;
Mientras él coge venturoso el fruto
De tan ímprobo afan, y uno devora
La sustancia de mil. ¡O cuánto! ¡cuánto
El pecho se hincha con tan vil lenguage!
Por mas que grite la razon severa,
Y la cuna y la tumba nos recuerde
Con que justa natura nos iguala.
No, Fabio amado, no; por estos campos
La corte olvida: ven y aprende en ellos,
Aprende la virtud. Aqui en su augusta,
Amable sencillez, entre las pajas,
Entre el pellico y el honroso arado
Se ha escogido un asilo, compañera
De la sublime soledad: la corte
Las puertas le cerró, cuando entre muros
Y fuertes torreones y hondas fosas,
De los fáciles bienes ya cansados
Que en mano liberal su autor les diera,
Los hombres se encerraron imprudentes,
La primitiva candidez perdiendo.
En su abandono triste religiosas
En sus chozas pajizas la abrigaron
Las humildes aldeas, y de entonces

Con simples cultos fieles la idolatran.
Aqui los dulces, los sagrados nombres
De esposo, padres, hijos, de otro modo
Pronuncia el labio y suenan al oido.
Del entrañable amor seguidos siempre
Y del tierno respeto, no tu vista
Ofenderá la escandalosa imagen
Del padre injusto que la amable vírgen,
Hostia infeliz arrastra al santuario,
Y al sumo Dios á su pesar consagra
Por correr libre del burdel al juego.
No la del hijo indigno que pleitea
Contra el autor de sus culpables dias
Por el ciego interes: no la del torpe
Impudente adulterio en la casada
Que en venta al Prado sale, convidando
Con su mirar y quiebros licenciosos
La loca juventud; y al vil lacayo,
Si el amante tardó, se prostituye.
No la del ímpio abominable nieto
Que cuenta del abuelo venerable
Los lentos dias; y al sepulcro quiere
Llevarlo en cambio de su rica herencia.
Del publicano el corazon de bronce
En la comun miseria: de la insana
Disipacion las dádivas; y el precio

De una ciudad en histrïones viles.
Ni en fin de la belleza melindrosa
Que jamas pudo ver sin desmayarse
De un gusanillo las mortales ansias;
Empero hasta el patíbulo sangriento
Corre, y con faz enjuta y firmes ojos
Mira el trágico fin del delincuente,
Líbida faz y horribles convulsiones,
Quizá comprando este placer impío,
La atroz curiosidad te dará en rostro.
Otras, otras imágenes tu pecho
Conmoverán á la virtud nacido.
Verás la madre al pequeñuelo infante
Tierna oprimir en sus honestos brazos,
Mientra oficiosa por la casa corre
Siempre ocupada en rústicas tareas,
Ayuda, no rüina del marido:
El cariño verás con que le ofrece
Sus llenos pechos, de salud y vida
Rico venero: jugueton el niño
Rïe, y la halaga con la débil mano;
Y ella enloquece en fiestas cariñosas.
La adulta prole en torno le acompaña
Libre, robusta, de contento llena;
O empezando á ser útil, parte en todo
Tomar anhela; y gózase ayudando

Con manecillas débiles sus obras.
En el vecino prado brincan, corren,
Juegan y gritan un tropel de niños
Al raso cielo, en su agradable trisca
A una pintados en los rostros bellos
El gozo y las pasiones inocentes,
Y la salud en sus mejillas rubias.
Lejos del segador el canto suena,
Entre el blando balido del rebaño
Que el pastor guia á la apacible sombra;
Y el sol sublime en el zenit señala
El tiempo del reposo: á casa vuelve
Bañado en sudor útil el marido
De la era polvorosa; la familia
Se asienta en torno de la humilde mesa:
¡Oh, si tan pobre no la hiciese el yugo
De un mayordomo bárbaro, insensible!
Mas expilada de su mano avara,
De Tántalo el suplicio verdadero
Aqui, Fabio, verias: los montones
De mies dorada enfrente estan mirando,
Premio que el cielo á su afanar dispensa,
Y hasta de pan los míseros carecen.
Pero ¡ó buen Dios! del rico con oprobio,
Su corazon en reverentes himnos
Gracias te da por tan escasos dones,

Y en tu entrañable amor constante fia.

Y mientras charlan corrompidos sabios
De tí, Señor, para ultrajarte, ó necios
Tu inescrutable ser definir osan
En aulas vocingleras, él contempla
La hoguera inmensa de ese sol, tu imagen,
Del vago cielo en la extension se pierde,
Siente el aura bullir, que de sus miembros
El fuego templa y el sudor copioso,
Goza del agua el refrigerio grato,
Del árbol que plantó la sombra amiga,
Ve de sus padres las nevadas canas,
Su casta esposa, sus queridos hijos;
Y en todo, en todo con silencio humilde
Te conoce, te adora religioso.

¿Y estos miramos con desden? ¿la clase
Primera del estado, la mas útil,
La mas honrada, el santuario augusto
De la virtud y la inocencia hollamos?
¿Y para qué? Para exponer tranquilos
De una carta al azar ¡ó noble empleo
Del tiempo y la riqueza! lo que haria
Próvido heredamiento á cien hogares;
Para premiar la audacia temeraria
Del rudo gladiador, que á sus pies deja
El útil animal que el corvo arado

Para sí nos demanda; los mentidos
Halagos con que artera al duro lecho
Desde sus brazos del dolor nos lanza
Una impudente cortesana; el raro
Saber de un peluquero, que elevando
De gasas y plumage una alta torre
Sobre nuestras cabezas, las rizadas
Hebras de oro en que ornó naturaleza
A la beldad, afea y desfigura
Con su indecente y asquerosa mano.
¡O oprobio! ¡ó vilipendio! ¿La matrona,
La casta vírgen, la viuda honrada
Ponerse pueden al lascivo ultraje,
A los toques de un hombre? ¿esto toleran
Maridos castellanos? ¿el ministro
De tan fea indecencia, por las calles
En brillante carroza y como en triunfo
Atropellando al venerable anciano,
Al sacerdote, al militar valiente,
Que el pecho ornado con la cruz gloriosa
Del patron de la patria á pie camina?
Huye, Fabio, esa peste. ¿En tus oidos
De la indigencia mísera no suena
El suspirar profundo, que hasta el trono
Sube del sumo Dios? ¿su justo azote
Amenazar no ves? ¿no ves la trampa,

El fraude, la bajeza, la insaciable
Disipacion, el deshonor lanzarlos
En el abismo del oprobio, donde
Mendigarán sus nietos infelices
Con los mismos que hoy huellan confundidos?
  Húyelos, Fabio: ven, y estudia dócil
Conmigo las virtudes de estos hombres
No conocidos en la corte. Admira,
Admira su bondad: ve cual su boca
Llana y veraz como su honrado pecho,
Sin velo, sin disfraz, celebra, increpa
Lo que aplaudirse ó condenarse debe.
Mira su humanidad apresurada
Al que sufre acorrer: de boca en boca
Oirás volar, ó Fabio, por la corte
Esta voz celestial; mas no imprudente
En las almas la busques, ni entre el rico
Brocado blando abrigo al infelice.
Solo los que lo son, solo en los campos
Los miserables condolerse saben,
Y dar su pan al huérfano indigente.
Goza de sus sencillas afecciones
El plácido dulzor, el tierno encanto.
Ve su inocente amor con qué energía,
Con qué verdad en rústicos conceptos
Pinta sus ansias á la amable vírgen,

Que en mutua llama honesta le responde
El bello rostro en púrpura teñido;
Y bien presto ante el ara el yugo santo
El nudo estrechará, que allá forjaran
Vanidad ó ambicion, y aqui la dulce
Naturaleza, el trato y la secreta
Simpática virtud que unió sus almas.
Sus amistades ve: desatendida,
En las altas ciudades do enmudece
Su lengua el interes, solo en el rudo
Labio del labrador oirás las voces
De esta santa virtud, gozarás pura
Solo en su seno su celeste llama.
  Admira su paciente sufrimiento;
O mas bien llora, viéndolos desnudos,
Escuálidos, hambrientos, encorvados,
Lanzando ya el suspiro postrimero
Bajo la inmensa carga que en sus hombros
Puso la suerte. El infeliz navega,
Deja su hogar, y afronta las borrascas
Del inmenso Océano, porque el lujo
Sirva á tu gula, y su soberbio hastío
El café que da Moca perfumado,
O la canela de Ceilan. La guerra
Sopla en las almas su infernal veneno,
Y en insano furor las cortes arden;

Desde su esteva el labrador paciente,
Llorando en torno la infeliz familia,
Corre á la muerte; y en sus duros brazos
Se libra de la patria la defensa.
Su mano apoya el anhelante fisco:
La aciaga mole de tributos carga
Sobre su cerviz ruda, y el tesoro
Del Estado hinche de oro la miseria.
   Ese sudor amargo con que inunda
Los largos surcos que su arado forma,
Es la dorada espiga que alimenta,
Fabio, del cortesano el ocio muelle.
Sin ella el hambre pálida.... ¿Y osamos
Desestimarlos? Al robusto seno
De la fresca aldeana confiamos
Nuestros débiles hijos, porque el dulce
Néctar y la salud felices hallen,
De que los privan nuestros feos vicios:
¿Y por vil la tenemos? ¿Al membrudo
Que nos defiende, injustos desdeñamos?
Sus útiles fatigas nos sustentan:
¿Y en digna gratitud con pie orgulloso
Hollamos su miseria, porque al pecho
La roja cinta ó la brillante placa,
Y el ducal manto para el ciego vulgo
Con la clara Excelencia nos señalen?

¿Qué valen tantas raras invenciones
De nuestro insano orgullo, comparadas
Con el monton de sazonadas mieses
Que crio el labrador? Débiles niños
Fináramos bien presto en hambre y lloro
Sin el auxilio de sus fuertes brazos.

## EPISTOLA VII.

AL EXCMO. SR. PRINCIPE DE LA PAZ, CON MOTIVO DE SU CARTA PATRIOTICA A LOS OBISPOS DE ESPAÑA RECOMENDANDOLES EL NUEVO SEMANARIO DE AGRICULTURA.

¡Qué ven mis ojos! ¡al augusto Cárlos,
Á vos, Señor, desde su trono excelso
Del desvalido labrador la suerte
Con lágrimas mirar; y hasta la esteva
Bajando honrada, en su feliz alivio
Con atencion solícita ocuparos!
¡Que á la ignorancia desidiosa os veo
Querer lanzar de los humildes lares,
Do abrigada hasta aqui, tantas fatigas,
Desvelos tantos disipando ciega,
Sus infelices víctimas arrastra
De la indigencia al criminal abismo!

Ya á vuestro mando poderoso corren
Las luces, la enseñanza: tiembla y gime
Azorado el error; de espigas de oro
La madre España coronada encumbra
Su frente venerable; y cual un tiempo
Sobre el orbe domina triunfadora.
Gozad, Señor, de la sublime vista
De tan gloriosa perspectiva: afable
Tended los ojos, contemplad el pueblo,
El pueblo inmenso que encorvado gime
Con sus afanes y sudor creando,
Tutelar númen, las doradas mieses
En que el Estado su sustento libra.
Miradlo, oidlo celebrar gozoso
El dia que le dais: alzar las manos
A vos y al trono, y demandar al cielo
Para Cárlos y vos sus bendiciones.
Seguid, seguid; y nuevo Triptolemo
Sed el amigo, el protector, el padre
Del colono infeliz: raye la aurora
De su consuelo; y en su hogar sobrado
Por vos ria el que á todos nos sustenta.
Alguna vez con pecho generoso
La grandeza olvidad, dejad la corte
Y el fausto seductor; y á él descendiendo,
Ved y llorad. En miserables pajas

Sumida yace la virtud: fallece
El padre de familias que al Estado
Enriquecio con un enjambre de hijos:
Gime entre andrajos la inocente virgen,
Por su indigna nudez culpando al cielo;
Ó el infante infeliz transido pende
Del seno exhausto de la triste madre.
Las lágrimas, los ayes desvalidos
Calmad humano en la infeliz familia;
Y vedla en su indigencia aun celebrando
A su buen Rey, en su defensa alegre
Ansiar verter su sangre generosa:
Vedla humilde adorar la inescrutable
Providencia; y con frente resignada,
Religiosa en su mísero destino,
Besar la mano celestial que oprime
Tan ruda su cerviz, y le convierte
El pan que coge en ásperos abrojos.
    Comparad justo, comparad entonces
Su honradez, su candor, su sufridora
Paciencia, su bondad, con el orgullo
Del indolente y rico ciudadano.
Aquel afana, suda, se desvela
Del Alba rubia al Véspero luciente:
Sufre la escarcha rígida, las llamas
Del Can abrasador, la lluvia, el viento:

Cria, no goza; y sin quejarse deja
Que el pan mil veces le arrebate el vicio.
Y el otro rico, cómodo, abundoso
De regalo y placer, en el teatro,
En el ancho paseo, en el desorden
Del criminal festin, siempre al abrigo
Del sol, del hielo, con soberbia frente
Censura, increpa, desconoce ciego
La mano que le labra su ventura;
Y osado acaso..... el ocio y el regalo
Le hacen ingrato, desdeñoso, injusto;
Y su honradez al labrador, paciente.
¿Qué seria, Señor, si al cielo alzara
La frente mas holgado? ¿si sobre ella
La palidez, el escualor, el triste
Tímido abatimiento no afeasen
Indignos su virtud? ¿qué si arrastrando
Cual siervo vil de la pobreza amarga
No llevase do quier los rudos grillos?
  Rompedlos vos; y le vereis que alegre
Corre á la esteva y al afan: que tierno
La mano besa que su bien procura.
Instruidle, alentadle; y la abundancia
Sus trojes colmará: nuevas semillas,
Nuevos abonos, instrumentos nuevos
A servirle vendrán: las misteriosas

Ciencias el pan le pagarán que cria
Para el sustento de sus nobles hijos.
No será, no, la profesion primera
Del hombre y la mas santa, que honró un dia
Ínclitos consulares y altos Reyes;
Y aun sonar pudo en el divino labio
Del sumo Autor en el Eden dichoso,
Ruda y mofada en su ignorancia ciega.
Los anchos llanos de Castilla ora
Desnudos, yermos, áridos, que claman
Por frescura y verdor, verán sus rios
Útiles derramarse en mil sonantes
Risueños cauces á llevar la vida
Por sus sedientas abrasadas vegas.
Desplegará sus gérmenes fecundos
La tierra; y alzarán su frente hermosa
Mil verdes troncos su nudez cubriendo.
La Bética será, cual fuera un dia
Entre la docta antigüedad, el suelo
Donde los dioses los Elíseos campos
Plantaron, premio á las ilustres almas.
Mieses, ganados, perfumadas frutas
Do quier, y paz y cándida alegría.
Volveránse un jardin los agrios montes:
Todo se animará: sobre la patria
Sus faustas alas tenderá la alegre

Prosperidad; y al indio en largos rios
La industria llevará nuestras riquezas.
El labrador que por instinto es bueno,
Lo será por razon; y el vicio en vano
Querrá doblar su corazon sencillo.
Será su religion mas ilustrada;
Y el que ora bajo el esplendente cielo,
Abrumado de afan, siente y no admira,
Cual el buey lento que su arado arrastra,
El activo poder que le circunda,
De su Hacedor, la diestra protectora,
Ostentada do quier, ya en el milagro
De la germinacion, ya de las flores
En el ámbar vital, ó el raudo viento,
En el Enero rígido, en la calma
Del fresco otoño, en la sonante lluvia,
En la nieve fecunda; en todo, en todo
Podrá instruido levantar la frente
Llena de gozo á su inefable dueño:
Ver en sus obras su bondad inmensa,
Y en ellas adorarle religioso:
Ora su mano próvida á sus campos
Envie la abundancia, y los corone
Su bendicion de sazonadas mieses:
Ora le agrade retirarla, y mande
Al hielo, al viento, al áspero granizo

Talarlos ¡ay! con ominoso vuelo.
¡Gran Dios! ¡qué perspectiva tan sublime
Para una alma sensible y generosa!
¡Con qué ternura extática se place
Mi musa en ella; y se adelanta alegre
En los dias de gloria de mi patria!
¡Cuán dulces bendiciones! ¡qué loores
Os guardan ya sus venideros hijos!
Traspasad con la mente el tardo tiempo.
Vedlos por vos sobrados, virtuosos,
Hombres, no esclavos ya de una grosera
Rudez indigna, ó de miseria infausta.
Ved el plantel de vigorosos brazos
Que en torno de ellos la abundancia cria:
Fruto feliz de vuestro zelo ardiente,
Gozaos en ellos cual su tierno padre.
Oid en sus labios vuestro fausto nombre;
Y á la vejez que al escucharlo al cielo
Los ojos alza en júbilo inundados.
Ved y gozad, si en los presentes males
Llorasteis hasta aqui; y abrid el seno
Con tantas dichas al placer mas puro.
Sed en el alma labrador..... la mia
Se arrebata, Señor; habla del campo,
Del colono infeliz: criado entre ellos,
Jamas pude sin lágrimas su suerte,

Sus ansias ver mi corazon sensible.
Fueron mis padres, mis mayores fueron
Todos agricultores: de mi vida
Vi la aurora en los campos: el arado,
El rudo apero, la balante oveja,
El asno sufridor, el buey tardío,
Gavillas, parvas, los alegres juegos
Fueron ¡ó dicha! de mi edad primera.
Vos lo sabeis: nuestra provincia ilustre
Héroes y labradores solo cria.
De sus arados á triunfar corrieron
Del Nuevo Mundo las sublimes almas
De Pizarro y Cortés; y con su gloria
Dejaron muda, atónita la tierra.
Al forzudo extremeño habreis mirado
Mas de una vez, sobre el monton de mieses
Burlar de Sirio abrasador los fuegos,
Lanzando al viento los trillados granos
Con el dentado bieldo, ó de la aurora
Los rayos aguardar sobre la esteva.
Pues extremeño sois, sed el patrono,
El padre sed del labrador: los pasos
De los buenos seguid. Pero ¡ah! no basta
Que le instruyais: que á socorrerle vengan
A vuestra voz mil útiles doctrinas.
Do quier se vuelve entre cadenas graves,

Sin accion ve sus miembros vigorosos.
Parece que la suerte un muro ha alzado
De bronce entre él y el bien: trabaja y suda;
Y en vano anhela despedir el yugo,
El grave yugo que su cuello oprime.
Busca la tierra do afanoso pueda
Sus brazos emplear, y ansía llorando
La dulce propiedad, que una ominosa
Vinculacion por siempre le arrebata.
No tiene un palmo do labrar, y en torno
Leguas mira de inútiles baldíos.
Abierta su heredad, pídele en vano
Los frutos en sazon, y está con ellos
Brindando al buey y la golosa oveja.
Perderse ve las sonorosas linfas
Del claro arroyo; y fecundar no puede
Sus secos campos con su grato riego.
Aislado en su hogar pobre, le circundan
Sendas impracticables: el altivo
Inútil ciudadano le desdeña.
Sus hombros llevan la pesada carga
De los tributos: el honor, los premios
Al artesano, al fabricante buscan,
Mientras él yace en infeliz olvido.
Si la guerra fatal sus impias teas
Enciende, él corre á defender la patria;

Y mil y miles tan glorioso empleo
Logran huir á la cobarde sombra
De una odiosa exencion: obras, gabelas,
Duros bagages..... abrumado siempre,
Hollado, perseguido, en vano, en vano
Su dicha anhelareis, si tantos grillos
Dejais, Señor, á sus honradas plantas.
Sin fruto le instruis: el denso velo
Mejor le está de su rudez grosera.
En su ignorancia estúpida no siente
La mitad de su mal: le abris los ojos
Para hacerle mas mísero; y que llore
De su destino la desdicha inmensa.
Volvedla humano en plácida ventura,
Alzando del buen Rey al blando oido
Su justo llanto, su ferviente ruego.
Cortad, romped con diestra valedora
El tronco del error; y amigo, padre
Del campo y la labor, un haz de espigas
Cima gloriosa en vuestras armas sea.

## EPISTOLA VIII.

Al Excmo. Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos en su feliz elevacion al ministerio universal de Gracia y Justicia.

¿Dejaré yo que pródiga la Fama
Cante tus glorias, y que el himno suene
De gozo universal, callando en tanto
Mi tierno amor su júbilo inefable?
Jovino, no: si atónito hasta ahora
No supo mas mi corazon sensible
Que en tí embeberse, en lágrimas bañada,
La cariñosa faz, lágrimas dulces
Que brota el alma en su alegría inmensa;
Ya no puedo callar: siento oprimido
El pecho de placer, trémulo el labio
Hablar anhela, y repetir los vivas,
Los faustos vivas de los buenos quiere.
Si, mi Jovino; por do quier tu nombre
Resuena en gritos de contento; todos,
Todos te aclaman, las amables musas,
La ardiente juventud, la reposada

Cobarde ancianidad, el desvalido
Y honrado labrador, en su industrioso
Taller el menestral..... yo afortunado
Los oigo, animo, y gozome en tu gloria,
Y lloro de placer, y gozo y lloro.
¡Gloria! ¡felicidad! JOVINO amado,
Dulce amigo, mitad del alma mia,
Al fin te miro do anhelaba; fueron
Agradables mis súplicas..... huyera
La niebla vil que tu virtud sublime
Mancillar intentó; cual la deshace
El dios del dia del zenit, do brilla
Rico de luz en el inmenso espacio,
Tú la ahuyentaste asi. CARLOS te llama,
Te acoge afable cabe sí, te entrega
De la alma Temis el imperio, y quiere
Que tú su reino á sus hispanos tornes,
Reino de paz y de abundancia, y dulce
Holganza y hermandad..... JOVINO mio,
¡Gloria! ¡felicidad!..... sí, volverásle
Este reino del bien; tu zelo ardiente,
Tu patriotismo, tu saber profundo,
Tu afable probidad lábrenle á una.
Todos lo anhelan de tu justa diestra.
La humanidad, la lacerada patria
Con lágrimas te muestran sus amados

Hijos; y todos hácia tí convierten
Los solícitos ojos, de inefables
Esperanzas del bien las almas llenas.
Vélos, vélos, Jovino, en estos dias
De alegría inmortal, vélos llamarte
Padre, reparador: vélos, y goza
El sublime espectáculo de un pueblo,
Un pueblo inmenso y bueno que en tí espera.
Cayó del mal el ominoso cetro,
Clama, y el brazo asolador: radiante
Se ostente la verdad, si antes temblando
Ante el hinchado error enmudecia.
Fue, fue á sus ojos un atroz delito
Buscarla, amarla, en su beldad augusta
Embriagarse feliz: la infame tropa
Que insana la insultó, como ante el viento
Huye el vil polvo, se disipe, y llore
Su acabado favor: Jovino el mando
Tiene; los hijos de Minerva alienten.
Aliente la virtud: tímida un dia
Si osó al aula llegar, tornó llorosa,
Desatendida, desdeñada, en tierra
Su helada faz, y del favor hollada:
Mas ya le tiende la oficiosa mano
Su ardiente adorador; y el merecido
Lauro decora sus brillantes sienes.

La misma mano cariñosa enjuga
El sudor noble al arador, y aguija
Su ardiente afan; y la esperanza rie
De espigas de oro coronada á entrambos.
No ya taladas llorará sus mieses,
Ni el ancho rio los sedientos surcos
Verán correr inútil, su rocío
Al sordo cielo demandado en vano.
Vuelve á los campos la olvidada Témis,
Y la igualdad feliz; en pos le rien
La oficiosa hermandad, y los deleites
Del conyugal amor, de atroz miseria
Hoy cuasi extinta su celeste llama.
Su habitador de sus pajizos lares
Seguro goce ya, y alce la frente
Al cielo sin rubor: ama Jovino
Los campos y el arado: á vuestro númen
Corred, colonos, y aclamad su nombre.
Asi la voz del bullicioso pueblo:
¿Y á su anhelante ardor negarte osaras,
Sorda la oreja al ruego fervoroso
De la querida desolada patria?
¿Y al yugo hurtabas la cerviz robusta?
¿Ó de trepar á la elevada cumbre,
Donde la gloria á coronar te lleva
Tu carrera inmortal, cobarde huias?

Vílo, sí; yo lo ví: [1] pueblos, sabedlo,
Y acatad la virtud: yo vi á Jovino
Triste, abatido, desolado, al mando
Ir muy mas lento, que á Gijon le viera
Trocar un dia por la corte. Nunca
Mas grande lo admiré: por sus mejillas
De la virtud las lágrimas corriendo,
Yo atónito y lloroso le alentaba.
Callaba, y yo tambien: si revolvia
Á su albergue de paz los turbios ojos,
De tí me arrancan, suspiraba, ¡ay horas
De delicia inmortal, do en el silencio
Apuré ansioso las sublimes fuentes
Del humano saber! queridos hijos
De mi incesante afan, por mí guiados
Al templo augusto que á Natura alzara
Mi constancia y mi amor, do inmensa ostenta
Su profusion y altísimos misterios,
Mas vuestro padre no os verá; felices
Guardad su amor y eterna remembranza
Y tornaba á exclamar..... yo enmudecia
No osando hablarle en su dolor profundo
Y el coche en tanto rápido volaba.

1 Apenas supe la elevacion de mi amigo, corrí á encontrarle y abrazarle hasta mas arriba de Leon.

No, no era hijo de un cobarde miedo
Tan solicito ansiar; horribles via
Los torpes monstruos que contino asaltan
Al cansado poder, la ímpia calumnia,
La adusta envidia, el rezelar insomne,
La negra ingratitud que á los umbrales
Del aula espian fieros su inocencia.
El muro via, que á la sombra alzara
De un falaz bien el interes mañoso,
Firme, altisimo, inmenso, que su brazo
Debe por tierra echar; la incorruptible
Posteridad sus hechos reseñando;
Y mil escollos y vadosas sirtes,
Do acaso zozobrar su heroico zelo.
Ah! lo que emprende, y lo que deja! cuanto
De un alma al soplo de ambicion helada
Puede la dicha hacer: en su retiro
Brillaba augusto como el sol; no el fausto,
No grandeza ó poder, su excelsa mente,
Su oficiosa virtud eran Jovino.

¡Inefable virtud, sagrada hoguera
Que al hombre haces un dios, y ante tu trono
Cuando su pecho omnipotente inflamas,
Haces que ofrezca en sacrificio alegre
Reposo y vida, y cuanto abarca inmenso
En la tierra su amor, de almas sublimes

Consuelo, encanto, anhelo, númen, todo!
Hablaste, y docil se rindio mi amigo,
Y á tu imperio obediente á hacer dichosos
Corrió, infeliz en la comun ventura.
¡Infeliz! no; tus gozos inefables
Sacian el corazon: do quier te ostentas
Rie altísima paz, se oye el sublime
Grito inmortal de la conciencia pura,
Y los siglos sin fin que en raudo giro
Eterno el nombre de tus hijos suenan.
Entre ellos brillará, Jovino, el tuyo,
Y de uno en otro crecerá su gloria.
La humanidad y tus canoras musas
Suyo le aclamarán; dirán que diste
Grandes ejemplos, y que empresas grandes
Consumaste feliz: la encantadora
Arte de Apeles lo dirá, el sonoro
Cincel, y el Genio del grandioso Herrera,
Y el ancho Bétis, y Madrid, y el suelo
De tu caro Gijon, la antigua cuna
Del cetro hispano en sus riscosas cimas
Sobre las nubes de tu planta holladas,
Infatigable para el bien: diránlo
Cuantos riges en paz, manso y süave
Cual la altísima mano que sustenta
El orbe, y sabe próvida, invisible

Llevarlo siempre al bien: tú asi en el mando
Afable ordenarás; verán los hombres
Que no es yugo la ley, que es dulce nudo
De feliz libertad, y paz, y holganza.
Veránlo; y yo les clamaré inflamado
De un fuego celestial, fuego en que arden
Nuestros dos pechos, inmortal ejemplo
De fino amor y fraternal ternura:
Este es mi amigo, y me crió, y su labio
Me enseñó la virtud, y al lado suyo
A ser bueno aprendí, y amar los hombres.
Él en mi seno el delicioso anhelo
Prendió y la sed del bien, y él me decia
Que una lágrima es mas sobre las penas
Del infeliz vertida, que oro y mando,
Y cuanto excelso prez el mundo adora.
Lloré, y gocé con él: juntos nos vieron
Las prestas horas revolver tranquilos
Los sagrados depósitos, do cierra
Minerva sus riquísimos tesoros,
Fastos sublimes de la mente humana;
Y apurélos con él: al templo augusto
Él me introdujo de la santa Témis,
Y débole su amor; y cuanto abriga
Sentir sublime el corazon le debo.
¡Gloria! ¡felicidad, Jovino amado,

Y eterna gratitud!.... pueblos, conmigo
Venid, uníos; y que el himno suene
De perdurable honor, que extienda el eco
Al zemblo helado, y donde nace el dia;
Y el ancho espacio de los cielos llene.
Tú en tanto afana, lidia, vence, ahuyenta
El fatal Genio, que su trono infausto
En la patria asentó; caiga el coloso
Del error de una vez. alzando al cielo
Libre el ingenio sus brillantes alas.
Un hombre sea el morador del campo:
No los alumnos de Minerva lloren
Entronizada á la ignorancia altiva;
Ni cabe el rico la inocencia tiemble.
Justa la ley al desvalido atienda,
Inalterable, igual, sublime imagen
De la divinidad; y afable ria
La confianza en los hispanos pechos.
Haz su ventura asi; lábrala cuanto
Te consume su amor, siempre embargada
La excelsa mente en inefables gozos.
Gozos sublimes, que sin fin florecen;
Que en vano hiere calumniosa envidia;
Fortuna acata; de los siglos triunfan;
Y eterno lauro á la virtud ostentan.
Del individuo librase en la dicha

Del todo el bien, y al universo entero
La inocencia infeliz de duelo llena;
Con tan estrecho vínculo se anuda
El linage humanal: asi inflamado
Tú me decias, y en mi blando seno
Tu heroico afan solícito inspirabas.
Llegó el dia feliz: dase á tu diestra
Válida obrar cuanto enseñó tu labio:
A tu ingenio asentar el gran sistema
Que dio á los campos tu saber profundo;
Y á tu pecho filantropo embriagarse
En la dicha comun, próvido haciendo
Que do el mal antes, bienes mil florezcan.
Sí; florezcan por ti, cual en los dias
De Mayo el suelo de la blanda llama
Regalado del sol, llama fecunda,
Benéfica, vital; y hasta el remoto
Manilo de tu amor los dones lleguen.
Y gratos él, de América los hijos,
Y los dichosos de tu cara Iberia,
Artistas, sabios, labradores, cuantos
En ella precian, y en el ancho mundo
Las letras, la virtud, el almo fuego
De la amistad, y un corazon sencillo,
La ansia noble del bien, y la indulgente
Solícita bondad, todos te aclamen:

Eterna admiracion á todos seas:
Tu claro nombre en sus idiomas suene;
Y á mi entusiasmo y mi ternura unidos,
Cuando tu mando alegres recordemos,
Tu fausto mando, el grito fervoroso
En júbilo inefable enagenados,
¡Gloria! ¡Felicidad! por siempre sea.

## EPISTOLA IX.

AL DOCTOR DON PLACIDO UGENA, PREBENDADO DE LA IGLESIA CATEDRAL DE VALLADOLID, SOBRE NO ATREVERME A ESCRIBIR EL POEMA EPICO DE PELAYO.

No, Ugena mio, con rugosa frente
Mas censures mi musa silenciosa:
No perezoso, llámame prudente.
  Quisieras que con trompa sonorosa
Ahora cantara, cual ansié algun dia,
Del gran Pelayo la virtud gloriosa;
  Y el brazo que á la goda monarquía,
Por tierra hollado el arrogante moro,
Rompió la vil cadena en que gemia.
  Digno argumento del Cilenio coro,

De invencible constancia, de altos hechos,
Y patrio honor riquísimo tesoro.
   Llano Gijon, los bárbaros deshechos,
Los dardos vueltos en la horrenda cueva
A herir ¡oh pasmo! sus infieles pechos,
   Un monte desplomarse sobre el Deva,
Y el hondo valle, y despeñado rio,
Que armas y huesos aun rodando lleva,
   Otro sonoro plectro, Ugena mio,
Piden que iguale la materia el canto;
Que yo mi paz de mi silencio fio.
   Tú me conoces bien, tú sabes cuanto
Inflamó al númen la inmortal memoria
De tantas lides, de prodigio tanto.
   Cual de la patria la sublime historia,
El nombre augusto al corazon tocaba;
Hirviendo en gozo al contemplar su gloria.
   ¡Oh memoria! ¡oh dolor! ya me acechaba
La vil calumnia, y con su torpe aliento
La alma verdad y mi candor manchaba.
   Indignéme en su insano atrevimiento,
Indignéme y gemí; y arrebatado
Me vi al furor de un huracan violento.
   Sin nombre, sin hogar, proscripto, hollado
Me viste; empero en sufrimiento honroso
Inmoble, en Dios y en mi virtud fiado.

¿Quién del trueno al estruendo pavoroso
No desmayó? ¿de tal horror testigo
Quién por sí no tembló y huyó medroso?
Tú y otros raros cariñoso abrigo
Me disteis solo, la clemente mano
Tendiendo do apoyarse al triste amigo.
¡Honor á la amistad, al soberano
Feliz venero de inmortal ventura,
Que ennoblece y consuela al ser humano!
Pasó el nublado asolador; mas dura,
Aun viva dura en la azorada mente
La infausta imagen de su sombra oscura.
¡Oh si pudiese hablar! ¡oh si patente
Poner la iniquidad, rompiendo el velo
De horror, do esconde su ominosa frente!
Que al fin próvido y justo al santo cielo
Plugo amparar á la bondad hollada,
Tornando en bien mi amargo desconsuelo.
Una mano sagaz cuanto ignorada
Ya en mi poder los monumentos puso,
Blason de mi inocencia inmaculada.
Todo lo halle feliz; ni es ya confuso
El crimen para mí: la trama infame,
La mano sé que en sombras la dispuso.
No empero aguardes que indignado clame:
No aunque holladas vilmente que en mi ayuda

La religion y la justicia llame.
  Pasóse el tiempo: mi razon es muda:
Mi ajado pundonor nada apetece;
Y en su paciencia mi bondad se escuda.
  Fortuna en vano su favor me ofrece:
Quiero ignorado, en plácido sosiego,
Mientras voluble á miles embebece,
  Gozar mi noble ser, sin que ni el ciego
Favor me deba, ó la ambicion cuidosa
Ni justa queja, ni oficioso ruego.
  ¡Cuán bien, amigo, oscuro se reposa!
¡Cuán bien del yugo de afanoso mando
Vaga exenta y feliz la mente ociosa!
  Ya del saber humano contemplando
El tesoro inmortal, que del olvido
Fue en cien siglos el genio acrisolando.
  Ya sobre el sol con cálculo atrevido
El vuelo de un cometa persiguiendo
En los espacios de la luz perdido.
  Ya edades y naciones recorriendo,
Con noble ardor en la vivaz memoria
Mil útiles avisos imprimiendo.
  Riendo ya los hijos de la gloria;
O repasando en reflexion severa
De errores mil la lamentable historia.
  Atesore por mí, mande quien quiera;

Con que en grata inocente medianía
Yo arribe al puerto en mi fugaz carrera.
Pasamos vaga sombra en breve dia;
Y aun ciegos anhelamos ¡ó culpable
Hidrópico furor, necia agonía!
Pueda yo, el vuelo alzando á la inmutable
Fuente del bien, en su corriente pura
Ahogar la sed del ánimo insaciable,
Y embriagado aun beber: de la impostura
Mi bondad pueda y del letal encono
Los fieros golpes contrastar segura.
De hueca vanidad el necio entono,
De ambicion loca, ó de servil bajeza
La frente vil, el humillante tono
Desdeñe cuerda en su veraz llaneza.
Y lejos de adular al vulgo insano,
Preciando noble de mi ser la alteza,
Pueda reir al ímpetu liviano
Con que ciego el poder al uno eleva,
Y al otro abate con airada mano:
Y huyendo alegre tan amarga prueba,
Mi mente ejerza el celestial empleo
Que anhela el gusto y la razon aprueba.
Logre de un huerto el plácido recreo,
La grata sombra de alameda umbría,
De fresco viento el delicioso oreo;

Do el fácil giro, la corriente fria
De un arroyuelo murmullante y puro
Vista y pecho me colmen de alegría.
Y en grata soledad libre y oscuro
Una casilla cómoda aunque breve
Asilo ofrezca á mi humildad seguro.
Do al fuego el ceño del invierno lleve,
Me goce en Mayo, el inflamado Estío
Huya, aspire de Octubre el aura leve.
Y alli los cisnes del Castalio rio,
El cano Homero, el culto Mantüano,
Y el del perdido Eden cantor sombrío,
Horacio amable siempre, siempre humano,
El que, ó Delia, en tus ojos se abrasaba,
Y el que oyó el Geta rígido inhumano,
El que tu amor frenético pintaba,
Fedra infeliz, ó la clemencia augusta
Que á Cina criminal su diestra daba,
O el que en Alcira á la opresion injusta
Vengando, en César á la audaz grandeza,
Y en su Mahoma al fanatismo asusta,
Del dulce Laso la feliz llaneza,
Del grave Herrera la sonante lira,
Del gran Leon el gusto y la belleza,
Vengan, y cuantos Cintio afable inspira,
A acordar con sus números rïentes

Los trinos que mi cítara suspira.
  Mi espíritu arrebaten elocuentes
El genio ardiente que arredro al malvado
Catilina en sus furias inclementes.
  Del gran Benigno [1] el labio, que inspirado
La nada muestra de su orgullo ciego
Al poder sobre el trono sublimado.
  Del cisne de Cambray el suave fuego,
Y tu voz, ó Granada, fervorosa,
Que alza al trono de Dios mi humilde ruego.
  Lleve tras ellos mi razon medrosa
A tus pies, inmortal filosofía,
Del gran Bacon la antorcha luminosa.
  Profundo Newton me dirá quien guia
Cual ordenado ejército á sol tanto
Rodando inmenso en la region vacía.
  Buffon, natura, tu sublime manto
A alzar me enseñe, y á inflamar mi seno
Platon de la virtud al nombre santo.
  De vicios á Neron y horrores lleno
En Tácito temblar despavorido
Mire, y morir á Séneca sereno.
  Oiga en Livio del foro el gran ruïdo,
La voz de Bruto que venganza clama,

1 Bossuet.

O de Virginia el último gemido;
Y arder á Roma en la gloriosa llama
De patriotismo y libertad, que activa
Mi sangre agita, y su desmayo inflama.
Tanta es de la palabra fugitiva
La mágica virtud, cuando imperioso
La inspira el genio, la pasion la aviva.
Asi ocupado viviré gozoso;
Sin que del ocio el insufrible hastío
Mi espiritu atosigue congojoso.
Cual sueño en tanto de la vida el rio
Se huye fugaz; y hundirse resignado
En él contemplo de mi aliento el brio.
De la dura desgracia asi enseñado
Me hago mejor, como la encina añosa
Al hierro, el oro al fuego depurado.
Desparecio la juventud fogosa,
Y en pos de obrar el turbulento anhelo,
Y de gloria la llama generosa.
Ya de la edad el perezoso hielo
Mi frente amaga, á decorarla empieza
La nieve, y miro con desden el suelo.
Téngase pues su brillo y su nobleza
Orgulloso el favor: llene engreida
El mundo la ambicion de su grandeza.
Gima en medio su espléndida comida

La opulencia infeliz: pierda insaciable
La gula en ella la salud, la vida.
  Mientras yo, Ugena mio, inalterable
Mi suerte ordeno: silencioso adoro
La alma virtud en su candor amable;
  Y mil altas verdades atesoro,
Ya que no es dado el revocar los años,
Los locos años que perdidos lloro.
  ¡Ah si pudiera ser! ¡ó si los daños
Ora en ellos borrar que amargos veo
Á la luz de mis cuerdos desengaños!
  Otro fuera ¡ó dolor! otro su empleo.
Sola, ó sublime celestial Sofía,
De inmenso bien llenaras mi deseo:
  Y mientras uno en misera agonía
Gimiera de medrar; ó tras liviana
Beldad otro en amor sin seso ardia:
  A otro agitara la codicia insana:
Corriera aquel al funeral estruendo
De Marte; y este tras el aura vana.
  Yo escarmentado de la playa viendo
Ya el Ponto hervir en furia borrascosa,
Su falaz calma sin cesar perdiendo,
  Y al vendaval con ala pavorosa
Cubrir volando de tiniebla oscura
Del desmayado sol la faz lumbrosa,

A par que el hombre en su fatal locura
Ciego, en los grillos del error se agita,
Perdiendo entre ellos su fugaz ventura.
Y mientras mas la tempestad concita
El turbulento mar, mas sin sentido
En medio su furor se precipita;
En suave paz, en inocente olvido
Solo en atar de la razon cuidara
Al útil yugo el corazon rendido:
Lo necesario sin afan buscara:
Nunca al ageno bien contrario hiciera
El bien sencillo que dichoso ansiara:
Inmoble al mal, al aura lisonjera
Que el cielo á veces favorable envia,
El ciego porvenir igual me viera:
Con solícito afan la noche, el dia
Para elevarme hasta su excelso dueño
Su obra inmensa sagaz estudiaria;
Y sin temblar del poderoso el ceño,
Tras el fausto correr, ó fascinado
Comprar un nombre con mi dulce sueño.
Tan seguro y veraz cuanto ignorado,
Siempre mi rostro el sol viera gozoso,
Ni de nadie envidioso ni envidiado.
Que aquel, Ugena mio, es mas dichoso
Que mas oscuro en su rincon se encierra;

Y el oro y todo el mando de la tierra
Ni un dia valen de feliz reposo.

## EPISTOLA X.

### LA MENDIGUEZ.

No en balde, no, si el infeliz gemido
De la indigencia desvalida alzaba
Principe, á vos, para su bien fiaba
Entre el séquito y boato cortesano
Encontrar siempre un favorable oido.
Presto á tender la valedora mano,
Presto á enjugar las lágrimas que vierte
La triste humanidad; de la ominosa
Vil mendiguez, y de la horrible muerte
Que ya sus frentes pálidas cubria,
Mis niños redimis, fijais su suerte;
Y en vez del vicio y la vagancia odiosa
En que su infancia misera gemia,
Nueva vida le dais, vida que un dia
Util, honrada, laboriosa, el cielo
Fausto bendecirá, y el patrio suelo
Sobre el rico telar verá empleada.
  En vano al hambre ya su desolada
Horfandad temblará, ni el inocente

Cuello abrumado con el yugo odioso
De un misero abandono, los umbrales
Del rico, aun mas que su indolente oreja,
Conmoverán en tono doloroso.
Lejos de oprobio vil, de amarga queja,
Del ocio torpe y sus horribles males,
En el sudor que inundará su frente,
Y en el salario de sus diestras manos
Colmándolos la industria de sus dones,
Su vida librarán y su ventura:
Y hombres serán de hoy mas y ciudadanos.
Afable recibid de su ternura
Las lágrimas, Senor, las bendiciones
De su inocente gratitud, mezcladas
Con las sencillas que mi afecto os debe.
Bendiciones de amor, no inficionadas
Del interes o la lisonja fea:
Plácida á vos la caridad las lleve;
Y ella sola á bien tanto el premio sea.
Ella os inunde el bondadoso seno
Del júbilo inefable que consigo
Trae la dulce piedad: dar blando abrigo
Al desvalido, y de ternura lleno
Mezclar al suyo el delicioso llanto
De un solicito amor: ¡celeste encanto!
¡Solido bien divino, inmarcesible!

Que en vano anhela el feble sibarita,
En vano el hielo y las entranas duras
Del egoista bárbaro, insensible;
Y siempre igual en sus delicias puras
El gozo eterno del olimpo imita.
Ah! ¡qué á su lado son cuantas el oro
Da de ilusiones, ni el inquieto anhelo
De la hinchada ambicion! cuantos la tierra
Prodiga dones, ó su seno encierra,
Cebo infeliz del humanal desvelo!
De delicias riquísimo tesoro,
Jamas se agotará: nunca su hastío,
Nunca de tibia indiferencia el hielo
Ahogan el pecho en inaccion amarga.
Entre el silencio de la noche umbrío,
Las puntas del dolor, la odiosa carga
Del grave mando que sus ansias zela,
Y el crudo afan del velador cuidado,
Su recuerdo feliz plácido vuela
Acariciando el corazon penado:
Bálsamo de salud sus llagas cura,
Y alivio y paz y sueño nos procura.
En él vereis mis niños inocentes,
Príncipe, alguna vez en su asqueroso
Pálido horror de fetidez cubiertos,
Quebrando el pecho en su gemir dolientes,

Solo en andrajos míseros envueltos,
Sin pan ni abrigo; oprobio vergonzoso
Del ser humano, y de la patria afrenta,
Que por sus hijos ¡ó dolor! los cuenta.
Y en torno luego de ignominia tanta
Redimidos por vos, en el semblante
El vivaz gozo y la salud radiante,
Triscando alegres con ligera planta.
O al obrador llevados por la santa
Humanidad del templo, en su contino
Preciado afan enriqueciendo el suelo,
Que su tumba infeliz sin vos seria,
Bendecir gratos el dichoso dia
En que á su voz os condoleis benigno,
Trocando en tanto bien su amargo duelo.
Hoy para un nuevo ser de vuestra mano
En faz alegre y oficioso anhelo
La patria en su regazo los recibe.
Hoy gozosa en sus fastos los escribe
De vuestro zelo generoso, humano,
Señor, por hijos: ¡ó feliz si viera
Cumplirle un dia favorable cuanto
La fama anuncia y la razon espera!
Estos asilos próvidos que el santo
Fervor del bien á la vagancia opone:
Que á la indigencia humilde desvalida

Refugio son; y la vejez helada
Implora en el ocaso de la vida:
Puertos sagrados, do en salud se pone
La misera horfandad, abandonada
A los acasos de la suerte inciertos:
De la alma religion santificados,
Que es toda amor como su Autor divino:
Por vos, solo por vos logrense abiertos;
Y al saber cuerdo y la virtud fiados
Llenen al fin su altisimo destino.

¡Oh cuán alegre Espana aplaudiria,
Príncipe, á tanto bien! ¡cómo el deseo
Lo que ahora anhela entonces gozaria!
Próvido acelerad tan fausto dia,
Y al ocio dad y la indigencia empleo.
Dádselo; ved como do quier se ofrece
Cubierto el vicio de infeliz laceria,
Y erigiendo en virtud su oprobio mismo
Osado vaga; y se derrama y crece
Impune, embrutecido en su miseria;
Corrompe el pueblo; la nacion infama
Abriéndole á sus plantas el abismo.

Ella, Señor, á su socorro os llama.
Su nombre augusto vuestro zelo inflame:
Miren mis ojos la vagancia infame
Proscrita de una vez: libre se vea

De tan hórrida playa el suelo hispano:
Vil el mendigo por sus vicios sea:
Su suerte odiada y de piedad indigna;
Y al que es baldon no se le llame hermano.
Contra tal peste fervorosa truene
La religion, y su contagio enfrene.
Sancione en fin la caridad divina
Tan sagrada verdad; y en una mano
La vara..... y otra el pan, severa ahuyente,
A par que al pobre verdadero aliente
Al que en su gesto y flebil alarido
Sucio, flaco, asqueroso, á un palo asido.
¡O descuido! ¡o vil mengua! ¡ó desventura!
Vincula de sus vicios el sustento.
No su indigno gritar hiera mi oido:
Ni espectro tal á mis umbrales mire.
Cuente yo, cuente mi salud segura,
Y no en mi propio hogar incauto aspire
La fatal fiebre con su torpe aliento.
El zelo y la piedad á ambos retire
De la vista comun: á ambos reciba
Si no el taller el afanoso arado.
Su pecho inflame la ganancia activa,
Y cada cual solicito, aplicado,
De su noble jornal cual hombre viva.
El zelo y la piedad, que en oficiosa

Santa hermandad los generosos pechos
A empresa apellidados tan gloriosa,
De patriotismo en vínculos estrechos
Unir sabrán, su llama difundida
Del solio excelso hasta la humilde aldea.
Y una la accion y el fin, los medios unos,
Darle al público amor sublime vida;
Al mal do quier remedios oportunos,
Y harán que obra tan árdua fácil sea.
¿Y por qué no lo harán? ¿podrá el tardío
Bátavo allá en su suelo pantanoso,
El anglo odiado con su cielo umbrío,
O el áspero aleman lo que ¡ay! en vano
El genio nacional ansíe afanoso?
¿Menos grande será, menos humano?
¿Ellos tendrán asilos do segura
Labor se apreste á la indigente mano;
Do la doncella mísera, inocente,
Gane en su noble dote su ventura;
Do cierto abrigo á su flaqueza cuente
La edad caduca y la niñez cuitada;
Do del saber y la piedad guiada
La aplicacion se instruya, y la pereza
Tiemble del crudo azote la aspereza?
¿Tendránlos, y acá no?.... ¿qué estrella impía
Nos domina, señor? ¿dó está el sagrado

Amor del bien y la virtud? ¿qué fuera
Del noble y gran caracter algun dia
Digno blason del español honrado?
¿Su llama generosa qué se hiciera?
¿O cuál soplo en las almas le ha apagado?
De vos, solo de vos remedio espera
La congojada patria en tan continos
Desoladores males cual la oprimen.
En vos la suma está de sus destinos.
En hambre y muertes las provincias gimen
Ahogadas en amargo desaliento,
Y el anglo avaro ¡ó ultraje! en ímpia guerra
Cual vil pirata nuestros puertos cierra,
Déspota infiel del líquido elemento.
Yace el antiguo honor en sombra obscura,
Y del estado la inclita grandeza:
Gloria, genio, esplendor, poder, riqueza,
Todo paso, y en pos nuestra ventura.
Do quiera el dios del mal su cetro extiende,
Cetro de llanto y amargura y duelo.
Mientras la infame mendiguez segura
De su peste inundando el ancho suelo,
Bajo sus alas fúnebres se tiende
Cual torrente sin limites; y osada
Luto, horrores y vicios nos presenta.
Firme, firme oponed la diestra airada,

Y acabe en fin proscrita y encerrada.
Medios la patria os prestará abundantes,
Teson en torno y voluntad constantes
Vos consagradle, y redimid su afrenta.
Nuevo atlante sereis que en hombros lleve
Su suerte incierta y nuestro mal repare:
Que la horfandad y la indigencia ampare,
Y el ser humano á su nobleza eleve.

## EPISTOLA XI.

### AL PRINCIPE DE LA PAZ SIENDO MINISTRO DE ESTADO, SOBRE LA CALUMNIA.

En el silencio de la noche, cuando
En profunda quietud el ancho mundo
Sumido yace entre su manto umbrio,
Huye azorado de mis tristes ojos,
Senor, el sueno plácido, acosado
Del monstruo horrible de la atroz calumnia.
Ella silbando furibunda anhela,
Su ponzoña fatal vertiendo en torno,
Cubrir de sombras mi inocencia inerme:
Abulta, finge, infama; y á vos osa
Llegar, príncipe amado, por lanzarme
De vuestro noble generoso pecho.

Brama; y ya corren á su infausto grito
El falso zelo y la ignorancia ruda,
Que en vagos ecos su clamor repiten:
Baten las palmas, y á fantasmas vanos
Dar saben forma y menazante ceño.
Su pérfida piedad con voz aguda
Veloz los lleva de uno en otro oido;
Y en todos ¡ah! con misteriosas voces
Mañosos siembran el infiel rezelo,
Llaman delito mi franqueza honrada,
Mi amor del bien delirio, mi constante,
Inviolable lealtad..... de horror la pluma
De la trémula mano se desliza:
Un sudor frio por mis miembros corre;
Y mi ser todo desfallece y tiembla
De noble indignacion á ultraje tanto.
Sufrir no puede un alma generosa
Tan infaustas ideas; ni á alentarme
Mi zelo fiel ó mi inocencia bastan,
Ni tus avisos, ó sublime hija
Del cielo, alma virtud, consoladora.

Veo, señor, entre dudosas nieblas
Vacilar vuestro espiritu: los gritos
Del error oigo: á la funesta envidia
Sesga mirarme y retorcer las manos
Lividas, yertas, sus horribles furias

Llamando contra mí; y al justo cielo
Llorando clamo en doloridas voces.
¿Será, le digo, la virtud hollada
Siempre de la maldad? ¿su infausto trono
Sobre mi patria asentará por siempre
El ominoso error, en que sumida
Gimió juguete vil de sombras vanas?
¿Ni á derrocarle de su asiento umbrío
Bastará el zelo, el poderoso brazo
Del ministro feliz que ardiente anhela
Del desmayado ingenio la divina
Llama prender en ella, cual su lumbre
El sol desparce en el inmenso cielo?
Cuantos en pos de esta divina llama
Osen correr con planta generosa,
Del comun bien el ánimo inflamado
¿Beberán tristes el amargo cáliz
De la persecucion? ¿los pensamientos
Se tildarán del que afanoso emprende
De la verdad la ruda áspera senda,
O trepar de la gloria á la alta cumbre?
Y el que su honor mancilla, en ocio infame
Sumido, inútil, ignorante, oscuro,
De olvido solo y de desprecio digno,
¿Con frente erguida, de impudencia armado
Osará demandar el alto premio,

Debido á la virtud que él asesina?
¿Qué es esto, justo Dios? Allí entre grillos
A España torna por el mar cerúleo,
El que del mundo el ámbito doblando
Logró añadir la América ignorada
De Castilla al blason. El que á sus Reyes
Dió de la rica Nápoles el cetro,
Si en la gloria inmortal, gime acosado
De la calumnia y de la negra envidia.
Allá doblando el áspero Pirene,
Escapa apenas del hispano suelo
El que en trueque feliz sus agrias sierras,
Antes solo mansion de fieras bravas,
Supo en pensiles convertir, do opima
Rie Pomona y la dorada Ceres:
Mientras muere el pacífico Ensenada
Desdeñado en Medina; y su suspiro
Ultimo es por el bien que ardiente anhela.
Allí apartado de los hombres gime
En Batres Cabarrus: y el noble fuego
Siente apagarse de su excelsa mente.
A par que tú, Jovino, gloria mia,
Honor ilustre de la toga hispana,
De patriotismo y de amistad dechado,
Ves anublada tu virtud sublime:
La envidia vil y la ignorancia ruda

Se armarán contra tí; pero tu nombre
Fausto crece en tu plácido retiro.
Y aqui malgrado que en su diestra lleva
La suma del poder, miro del dardo
Tambien herido de la atroz calumnia
De mi Príncipe el seno: da á los pueblos
La dulce paz por que llorando anhelan,
Y esta dichosa paz es un delito
Que estúpida le increpa la ignorancia.
De la Nacion la dignidad sostiene
Que el Italo falaz burlar queria;
Y es otro crímen su constancia noble.
Tienta ilustrado que recobre el César
La parte del poder, que en siglos rudos
De densas nieblas le robó insidiosa
Extraña mano, á su interes atenta:
Tiéntalo solo; y la calumnia clama
Impiedad, impiedad, con grito horrible.
¡O aleve voz! ó pérfida calumnia!
¿Qué es esto, santo Dios? ¿jamas ni un paso
Podrá darse hácia el bien, sin que un delito
Sea en los ecos de su lengua infame?
¿Serán la luz y la virtud opuestas?
El que trabaja y se desvela, y ansía
El bien, recto en sus obras ¿delincuente
En sus pasos será? Yo en mi llaneza,

En mi simple bondad, en el olvido
De mi oscuro rincon. tambien gimiendo,
Y herido y acosado, y hasta el trono
Alzando su clamor la negra envidia?
¿Qué es esto, justo Dios? ¿donde indignado
Los hijos llevas de tu amada España?
¿Qué horrible abismo ante los pies les abres?
¿Por qué destierras de sus nobles pechos
La amistad, la virtud? ¿por qué enemigos
Los haces, y arman sus honrados brazos
En mutua destruccion? Mi ruego humilde
Fue atendido, Señor: ante mis ojos
Un resplandor desde el excelso cielo
Pareciome bañar mi humilde estancia:
El aire rutilar mas claro y puro;
Y una divina voz que poderosa
Sigue, clamó, no temas; sigue y lidia,
Que el dia llega de la luz: la patria
Mira á lo lejos hácia ti las manos
Tender, y el lauro plácida ofrecerte.
Tiempo será, que tu inocencia brille
Pura asi como el sol: que tus anhelos,
A término felice al fin llevados,
La ansiada gloria de tu patria vean;
Y de las ciencias el augusto imperio,
Derrocado el error al reino oscuro.

Yo embebecido en la vision divina
Alcé los ojos, que hasta allí caidos
El dolor y las lágrimas tuvieron;
Y os vi, Señor, con plácida sonrisa
Oir mis voces, y alentar mis penas:
Bien como cuando de la vil calumnia
Quejándome ante vos, en vuestro seno,
De bondad lleno y de indulgencia afable,
Depositaba mis dolientes ansias.
Tal os viera, Señor: asi de entonces
Tranquilo aliento, y su clamor insano
Alzará contra mí la envidia en vano.

## ÍNDICE.

BODAS DE CAMACHO EL RICO, COMEDIA PASTORAL.

*¿Quién puede resistir al triste lloro? Prólogo.* 7
*Acto primero*........ 11
*Acto segundo*........ 42
*Acto tercero*........ 74
*Acto cuarto*........ 102
*Acto quinto*........ 128

ODAS.

*Por un prado florido*........ 149
*Del céfiro en las alas conducida*........ 153
*No porque congojoso*........ 156
*¿Qué mas quieres, ó amor? ya estoy rendido.* 158
*Nada por siempre dura*........ 159
*¿Ves, ó dichoso Licidas, el cielo?*........ 161
*Amable lira mia*........ 163
*La primavera derramando flores*........ 166
*Cruda fortuna, que voluble llevas*........ 167
*Templa el laud sonoro*........ 169
*Dulce Dalmiro, cuando á Filis suena*........ 273
*Ingrato, cuando á hablarme*........ 176
*Velado el sol en esplendor fulgente*........ 178

*Desdeña, Anfriso, del Enero triste*............. 182
*Deja, dulce Jovino*........................................ 183
*Cruel memoria, de acordarme deja*............ 185
*Desciende del olimpo, alma citeres*........... 187
*No tiembles, Lice, ni los ojos bellos*........... 188
*No con mísero llanto*..................................... 192
*Id, ó cantares mios, en las alas*.................. 195
*Esperanza solícita, á mi ruego*.................... 198
*Alado dios de Gnido*..................................... 200
*¡Qué dulcísimo canto el aire llena!*.............. 202
*Entre nubes de nacar la mañana*................. 206
*¿Qué son tan triste lastimó mi oido?*.......... 210
*De pompa, magestad y gloria llena*............ 212
*Oh¡ !con qué silbos resonando aflige*.......... 217
*Fugaz Otoño, tente*...................................... 219
*Huye, Licio, la vida*...................................... 224
*Tus alas de oro de felice vuelo*..................... 228
*¡Oh qué don tan funesto!*............................. 232
*No es, Julio, la riqueza*................................. 235
*¿Te admiras de que llore?*............................ 238
*Fausto consuelo de mi triste vida*................ 241

EPISTOLAS.

*En alas de la pública alegría*....................... 247
*A tí, querido amigo, las primicias*.............. 251

*En fin mis votos el benigno cielo*.................. 257
*¿Cómo humilde rendir podrá mi musa*.......... 265
*¿Huyes ¡ay! huyes mis amantes brazos?*...... 271
*Bajo una erguida populosa encina*.............. 282
*¡Qué ven mis ojos! ¡al augusto Cárlos!*.... ... 294
*¿Dejaré yo que pródiga la fama*.................. 304
*No, Ugena mio, con rugosa frente*.............. 314
*No en balde, no, si el infeliz gemido*.......... 324
*En el silencio de la noche, cuando*............. 332

